

La nueva revelación.
El espiritismo

Arthur Conan Doyle

I. LA NUEVA REVELACIÓN: EL ESPIRITISMO

A todos los hombres y mujeres, desde el más humilde al más instruido, que durante setenta años han tenido el valor de afrontar el ridículo ante los prejuicios de este mundo, afirmando su fe en la Verdad Suprema.

P R E F A C I O

Espíritus más filosóficos que el mío han sido atraídos por el aspecto religioso de este tema; mentes más científicas han dedicado su atención a los fenómenos físicos. Mas, por lo que yo estoy informado, todavía no se ha tratado de demostrar la exacta relación que existe entre ambos aspectos. Estimo que si lograra arrojar alguna luz sobre este punto, habría ayudado a resolver la cuestión que más importa a la humanidad.

Una médium célebre, la señora Piper, pronunció unas palabras en 1899 que fueron consignadas por el doctor Hodgson. Hallándose en estado de hipnosis, púsose a hablar del Espiritismo religioso y declaró: "En el próximo siglo el Espiritismo será asombrosamente accesible al entendimiento humano. También os anuncio algo cuyo cumplimiento comprobareis. Una guerra terrible, que trastornará a diferentes partes del mundo precederá a la percepción evidente de nuestras relaciones con el Más Allá; antes de que

los mortales puedan ver a su lado, por medio de sus visiones espirituales, a sus amigos, el mundo entero debe ser purificado, y por esto mismo alcanzará su perfección. Amigos míos, reflexionad sobre ello".

Hemos conocido la terrible guerra en las diferentes partes del mundo. Esperamos la realización de la segunda parte de la profecía.

Capítulo I

LAS INVESTIGACIONES

La cuestión de las investigaciones psíquicas es una de las que más me han cautivado siempre y, entre todas, sobre la que más he demorado en formarme una opinión. A medida que avanzamos en la vida sobrevienen ciertos incidentes que nos convencen imperiosamente de que el tiempo pasa y que la primera juventud y la edad media han huido. Es lo que a mí me sucedió últimamente. Publica la excelente revista *Light* una columna consagrada a los acontecimientos viejos de una generación, es decir, viejos de treinta años. Recorriendo hace poco esta columna me estremecí al encontrar, con mi propio nombre, una carta que escribí en 1887, en la cual describía una curiosa experiencia ocurrida en el curso de una sesión de Espiritismo.

Es notorio, por tanto, que esta cuestión me interesa desde hace mucho tiempo, y no menos el

que me ha llevado a la elaboración de mi juicio sobre ella, puesto que sólo hace un año o dos me he declarado satisfecho por la evidencia. Si aquí refiero algunas de mis experiencias y dificultades, espero que mis lectores no pensarán que lo hago por egotismo y admitirán, por el contrario, que es el mejor modo de esbozar una respuesta a los interrogantes que se han de presentar a sus espíritus. De tal manera, habiendo atravesado por una fase análoga, mi respuesta tendrá un carácter más general e impersonal por su propia naturaleza.

Al terminar mis estudios de Medicina en 1882, como la mayoría de los médicos, me manifestaba materialista convencido en lo que a nuestro destino respecta. Nunca había dejado de ser un deísta ferviente; me parecía que nadie había respondido aún a esta pregunta de Napoleón, en una noche estrellada, a los profesores que viajaban con él por Egipto: "Pero, señores,

¿quién ha creado esas estrellas?" Si se dice que el Universo resulta de leyes inmutables, esto hace surgir una segunda cuestión: pero ¿quién es el autor de estas leyes inmutables? Yo no creía, naturalmente, en un dios antropomorfo, pero entonces, como ahora, creía en una fuerza inteligente ajena a todas las intervenciones de la Naturaleza, una fuerza tan grande e infinitamente compleja que mi mente limitada no concebía nada por encima de su existencia. El bien y el mal se me mostraban de un modo tan evidente, que no creía necesaria una revelación divina para explicarlos. Pero cuando abordaba la cuestión de la supervivencia de nuestras débiles personalidades, me parecía que las numerosas analogías que la Naturaleza encierra desmentían esta supervivencia. Al consumirse la vela, la luz se apaga; cuando la centella se parte, la corriente cesa; cuando el cuerpo perece, la materia desaparece. Cada cual puede sentir en su fuero íntimo que *debe* sobrevivir; ahora bien, si se tiene en cuenta el tipo medio común de

hombres, ¿qué razón evidente podría descubrirse en favor de la supervivencia de su personalidad? Esto me parecía una ilusión y me hallaba convencido de que la muerte ponía fin realmente a todo, aun cuando ello no me pareciera motivo suficiente para descuidar nuestros deberes hacia la humanidad en el curso de nuestra existencia terrenal.

Tal era mi estado de espíritu cuando los fenómenos espiritistas atrajeron mi atención. Siempre había considerado a este tema de lo más absurdo; había leído la condenación de los médiums farsantes y me preguntaba cómo podía prestar fe un hombre sensato a semejantes cosas. Pero tenía amigos que se interesaban por esta cuestión, y con ellos tomé parte en algunas sesiones de veladores levitatorios y giratorios en el curso de las cuales recibimos comunicaciones bastante relacionadas unas con otras. Tengo que confesar con sentimiento que la única impresión que me produjeron estas sesiones fue que miré a mis amigos con cierta desconfianza;

a menudo recibimos largos mensajes que nos llegaron deletreados por levitación del velador y que era imposible atribuir al azar. Alguien, por tanto, debía de mover la mesa. Yo pensaba que eran mis amigos, y ellos pensarían posiblemente que era yo. Me hallaba preocupado y perplejo, pues mis amigos no eran personas a las que yo pudiera sospechar capaces de engaño; sin embargo, no podía explicarme las manifestaciones en cuestión sino por la acción consciente del velador.

Por ese tiempo —sería en 1886— la *casualidad* puso en mis manos un libro titulado *The reminiscences of judge Edmonds*. Su autor era miembro de la Suprema Corte de Justicia de Nueva York y persona de alto valor. Refería en su obra, con toda clase de detalles, que después de muerta su mujer había podido permanecer en contacto con ella durante varios años.

Leí este libro con interés, pero con absoluto escepticismo; me parecía un ejemplo de debilidad mental en un hombre de carácter firme y práctico,

una especie de reacción, por así decirlo, contra sus habituales ocupaciones inmediatas.

¿Qué era ese espíritu de que hablaba? Supongamos que un hombre a consecuencia de un accidente sufra una lesión en la caja craneana; su inteligencia puede ser afectada y, por tanto, una naturaleza elevada quedar reducida a un nivel inferior. Del mismo modo, bajo la influencia del alcohol, del opio o de cualquier otra droga, el carácter de un individuo puede cambiar por completo. Esto demostraba, por consiguiente, que el espíritu depende de la materia.

Tal era en aquel tiempo mi manera de razonar. No distinguía que no era el espíritu el que cambiaba en los citados casos, sino el cuerpo a través del cual el espíritu evolucionaba, puesto que sería inútil discutir el talento de un músico si después de roto su violín no obtenía de éste sino discordantes sonidos.

Pero mi curiosidad se había despertado lo suficiente para sentir el deseo de conocer tal litera-

tura cuando se presentaba la ocasión. Quedé sumamente sorprendido al comprobar que un importante número de hombres superiores — hombres cuyos nombres constituían un galardón dentro de las ciencias— creían firmemente que el espíritu es independiente de la materia y podía sobrevivir a ésta. Cuando consideraba al Espiritismo como una vulgar ilusión de los ignorantes, me sentía inclinado a mirarlo con desprecio; pero al verlo defendido por sabios como Crookes, a quien conocía como el químico más eminente de Inglaterra; por Russel Wallace, el émulo de Darwin, y por Flammarion, el más conocido de los astrónomos, no me podía permitir semejante actitud. Fácil era rechazar los estudios de estos hombres que contenían sus minuciosas investigaciones y las conclusiones que de éstas derivaban, diciendo: "Bien, pero hay una laguna en ellos". Muy satisfecho de sí mismo tiene que estar un individuo si no se pregunta en un momento dado si la *laguna* no existe en su propio cerebro. Mi escepticismo fue sostenido aún cierto tiempo por

la consideración de que otros sabios reputados, tales como el mismo Darwin, Huxley, Tyndall y Herbert Spencer tomaban a broma esta nueva rama de estudios. Pero cuando supe que su desdén llegaba al punto de que ni siquiera habían querido examinarla; que Spencer había declarado en diferentes ocasiones que se había pronunciado *a priori* contra ella; que Huxley confesó que tal cuestión no le interesaba, tuve que admitir que por grandes que fuesen en sus especialidades daban prueba de una vulnerabilidad, por cuanto sus teorías a este respecto eran de lo más dogmáticas y de las menos científicas. Aquellos que, por el contrario, habían estudiado los fenómenos espíritas y tratado de dilucidar las leyes que los rigen, habían seguido, en mi opinión, el verdadero camino de la ciencia y del progreso. La lógica de mi razonamiento hacía tambalear a mi escepticismo.

Mis propios experimentos, sin embargo, lo reforzaron. Mas debo recordar que trabajaba sin médium, cosa parecida a un astrónomo que no usara telescopio. Por mí mismo carecía de poten-

cia psíquica, y lo mismo les sucedía a mis colaboradores. Entre todos nosotros apenas si reuníamos fuerza magnética —o lo que así llamábamos— bastante para obtener de los veladores parlantes mensajes dudosos y a menudo estúpidos. Todavía conservo algunas notas concernientes a esas sesiones y la relación de algunas de aquellas comunicaciones: no siempre eran estas estúpidas. Veo, por ejemplo, que en una ocasión, contestando a una de mis preguntas, consistente en solicitar el informe de cuántas monedas tenía en el bolsillo, el velador delectó: "Estamos aquí para instruir y elevar a las almas, no para adivinar tonteras". Y agregaba: "Deseamos inculcar un estado de espíritu religioso y no crítico". Debe reconocerse que éste no era un mensaje pueril. Pero yo seguía preocupado siempre por el temor de una acción involuntaria por parte de los asistentes.

Ocurrió por entonces un incidente que me turbó y desanimó mucho. Nos hallábamos una noche en muy buenas condiciones y habíamos

obtenido cierta cantidad de movimientos que parecían absolutamente independientes de nuestra intención. Habíamos recibido largos mensajes que, al parecer, provenían de un espíritu que dio su nombre y nos dijo que había sido un viajante de comercio que había perdido recientemente la vida en el incendio de un teatro de Exeter. Todos estos detalles eran precisos, y nos rogó que escribiéramos a su familia, la cual vivía, según él, en un lugar llamado Slattenmere, en el condado de Cumberland. Así lo hice, pero el correo me devolvió la carta por no hallar el lugar de destino. Ignoro los motivos que nos confundiría en esta sesión o si habría algún error en las indicaciones. No obstante, tales son los hechos, y me desilusioné tanto que durante algún tiempo dejé de interesarme por esta cuestión. Estudiar un problema es racional en sí, pero si al profundizarlo se llegaba a dudar de su seriedad, era conveniente detenerse. Si existe en algún sitio una localidad llamada Slattenmere, aún hoy me alegraría el

saberlo.

Por ese tiempo practicaba mi profesión en Southsea, en donde residía el general Drayson, hombre de carácter notable y uno de los campeones del Espiritismo en aquella región. Le confié mis dificultades y las escuchó pacientemente. Hizo poco caso de mis críticas respecto al carácter disparatado de gran número de los mensajes y sobre la absoluta falsedad de otros. "Todavía no posee usted la verdad fundamental —me dijo—. La verdad es que todo espíritu que anima la carne pasa de este mundo al otro tal cual es, sin cambio alguno. Este mundo está lleno de individuos torpes e insensatos, y lo mismo ocurre en el otro. No es necesario mezclarse con ellos, como no hay por qué hacerlo en la Tierra; cada cual puede elegir su compañía. Imagínese usted a un hombre que hubiera vivido solo en su casa sin frecuentar a sus semejantes y que un día se asomara a la ventana para ver en qué clase de lugar vivía. ¿Qué sucedería? Unos traviosos pilluelos tal vez le dijeran algo desagradable. Nada vería de

la grandeza y la sabiduría del mundo, y se retiraría de la ventana pensando que éste es bastante mediocre. Esto es justamente lo que le ha sucedido a usted. En una sesión heterogénea, sin ideas definidas, ha asomado usted la cabeza al nuevo mundo y tropezado con unos pilluelos traviesos. Prosiga usted e intente conseguir algo mejor". Así se expresó el general Drayson, y aunque su explicación no me conformó en aquella oportunidad, ahora creo que era la que más se acercaba a la verdad.

Tales fueron mis primeros pasos en el Espiritismo. Todavía era escéptico; pero al menos había aprendido algunas nociones sobre él, y cuando oía decir a algún crítico de la vieja escuela que no había nada que explicar, que todo era superchería o que un prestigeador podría demostrarlo todo, sabía por lo menos que este razonamiento era absurdo. Es verdad que por entonces las escasas pruebas que había reunido no bastaban para convencerme; pero, prosiguiendo mis lecturas aprendía cuanto se había profundizado sobre esta

cuestión, y reconocía que las pruebas en favor del Espiritismo eran de tal fuerza que ningún otro movimiento religioso del mundo podía presentar otras tan concluyentes. Esto no demostraba la verdad de las pruebas, pero establecía por lo menos que podían ser consideradas con respeto y no ser tratadas con desprecio y desdén.

Tomemos como ejemplo un acontecimiento que Russel Wallace ha calificado de milagro moderno. Elijo éste porque es uno de los más inverosímiles. Me refiero al testimonio relativo a la proeza realizada por Daniel Dunglas Home — que, dicho sea de paso, no era, como suele suponerse, un aventurero asalariado, sino el sobrino del conde de Home—, al testimonio, repito, de que Home se lanzó de una ventana a otra a una altura de unos veinte metros. ¡Yo no podía creerlo! Y, sin embargo, cuando supe que el hecho era afirmado por tres testigos oculares como lord Dunraven, lord Lindsay y el capitán Wynne, tres hombres de honor, estimadísimos, que no tuvieron inconveniente en certificarlo después bajo fe

de juramento, por lo cual tuve que admitir que la evidencia era más notoria que la de ninguno de esos acontecimientos lejanos que el mundo entero ha aceptado como verdaderos.

Durante aquellos años seguí participando en sesiones de mesas giratorias que, en oportunidades, no ofrecían resultados positivos, otras los daban muy insignificantes y en otras verdaderamente sorprendentes. Todavía conservo las notas en las que detallaba el desarrollo de estas sesiones, transcribiendo seguidamente los resultados de una de ellas, claramente precisos y tan ajenos a la idea que yo me había formado de la vida de ultratumba, pero que entonces más bien me divirtieron que lo que saqué provecho de ellos. No obstante, les encuentro una estrechadísima relación con las revelaciones de *Raymond* * y con otros relatos similares, por lo que ahora los considero de otra manera. Sé que todos estos relatos de la vida del Más Allá difieren en ciertos detalles, pero presumo que la mayoría de los que trataran de nuestra existen-

cia en la Tierra no concordarían más; pero, en general, ofrecen grandes semejanzas. Ahora bien, en el caso presente tanto yo como las dos señoras que componían el círculo de los concurrentes ignorábamos por completo los hechos en cuestión. Dos Espíritus se pusieron sucesivamente en comunicación con nosotros y nos enviaron mensajes. El primero deletreó su nombre: Dorotea Poslethwaite, que todos desconocíamos. Nos hizo saber que había muerto cinco años antes en Melbourne a la edad de dieciséis años, que ahora era muy feliz y que tenía que trabajar, como también que había asistido al mismo colegio que una de las señoras presentes. A mi solicitud, esta señora alzó las manos y citó una serie de nombres; la mesa se levantó al pronunciarse el nombre de la directora del colegio, lo que nos pareció confirmar la confianza precedente. El Espíritu siguió diciendo que la esfera en que vivía circundaba la Tierra; que conocía los planetas; que Marte estaba habitado por una raza mucho más avanzada

que la nuestra y que los canales eran artificiales; que en el mundo en que ella vivía no existían males corporales, pero que podía sentirse ansiedad mental; que los Espíritus eran gobernados y que ingerían alimentos. Ella había sido católica y lo era todavía, y no era mejor tratada que los protestantes; que allí había mahometanos y budistas y que todos compartían la misma suerte sin distinción de religiones. Ella no había tenido oportunidad de ver a Cristo y no sabía más acerca de El que cuando vivía en la Tierra, pero creía en su poder. Los Espíritus oraban y morían en el nuevo mundo antes de entrar en otro; tenían placeres, entre otros el de la música, y donde ella vivía había luz y alegría en abundancia. Añadió que los Espíritus no eran ni ricos ni pobres y que las condiciones generales de la existencia eran infinitamente más favorables para la felicidad que las de la Tierra.

Esta joven nos dio las buenas noches y seguidamente una entidad mucho más enérgica se apoderó de la mesa, la que se precipitó con vio-

lentos movimientos. Contestando a mis

* Se refiere a la obra *Raymond, o la vida y la muerte*, de sir Oliver Lodge. [Nota de la Editora.]

preguntas, el Espíritu pretendió ser el de un hombre al que llamaré Dodd, que fue un famoso jugador de críquet y con el que yo había mantenido una seria conversación en El Cairo antes de que remontara el Nilo con la expedición a Dongola, expedición en la que había de encontrar la muerte. Esto nos conduce, como debo hacerlo constar para el progreso de mis estudios, al año 1896. Dodd era un desconocido para las dos señoras sentadas alrededor de la mesa.

Yo comencé por hacerle preguntas semejantes a las que le hubiera hecho si se hallase vivo ante mí, y él me contestó con rapidez y decisión, y a veces en sentido muy opuesto al que yo esperaba, por lo que no cabía sospechar que yo hubiera influido sobre él. Nos hizo saber que era feliz y

que no deseaba volver a la Tierra. Había sido librepensador, pero no por ello sufrió en la nueva vida. Según él, no obstante, la oración era muy saludable porque nos ponía en contacto con el mundo de los Espíritus; si él hubiera rezado más, ocuparía tal vez un rango más elevado.

Debo destacar que esto se hallaba en cierta contradicción con su primera afirmación de que, por ser librepensador, "no por ello sufrió en la nueva vida". Ahora bien, es sabido que muchas personas se olvidan de orar, sin ser por ello librepensadores.

Volvamos a Dodd y a sus confidencias. Nos dijo que su fin no había sido doloroso, y recordó el de Polwhele, un joven oficial que murió antes que él. Cuando Dodd murió encontró en el otro mundo a varios Espíritus que se le presentaron a recibirle; pero Polwhele no se hallaba entre ellos. Se enteró luego de la caída de Dongola, pero no asistió en Espíritu al banquete de El Cairo, y luego nos confió que tenía que trabajar y que conocía más cosas que durante su última existencia. Nos

dijo también que la duración de la vida en el nuevo mundo era menor que en la Tierra. No había visto al general Gordon ni a ningún otro Espíritu famoso; los esposos no estaban obligados a volverse a encontrar, pero los que se amaban podían reunirse nuevamente.

He dado el cuadro sinóptico de una comunicación para mostrar la clase de resultados que obteníamos, aunque en el caso presente se trate de uno de los que se muestran más favorables, tanto en amplitud como en coherencia. Ello demuestra que no es justo decir —como sostienen tantos críticos— que sólo se reciben comunicaciones desatinadas. Aquí no hay desatino alguno, a no ser que llamemos de este modo todo lo que no se adapte a nuestras ideas preconcebidas. Pero, por otra parte, ¿qué prueba teníamos de la veracidad de esas revelaciones? Yo no veía ninguna, y por ello estas revelaciones me desorientaban. Ahora, gracias a una experiencia mayor, observo que la misma clase de informaciones había sido facilitada a nume-

rosos individuos desconocidos unos de los otros, y en diversos países. Creo que la concordancia de los testimonios constituye, como en todas las investigaciones, un argumento en favor de la verdad. En aquellos años yo no podía conciliar semejante concepción del mundo futuro con mis propias ideas filosóficas, por lo que me limité a dejarla consignada incidentalmente.

Continué con mis lecturas, anotando en todo momento la gran cantidad de testigos que podían invocarse y la minuciosidad de las observaciones realizadas. Esto me impresionaba mucho más que los fenómenos en sí que tenían lugar en torno mío. Fue por entonces, o poco después, que leí una obra de Jacolliot sobre los fenómenos ocultos en la India. Jacolliot era presidente del Tribunal de la colonia francesa de Chandernagor; era un espíritu empapado en la jurisprudencia, pero, en particular, se hallaba prevenido contra el Espiritismo. Tomó parte en una serie de experimentos realizados con faquires que tuvieron confianza en

él por su carácter simpático y porque hablaba la lengua de ellos. En su obra *El Espiritismo en la India* describe las numerosas precauciones que tomó con el fin de eliminar todo género de fraude. Para abreviar su larga historia diré que encontró en aquel medio cada uno de los fenómenos del mediumnismo europeo avanzado, todas las cosas de las que Home, por ejemplo, ha sido instrumento. Fue iniciado en la suspensión etérea de los cuerpos, en el manejo del fuego, en hacer mover objetos a distancia, en la levitación de los veladores. La explicación que daban los faquires de la producción de esta fenomenología era que recibían sus facultades de los Pitris —o Espíritus—, y la única diferencia entre sus procedimientos y los nuestros parecían ser que recurrían más a la evocación directa. Pretendían que estas facultades les habían sido transmitidas desde tiempo inmemorial, que se remontaba hasta los caldeos.

Esto me impresionó considerablemente, pues los faquires y nosotros —ignorándonos totalmente los unos a los otros— lográbamos los mismos

resultados sin que pudiera incluirse los entre esas supercherías tan frecuentes en América u otras más vulgares aún, como las que se nos reprochaban con tanta frecuencia a propósito de los fenómenos similares verificados en Europa.

También influyó en mí, por aquellos años, el informe de la Sociedad Dialéctica de Londres, el que data del año 1869. Es un trabajo de una lectura convincente y, aunque haya sido ridiculizado casi unánimemente por los periódicos ignaros y materialistas de su tiempo, hay que reconocer que es un documento de gran valor. La Sociedad Dialéctica se hallaba integrada por numerosas personas distinguidas e imparciales, deseosas de llevar a cabo investigaciones sobre las manifestaciones físicas del Espiritismo. El informe en cuestión era un acta detallada de los experimentos y de sus precauciones contra las supercherías. Después de haber leído las pruebas acumuladas en él, no es posible concebir que se haya podido llegar a otra conclusión que la proclamada, es decir: que los fenómenos eran indudablemente auténticos y

revelaban la acción de leyes y fuerzas inexploradas aún por la ciencia. Lo más singular del caso es que si el veredicto hubiera sido contrario al Espiritismo, seguramente se le hubiese dado un rudo golpe al movimiento espírita, en tanto que al garantizar la realidad de los fenómenos, sólo mereció el ridículo. Lo mismo ha ocurrido con otras numerosas investigaciones, desde las efectuadas en Hydesville en 1848, o las realizadas seguidamente por el profesor Hare, de Filadelfia, quien se lanzó, como San Pablo, para oponerse a la verdad, pero se vio obligado a inclinarse ante ella.

Hacia 1891 entré a formar parte de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, lo que me permitió leer todos sus informes. Mucho es lo que se debe a la infatigable actividad de esta Sociedad y a la sobriedad de sus exposiciones, aunque reconozco que éstas son a veces enojosas y que sus redactores, en su deseo de evitar el sensacionalismo, desaniman al público, que podría interesarse por sus notables trabajos y sacar provecho de

ellos. La terminología que emplean le choca también al lector no avezado, y puede decirse, después de la lectura de sus artículos, lo que un cazador americano de las Montañas Rocosas me confiaba un día respecto a un catedrático al que había servido de guía durante una temporada: "Es tan sabio que no hay quien le entienda". Pero a pesar de estas pequeñas singularidades, aquellos de nosotros que hemos deseado la luz en medio de la oscuridad, la encontramos gracias a los procedimientos metódicos de información de la Sociedad. Su influencia fue uno de los factores que me ayudaron en el futuro a orientar mis pensamientos. No obstante, había de contar con otra gran ayuda.

Aunque conocedor de las prodigiosas investigaciones de grandes experimentadores, todavía no se me había ocurrido recoger el fruto de ellas edificando un sistema que hubiera sido como un resumen. Entonces leí la monumental obra de Myers *La personalidad humana*, la cual tiene tan potentes raíces, que de ella ha

de brotar un árbol lleno de conocimientos. En su estudio Myers no podía ofrecer ninguna fórmula que involucrara a todos los fenómenos designados con el nombre genérico de *espiritas*. No obstante, al discutir la acción de un Espíritu sobre otro Espíritu, a lo que él denominó *telepatía*, exponía su opinión con tanta claridad y tan evidentemente la establecía con numerosos ejemplos, que todo el mundo, exceptuando los que se niegan decididamente a admitir lo evidente, consideró a su trabajo como una obra científica.

Ahora bien, esto era dar un paso considerable. Si el Espíritu era capaz de obrar a distancia sobre otro Espíritu es que existía un poder humano completamente independiente de la materia, tal como nosotros la habíamos entendido siempre a ésta. El materialista perdía terreno y mi antiguo razonamiento se derrumbaba. Yo decía que la llama no puede subsistir cuando la bujía se había consumido; pero aquí había una llama muy alejada de la bujía que obraba con absoluta inde-

pendencia. La analogía no era, por consiguiente, nada más que aparente. Si el pensamiento, el Espíritu, la inteligencia del hombre podían obrar a distancia del cuerpo era que algo actuaba hasta cierto punto separado de nuestro cuerpo. ¿Por qué, pues, no podría existir el Espíritu por sí mismo una vez que el cuerpo hubiera perecido? Estas manifestaciones no sólo se producían a distancia en el caso de los muertos recientes, sino que revestían las mismas apariencias de la persona muerta, demostrando que estas manifestaciones eran transmitidas por algo exactamente igual al cuerpo y que sin embargo obraba fuera de él y le sobrevivía. El encadenamiento de las pruebas—desde el simple caso de la lectura del pensamiento, por una parte, y la misma manifestación del Espíritu, independientemente del cuerpo, por otra—era ininterrumpido, sucediéndose una fase tras otra. Y el conjunto de estas conjeturas me parecía contener los primeros elementos de un sistema científico y brindar la oportunidad de poder clasificar lo que había sido una simple co-

lección de hechos confusos y más o menos inco-nexos.

Por este mismo tiempo tuve ocasión de parti-cipar en un experimento interesante por haber sido designado, junto a otros dos delegados, por la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, para pasar la noche en una casa embrujada. Se trataba de un caso de *poltergeist*, es decir, un caso en el que se oían golpes y ruidos incomprensibles, muy parecidos a los acaecidos a la familia del reverendo John Wesley, de Epworth, en 1726, o también al de la familia Fox, en Hydesville, con-dado de Rochester, en 1848, que motivó investi-gaciones que fueron el punto de partida del Espiri-tismo moderno. Nada sensacional caracterizó a nuestra misión la cual, sin embargo, no fue com-pletamente estéril en sus resultados. La primera noche no se produjo ningún incidente, en tanto que en la segunda percibimos ruidos tremendos, semejantes a los que ocasionarían golpeando una mesa con un palo. Por supuesto, nos habíamos rodeado de las más elementales precauciones,

pero no podíamos explicarnos la causa de aquel estrépito. En aquellos momentos no hubiéramos podido asegurar que no se nos estuviera haciendo una broma sumamente ingeniosa. No obstante, la cosa no paso de eso.

Unos años después, sin embargo, me encontré con un miembro de la familia que habitaba aquella casa, y me dijo que después de nuestra visita se habían encontrado en el jardín los restos de un niño, enterrados, según los cálculos realizados, desde hacía mucho tiempo atrás. Se reconocerá que esto era muy notable. Las casas embrujadas son raras, y las que tienen un jardín en el que se hallan enterrados restos humanos no lo son menos, según nuestro parecer. El hecho de que estas circunstancias excepcionales se hayan encontrado reunidas en una misma casa, seguramente constituye un argumento en favor de la autenticidad del fenómeno. Es oportuno recordar que, en lo que concierne a la familia Fox, en el sótano de su casa también se hallaron restos humanos que serían tal vez la prueba de haberse cometido un crimen,

aunque no llegó a probarse de haber sido cometido en un tiempo cercano. Yo estoy seguro que si la familia Wesley hubiera podido entablar conversación con su perseguidor, habría llegado a descubrir el motivo de tal acción, lo que parecería demostrar que si una existencia hubiese sido abreviada violentamente, la personalidad de la víctima habría querido manifestarse de un modo extraño y malévolo. Más tarde tuve la oportunidad de enfrentarme con un caso semejante, cuyo relato se encontrará al final de este libro (véase Anexo III: "El refugio Cheritón").

Desde este período hasta el de la guerra seguí consagrando las horas de ocio, de una existencia ocupadísima, al estudio atento de esta cuestión. Asistí, entre otras, a una serie de sesiones que produjeron resultados asombrosos, incluso materializaciones —o apariciones— visualizadas en una semi oscuridad. Como poco después se descubrió que el médium engañaba a los presentes, tuve que renunciar a considerar estas sesiones como probatorias, lo que

me permite añadir, pues es menester ponerse en guardia contra las suposiciones demasiado fáciles y ligeras, que muchos médiums —como Eusapia Paladino—, han podido incurrir en fraude cuando no se lograban los resultados buscados, mientras que en otras circunstancias no ha podido ponerse en duda la autenticidad de la existencia de sus facultades fuera de lo común. El mediumnismo, en sus manifestaciones más vulgares, es una facultad puramente física —sin ninguna relación con la moralidad— que a veces puede ser intermitente y no ser controlable a voluntad. Eusapia Paladino fue descubierta, por lo menos en dos oportunidades, realizando fraudes burdos y estúpidos en el curso de largos exámenes relativos a todo género de pruebas a que la sometieron comisiones científicas integradas por los especialistas más eminentes de Francia, Italia e Inglaterra. No obstante, preferí prescindir en mis observaciones de todo lo que se refiriera a experimentos realizados con un médium desacredi-

tado, pues opino que los fenómenos físicos que se producen en la oscuridad pierden forzosamente su valor si no van acompañados además de comunicaciones demostrativas.

Los que nos critican tienen la costumbre de pretender que si no se recurre a los testimonios de los médiums sospechosos se carece de la mayor parte de las pruebas que nosotros mencionamos. Pero este argumento es totalmente inexacto. Hasta la fecha del incidente que acabo de relatar yo no había tratado con ningún médium profesional y, sin embargo, había reunido un cierto número de pruebas. El más eminente de todos los médiums, Daniel Dunglas Home, obtiene los fenómenos en pleno día. Se ha prestado a todas las pruebas posibles y jamás se le ha podido acusar de superchería. Lo mismo ocurre con otros muchos. No deja de ser justo objetar, por otra parte, que cuando un médium se presta a mostrarse públicamente como medio para llamar la atención, accediendo a los requerimientos de *investigadores* y reporteros ávidos de cosas sensacionalistas, cuando se ocupa

de operaciones oscuras y engañosas que le obligan a defenderse ante jurados y jueces que, por regla general, no saben una palabra de lo que son las manifestaciones en cuestión, sería en verdad excepcional que tal hombre saliera de ese apuro sin provocar un escándalo. Por lo demás, el uso de retribuir a los experimentadores conforme a los resultados logrados, es completamente deplorable. Sólo cuando el médium profesional tenga ingresos seguros y no relacionados con los resultados de los experimentos de los que participa se ha de eliminar realmente toda tentación de sustituir con fenómenos falsos a los auténticos *.

Acabo de esbozar la evolución de mi pensamiento hasta el tiempo de la guerra **. No creo pecar de presunción diciendo que él maduró sensatamente y no presenta rastro alguno de esa credulidad ciega que nos reprochan nuestros adversarios. Mi evolución fue enteramente circunspecta, pues mucho fue lo que aparté de la balanza de la verdad que hubiera podido ser motivo de influir sobre mi pensamiento. A no ser por la guerra, pro-

bablemente me hubiera pasado toda la vida limitándome a realizar investigaciones psíquicas, manifestando por el problema una simpatía de aficionado, tratándose de cuestiones impersonales, tales como la existencia de la Atlántida o la controversia baconiana. Pero llegó la guerra, y esta terrible prueba resucitó el fervor en nuestras almas, reanimó nuestras creencias y restableció su valor. Frente a un mundo agonizante, enterándonos todos los días de la muerte de la flor de nuestra raza en la primera manifestación de su juventud, viendo en torno nuestro a las mujeres y a las madres que sólo pensaban en que sus seres queridos ya no existían, me pareció comprender súbitamente que este

* Véanse, a este respecto, las sensatas advertencias que Allan Kardec hizo ya a mediados del siglo pasado en el capítulo XXVIII: "Charlatanismo e impostura", de *El Libro de los Médiums*". [Nota de la Editora.]

** Se refiere el autor a la Primera Guerra Mundial (1914-18). [Nota de la Editora.]

problema que yo había tomado como una distracción no era únicamente el estudio de una fuerza extraña a los objetivos de la ciencia, sino que en realidad era algo extraordinario, el derrumbamiento de una barrera que separa a dos mundos, un mensaje innegable del Más Allá y una guía para la humanidad en sus momentos de mayor aflicción. Su aspecto objetivo dejaba de interesarme, pues una vez resuelto que allí estaba la verdad, no cabía discutir más. Su sentido religioso era de un significado infinitamente más importante. El tintineo del teléfono es en sí una cosa infantil; pero también puede ser la señal de una comunicación extraordinaria en cuanto a importancia. Me parecía que esos fenómenos, insignificantes o trascendentes, no habían sido sino el tintineo del teléfono que, sin sentido especial alguno, había dicho al género humano: " ¡En Pie! ¡Atención! ¡Estén preparados! Estas señales van dirigidas a ustedes y precederán a los mensajes que Dios desea enviarles". Lo realmente importante eran los mensajes,

no las señales. Según todas las apariencias, hallábase en vías de manifestarse una Nueva Revelación, aunque ésta se hallara todavía en lo que podríamos llamar la fase de Juan el Bautista en relación a Cristo y, por consiguiente, bastante alejada de una claridad total. Mi opinión sobre los fenómenos físicos es de que éstos han sido demostrados a todos con evidencia indudable y no tienen sino una importancia secundaria, en tanto que su valor real radica en la objetividad que aquéllos brindan a un campo inmenso de los conocimientos. Estos conocimientos son los que modificarán nuestras concepciones religiosas actuales y, tras una comprensión y asimilación racionales, deben hacer de esta realidad una religión; pero no ya un artículo de fe, sino una cuestión efectiva. Este es el aspecto del problema que quisiera tratar ahora. No obstante, he de añadir a mis observaciones precedentes que a partir de la guerra, y en ocasiones excepcionales, me ha sido posible confirmar todas mis opiniones en cuanto a la verdad de los hechos generales en que se fundan mis ideas.

Estas ocasiones fueron debidas a que una señorita que vivía con nosotros, llamada L. S., se mostró dotada de la facultad escribiente automática. De todas las formas del mediumnismo, ésta es, a mi juicio, la que debe someterse a pruebas más rigurosas, pues se presta no tanto al engaño de los demás como de uno mismo, lo que es infinitamente más sutil y peligroso. Esta persona, ¿escribe por sí misma? ¿Existe, como ella afirma, un poder que la dirige, como aseveraba el cronista de los israelitas en la Biblia? En el caso de la señorita L. S. es indiscutible que algunos mensajes resultaron inexactos; en particular, en lo que se refería al tiempo, no debía tenérselos en cuenta. Por otra parte, el número de los que resultaron exactos era superior a los que podría explicárselos como una conjetura o coincidencia. Por ejemplo, cuando fue hundido el Lusitania y los periódicos de la mañana anunciaron que por lo que se sabía no había habido víctimas, el médium escribió de inmediato: "Es terrible, terrible, y ha de ejercer una

gran influencia sobre la guerra". En efecto, esta fue la razón determinante de la intervención americana en el gran conflicto; la comunicación fue, pues, exacta desde ambos puntos de vista. Otra vez la señorita L. S. predijo la llegada de un telegrama importante indicando la fecha de su recibo, así como el nombre del remitente, que era la persona que menos podía esperarse. La realidad de su inspiración era innegable, aunque se produjo con errores notorios. Era como si hubiéramos recibido un mensaje excelente a través de un aparato telefónico deficiente.

Otro incidente que acaeció al principio de la guerra ha quedado grabado en mi memoria. En cierta ciudad de provincia murió una señora por la que yo me interesaba. Padecía una enfermedad crónica y, detalle interesante, se encontró morfina junto a su lecho mortuario, lo que dio motivo a una investigación judicial que concluyó por desestimarse la lógica sospecha. Ocho días después asistí a una sesión con el señor Vout Peters. Después de numerosas frases vagas e inconsecuentes,

dijo de inmediato: "Aquí hay una señora; se apoya en una persona de más edad. Insiste en decir *morfina*. Ya la ha repetido tres veces. Su Espíritu es oscuro. Nos lo dice expresamente: morfina". Estas fueron casi textualmente sus palabras. La telepatía era absolutamente ajena a esta comunicación, pues yo no pensaba en absoluto en la muerte de esta señora y tampoco esperaba tal mensaje.

El movimiento espiritista adquirirá gran solidez no solo por los experimentos personales, sino también gracias a la voluminosa y rica bibliografía que recientemente ha surgido en torno suyo. Estos hechos han dado por resultado la aparición, en los últimos años, de cinco obras de primer orden que, a mi juicio, deberían bastar para convencer a todo espíritu curioso libre de prejuicios. Me refiero a *Raymond, o la vida y la muerte*, del profesor Oliver Lodge; *Psychical investigations*, de Arthur Hill; *Reality of psychical phenomena*, del profesor William Crawford; *Threshold of the unseen*, del profesor William Barrett, y *Ear of Dionisius*, de Gerald Balfour.

Antes de estudiar la cuestión de una nueva revelación religiosa y explicar cómo ha llegado hasta nosotros y en qué consiste, quisiera hacer una breve consideración. Creyendo obstaculizarnos, nuestros adversarios se han atrinchado siempre detrás de dos clases de argumentos: la primera es de que los hechos en que nos apoyamos son falsos, y a él ya hemos respondido. Y la segunda, que abordamos un tema prohibido que debemos abandonar inmediatamente. Como yo he partido de un punto de vista relativamente materialista, nunca me he sentido afectado por esta objeción; pero a las personas a quienes les alcanza quisiera hacerles una o dos consideraciones. La principal es que Dios no nos ha dado facultades para limitarnos su empleo; el hecho de que las poseamos es una prueba en sí de que nuestro estricto deber es conocerlas y desarrollarlas. Ciertamente es que en esto —como en cualquier otro uso— podemos cometer abusos si perdemos nuestro sentido general de la prudencia. Repito que la simple

posesión de estas facultades es una razón sólida para sostener que es legítimo y hasta obligatorio utilizarlas.

También debemos recordar que el argumento de *ciencia demoníaca*, reforzado con la cita de textos más o menos apropiados, ha sido invocado siempre a propósito de todo progreso de los conocimientos humanos. También se han opuesto a la astronomía nueva y Galileo se vio obligado a retractarse. Se utilizó contra Galvani y la electricidad, y contra Darwin, quienes seguramente habrían sido conducidos a la hoguera si hubieran vivido unos siglos antes. Análoga objeción se le ha hecho a Simpson respecto al empleo del clorofomo en los partos, con el pretexto de que la Biblia dice: "Pariréis con dolor". Un alegato con tal frecuencia empleada y tan a menudo desechada no puede ser considerado muy en serio.

No obstante, a quienes lo consideren un obstáculo desde el punto de vista teológico, les aconsejo la lectura de dos libros, escritos ambos por eclesiásticos. El primero es *¿Is Spiritualim of the*

Devil?, por el pastor Fielding Ould, y el otro se titula *Our self after Death*, y su autor es el pastor Arthur Chamber. También puedo recomendar los escritos del pastor Charles Tweedale acerca de esta cuestión. Añadiré, por último, que cuando hice público por primera vez mi punto de vista, una de las primeras cartas de simpatía que recibí fue la del difunto archidiácono Wilberforce.

Hay algunos teólogos que no sólo se oponen al Espiritismo religioso, sino que llegan a decir que los fenómenos y las comunicaciones proceden de los demonios, los cuales fingen ser nuestros muertos o pretenden ser celestes mediadores. Resulta difícil admitir que quienes expresan semejantes opiniones hayan tenido alguna vez una experiencia personal de los efectos consoladores y verdaderamente elevados de estas comunicaciones sobre aquellos a quienes benefician. Ruskin ha declarado que su convicción de la vida futura se la debía al Espiritismo, aun cuando haya añadido —falto de lógica y con ingratitud— que le bastaba con la noción que de él

tenía y que no deseaba ir más lejos. No obstante, es considerable el número —*quorum pars parva sum* *— de los que pueden declarar sin reserva alguna que pasaron del materialismo a la creencia en la vida futura, con todo lo que ésta implica, por obra exclusiva del estudio de esta cuestión. Si ésta es la obra del diablo, habrá que reconocer que el diablo es muy poco listo, puesto que obtiene resultados tan opuestos a los que se le atribuyen.

* Locución latina de Virgilio (*Eneida*, II:6) que se aplica a acontecimientos en los que uno ha tomado pequeña parte. [*Nota de la Editora.*]

Capítulo II

LA REVELACIÓN

Ahora puedo abordar con cierto placer un aspecto más impersonal de esta importante cuestión. Anteriormente he aludido a una forma de doctrina nueva. ¿Cómo ha llegado hasta nosotros? Principalmente mediante escritos automáticos trazados por la mano de los médiums, que es conducida, ya por un Espíritu que se supone ser el de un difunto, como el de Julia Ames a William Stead, o bien por un Espíritu educador, a través del reverendo Stainton Moses. Estas comunicaciones escritas son ampliadas por un número considerable de manifestaciones hechas en estado de trance y por mensajes verbales de los Espíritus transmitidos por los médiums. A veces esta doctrina ha sido revelada incluso sin intermediarios, haciendo oír su voz los Espíritus directamente, como en numerosos casos descritos por el almirante Usborne

Moore en su libro *The voices*. De vez en cuando se manifiesta en el seno de las familias en sesiones con mesas giratorias, como ya he manifestado anteriormente en dos ocasiones al hablar de mis propios experimentos. A veces, de la manera como lo ha narrado el señor de Morgan, utilizándose la mano de un niño para dársela a conocer.

Pero a esto se hace la siguiente objeción: ¿cómo saben ustedes que tales mensajes proceden del Más Allá? ¿Cómo pueden estar seguros de que el médium no escribe conscientemente o, si esto es improbable, de que los mensajes en cuestión no se los dicte su subconsciente sin que él se dé cuenta? Es esta una manera de razonar muy acertada que debemos aplicar en todo momento, pues, si el mundo entero ha de llenarse de profetas subalternos, cada uno de ellos enunciará su propia concepción de esta doctrina religiosa apoyándola únicamente en su propia afirmación, lo que equivaldría a volvernos a los tiempos sombríos de la fe ciega. Será preciso, pues, requerir respuestas susten-

tadas por pruebas antes de aceptar afirmaciones cuya verdad no pueda probarse. Antiguamente se le pedía al profeta un milagro *, lo que era perfectamente lógico, y aún lo es. Igualmente, si una persona me ofrece un relato de la vida en otro mundo sin presentar otras piezas justificativas que sus afirmaciones, será más conveniente que su trabajo vaya a parar al cesto de los papeles que a mi mesa de trabajo. La vida es demasiado corta para entretenerse en pesar el mérito de tales producciones.

Pero, como sucede con Stainton Moses en su *Spirit teachings*, si las doctrinas formuladas como procedentes del Más Allá son reveladas por medio de facultades supranormales —y Stainton Moses fue un médium de los más notables que hayan surgido en Inglaterra en todos los aspectos—, entonces el problema nos impone atenderlo cuidadosamente. Por otra parte, si el Espíritu de una señorita, Julia Ames, puede revelar a William T. Stead detalles de su propia existencia en la Tierra —que él no podía conocer y que fueron demostrados

luego y reconocidos exactos—, entonces se siente uno más inclinado a admitir como ciertas estas revelaciones demostrables. O también si un Raymond Lodge puede describirnos una fotografía que aún no había entrado ningún ejemplar de ella en Inglaterra, y éste se ajusta en todos los detalles a la descripción que el Espíritu ha hecho, así como puede hacernos conocer a través de labios extraños todo género de particularidades de su vida familiar, aspectos cuya exactitud comprobaron y certificaron sus padres, ¿es razonable suponer que este Raymond es menos digno de fe cuando

* Para una cabal comprensión del sentido espiritista del *milagro*, remitimos al lector al capítulo XIII: "Los milagros según el Espiritismo", del libro *La Génesis, los Milagros y las Profecías según el Espiritismo*, de Allan Kardec. Editora Argentina 18 de Abril, Buenos Aires, 1981. [Nota de la Editora.]

describe las fases de su actual género de vida a través de sus comunicaciones con nosotros? O cuando Arthur Hill recibe mensajes de personas a las que no conoce y comprueba que los mismos son veraces en todas sus afirmaciones, ¿no es una justa consecuencia admitir que los Espíritus dicen la verdad cuando nos dan a conocer las formas de vida que llevan en su nueva existencia?

Estos casos son numerosos, y solo menciono algunos. Pero mi opinión es de que el conjunto de este sistema —desde el fenómeno físico más simple de las mesas giratorias hasta la más elevada inspiración de un profeta, es un todo completo en el que cada eslabón se halla unido al siguiente, y cuando uno de los extremos de esta cadena se ha puesto al alcance de la humanidad, es para que ésta, mediante el raciocinio y un trabajo asiduo, presintiera el camino a seguir, al final del cual le esperaba la revelación.

No menospreciéis los humildes comienzos de

las mesas giratorias o del tamboril movable, aun cuando estos fenómenos hayan podido ser simulados. Recordad, por el contrario, que la caída de una manzana fue lo que dio origen al descubrimiento de la ley de gravedad, que la marmita hirviente engendró la invención de la máquina de vapor, que la contracción de la pata de una rana nos puso en el camino de los experimentos que motivaron el hallazgo de la electricidad. Así, las más insignificantes manifestaciones de Hydesville han dado sus frutos, pues al llamar la atención de algunos de los intelectuales más eminentes de nuestro país, durante los últimos veinte años fueron la causa inicial que, a juicio mío, están destinadas a dar el máximo desarrollo a las concepciones humanas.

Diversas personalidades en cuya opinión tengo la más absoluta confianza —en especial sir William Barrett—, han afirmado que la investigación psíquica es algo completamente distinto de la religión. En este sentido es indiscutible que un individuo poco recomendable puede ser un excelente

observador de fenómenos psíquicos. Ahora bien, los resultados de estas investigaciones, las deducciones y las lecciones que de ellas podemos sacar revelan la supervivencia del alma, la índole de esta supervivencia y cómo ésta recibe la influencia de nuestra conducta terrenal. Si esto difiere de la religión, debo confesar que yo no acabo de comprender la diferencia. Para mí es la religión, su misma esencia. No obstante, esto no quiere decir que los resultados en cuestión se hayan de cristalizar en una nueva religión; pero en todo caso esto es lo que yo deseo personalmente. Sin lugar a dudas, nos hallamos ya extremadamente divididos en nuestras opiniones religiosas, y yo quisiera que este principio esencial del Espiritismo llevara a cabo la unión de todas las creencias —pues ésta es el objetivo de toda religión, cristiana o no— y formará la sólida base común sobre la cual cada una pueda elevar —admitiendo que deba hacerlo— un sistema particular adecuado a las distintas mentalidades. En efecto, las razas meridionales preferirán siempre, en oposición a las del Norte, lo que

sea menos austero, en tanto que las de

Occidente serán siempre más críticas que las orientales. No se puede reunir todo en una creencia uniforme. No obstante, si se aceptan las amplias premisas que nos garantizan estas enseñanzas del Más Allá, la humanidad habrá dado un gran paso hacia la paz religiosa y la unidad.

La primera cuestión que se presenta a nuestro espíritu es esta: ¿cómo esta influencia va a sustituir a las antiguas religiones constituidas y a los diferentes sistemas filosóficos que han influido en la conducta de los hombres? Respondemos, ante todo, que esta Nueva Revelación sólo será fatal para una de estas religiones o para uno de estos sistemas filosóficos: para el materialismo. No digo esto con intención hostil contra los materialistas, que son, a juicio mío, en tanto que cuerpo organizado, tan serios y morales como cualquier otra agrupación; pero es evidente que si el espíritu puede vivir sin la materia, el principio mismo del materialismo se desvanece, acarreado el derrumbamiento de las teorías que sobre él se apoyan.

En cuanto a las demás creencias, forzoso es admitir que la aceptación de las enseñanzas del Más Allá modificaría profundamente al Cristianismo convencional. Esas modificaciones, lejos de hallarse en contradicción con el espíritu del Cristianismo, serían más bien como comentarios y contribuirían a su desarrollo, rectificando esos graves equívocos que han ofendido siempre a la razón del pensador y confirmarían de un modo absoluto el principio de la supervivencia después de la muerte, base de todas las religiones. Estas enseñanzas atestiguarían las desgraciadas consecuencias del pecado, mostrando que estas consecuencias no son eternas; y afirmarían la existencia de seres superiores que han sido denominados ángeles, de una jerarquía superior a la nuestra y a la cabeza de la cual se encuentra el Espíritu de Cristo en las alturas del infinito, de suerte que podemos asociar su idea con la que nos hacemos del Poder Supremo o Dios. En fin, estas mismas enseñanzas confirmarían la idea del cielo y de un estado momentáneo de penitencia que correspondería

más al purgatorio que al infierno. Así pues, esta Nueva Revelación —en la mayoría de sus puntos esenciales— no se opone a las viejas creencias y será considerada por los fieles verdaderamente fervientes de todas las religiones más bien como una aliada poderosa y no como un peligroso enemigo engendrado por el diablo.

No obstante, examinemos en qué sentido podría hacer evolucionar al Cristianismo esta Nueva Revelación.

Ante todo he de manifestar, cosa que para muchos será evidente y otros deplorarán, que el Cristianismo debe evolucionar o perecer. Tal es la ley de la vida: las cosas tienen que adaptarse a las circunstancias o desaparecer. El Cristianismo ha diferido demasiado su renovación; la ha postergado hasta el extremo de que sus iglesias se quedan vacías y sus adeptos se reclutan principalmente entre las mujeres, mientras los miembros más instruidos como los más pobres de la comunidad, lo mismo en la ciudad que en los campos, se apartan resueltamente de ÉL. Intentemos descubrir la

razón. Esta tendencia se manifiesta en todas las sectas del Cristianismo y tiene, por consiguiente, una causa muy seria.

Los fieles se alejan porque no pueden admitir que los hechos, tal como se los presentan, sean verídicos. Tanto su razón como su sentido de la justicia se sienten ofendidos. En efecto, no puede verse justicia en un sacrificio de sustitución ni en un Dios al que tales prácticas pueden aplacar. Y sobre todo hay muchos que no comprenden el significado de expresiones tales como *remisión del pecado, purificación por la sangre del Cordero*, etcétera. Mientras ha podido aceptarse la teoría de la caída del hombre, estas frases eran explicables. Ahora bien, ha quedado demostrado que no ha habido tal caída del hombre; gracias al progreso incesante de nuestros conocimientos nos ha sido posible reconstituir, grado por grado, la ascendencia del tipo humano y, pasando por el hombre de las cavernas y el hombre nómada, remontarnos a la época tenebrosa y lejana del hombre mono que, lentamente, había de desprenderse de toda anima-

lidad. Y al recorrer de regreso esta larga sucesión de existencias, que fueron perfeccionándose de generación en generación, no se ha hallado la menor prueba de tal caída. Por tanto, si nunca hubo caída, ¿qué suerte corre la teoría de la expiación de la culpa heredada, de la redención, del pecado original? En una palabra, ¿qué queda de la mayor parte de la filosofía mística del Cristianismo? Aun en el caso de que esta teoría hubiera sido razonable —dado que es de lo más absurda—, de todos modos se hubiera encontrado en pugna con los hechos.

Por otra parte, se ha concedido una significación excesiva a la muerte de Jesucristo. No es en sí nada extraordinario morir por una idea. Todas las religiones han tenido sus mártires; continuamente hay hombres que mueren por sus convicciones; nuestros jóvenes lo han hecho en Francia a millares. Esta es la razón de que la muerte de Cristo, aun siendo sublime como lo es en el relato del Evangelio, desempeña un predominio injustificado, puesto que no es un

fenómeno único que un hombre se sacrifique por perseguir una reforma. A juicio mío, se ha concedido demasiada importancia a la muerte de Jesús, en tanto que no se ha hecho resaltar su vida lo bastante, pues en ésta radica su verdadera grandeza y su auténtica lección. La suya fue una vida que, aun narrada imperfectamente, como lo ha sido, no contiene ningún rasgo que no sea admirable: vida llena de tolerancia hacia los demás, de caridad afectuosa, de moderación, de mansedumbre y de noble valor; fue la vida de un ser que aspiraba sin cesar al progreso y que acogía las ideas nuevas, pues Jesucristo no trató nunca con dureza a las teorías que había de derrocar, aunque a veces le impacientaran la estrechez de espíritu y el fanatismo de los que las defendían. Lo que más nos atrae de Él es su presteza para asimilar la esencia de la religión y rechazar los textos y las fórmulas; no hay ejemplo de más buen sentido ni de más grande simpatía por los débiles. Fue realmente la más maravillosa de las existencias

y muy superior a su muerte, a la que se ha convertido en el verdadero centro de la religión cristiana.

Ahora consideremos la luz que han arrojado nuestros guías espirituales sobre la cuestión del Cristianismo. En el Más Allá las opiniones no son más acordes que aquí. No obstante, leyendo cierto número de mensajes sobre esta cuestión puede decirse que se reducen a lo siguiente: por encima de los Espíritus de nuestros difuntos existen otros muchos Espíritus que les son superiores y que varían de género. Llamadles *ángeles* y os acercáis a la vieja concepción religiosa. Por encima de todos ellos se encuentra el mayor Espíritu de que se ha tenido conocimiento; no Dios, puesto que Dios es infinito y no se encuentra a nuestro alcance, sino el que está más cerca de Dios y que hasta cierto punto lo representa en la Tierra: el Espíritu de Jesucristo. El objeto de su solicitud es la Tierra. Descendió entre nosotros en una época de gran depravación terrestre —en una época en que el mundo era tan perverso como ahora— para dar

ejemplo de una vida ideal. Después volvió a su morada celeste, tras haber dejado una doctrina que todavía no es observada totalmente. Tal es la historia de Jesucristo, conforme a como los Espíritus la refieren. No se trata de expiación ni de redención; pero contiene, a mi juicio, un sistema perfectamente realizable y racional.

Si esta concepción del Cristianismo fuera aceptada en general y corroborada por la seguridad y las demostraciones de la Nueva Revelación que recibimos del otro mundo, tendríamos una creencia que agruparía a todas las confesiones, podría ponerse de acuerdo con la ciencia, refutaría con éxito a todos los ataques del materialismo y podría sostener la fe cristiana por un tiempo indefinido. Cuando menos se reconciliaría a la fe con la razón, alejaría una gran pesadilla de nuestros pensamientos y resplandecería la paz espiritual. Yo no creo que estos resultados puedan implantarse mediante un logro rápido o una revolución violenta, sino más bien como una penetración pacífica, serena, del mismo modo que ciertas ideas —como la

de un infierno eterno— han ido desapareciendo paulatinamente durante el curso nuestra misma generación. No obstante, en los momentos en que el alma humana es hendida y desgarrada por el sufrimiento, es cuando deben sembrarse los elementos de la verdad para que brote una cosecha espiritual durante los días que nos queden de vida.

Cuando leo el Nuevo Testamento con los conocimientos que ahora tengo del Espiritismo, siento la convicción profunda de que las enseñanzas de Cristo no fueron recogidas, desde diversos puntos de vista, por la Iglesia primitiva y, por consiguiente, tampoco han llegado hasta nosotros. Todas esas alusiones a una victoria sobre la muerte no tienen, según mi modo de ver, sino escasa relación con la filosofía cristiana actual, en tanto que para quienes han visto —aunque escasamente— a través del velo y tocado solo levemente las manos tendidas del Más Allá, para éstos la muerte ha sido verdaderamente derrotada. Cuando se hace mención de esos fenómenos que tan familiares nos son,

como las levitaciones, las lenguas de fuego, las facultades espirituales, en una palabra, la totalidad de la producción mediúmnic, comprendemos que la esencia misma de su significado, la continuidad de la vida y las comunicaciones con los muertos eran sobradamente conocidas. Nos quedamos sorprendidos al leer: "¿Qué nueva doctrina es esta, que con autoridad manda aun a los espíritus inmundos, y le obedecen?" (*San Marcos, 1:27*). ¿No concuerda esto perfectamente con las leyes psíquicas que nosotros conocemos? O cuando se dice: "Luego Jesús, conociendo en sí mismo el poder que había salido de él, volviéndose a la multitud, dijo: ¿Quién ha tocado mis vestidos?" (*San Marcos, 5:30*). ¿Podría expresarse mejor lo que ocurre en la actualidad con los médiums curativos, salvo que se cambiase la palabra *poder* por *fluido*? Y cuando leemos: "Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad si los espíritus son de Dios" (*San Juan Apóstol, 4:1*), ¿no observamos la semejanza del consejo que se da en la actualidad a los novicios que emprenden la realización de prác-

ticas espíritas?

Esta cuestión es demasiado vasta para que yo pueda hacer otra cosa que tratarla superficialmente; pero creo que esta doctrina —a la que tan duramente atacan hoy las Iglesias cristianas más rigoristas— es en realidad la enseñanza esencial del Cristianismo mismo. A quienes quieran ir más lejos en este orden de ideas les recomiendo la lectura de la obrita *Jesús of Nazareth*, del doctor Abraham Wallace. Su autor demuestra del modo más convincente que todos los milagros de Jesucristo estaban dentro de las posibilidades de las facultades que se ajustan a las leyes psíquicas, tal como ahora las entendemos, ajustándose en un todo a las prescripciones exactas de estas leyes en sus más pequeños detalles. Ya se han citado dos ejemplos; en este pequeño opúsculo se explican otros muchos. Lo que me ha convencido de la veracidad de su tesis es que la historia de la materialización de los dos profetas en la montaña era extraordinariamente exacta, si se la juzga según los principios psíquicos que conocemos. Tenemos

primero la circunstancia de que la elección recayó sobre Pedro, Jacobo y Juan, que formaban el círculo psíquico cuando se produjo el hecho, y que eran probablemente los más impresionables del grupo. Luego tenemos la elección del lugar, por el aire puro de la montaña, las vestiduras resplandecientes, la nube y las palabras: "Construyamos tres tiendas", es decir, el medio ideal para producir las apariciones por la facilidad de concentración de la fuerza psíquica. Todo esto constituye una teoría muy consistente respecto a la similitud de los procedimientos. En cuanto a lo demás, la exposición de los dones que San Pablo atribuye a los discípulos cristianos, éstos son los que poseen nuestros médiums, tales como las facultades de profetizar, curar, don de lenguas, traslación de objetos — fenómenos físicos—, clarividencia, etcétera (véase *1 Corintios*, 12:8 a 11). La Iglesia cristiana primitiva estuvo saturada de prácticas espiritistas y no parece haber prestado atención a las prohibiciones del Antiguo Testamento, que ordenaba reservar esas prerrogativas para uso y provecho exclusivo

del clero.

Capítulo III

LA VIDA FUTURA

Abandonando por ahora este vasto problema —que tan fértil puede ser si es discutido y estudiado— de las modificaciones que la Nueva Revelación puede provocar en el Cristianismo, intentaré describir la suerte que le espera al hombre después de la muerte. La evidencia sobre este particular es absoluta. En diferentes países y en épocas distintas han sido recibidos numerosos mensajes del Más Allá, cuyas particularidades referentes a este mundo han podido ser comprobadas, y no deja de ser justo suponer, creo yo, que si lo que hemos podido comprobar es cierto, lo que escapa a nuestro control lo es igualmente. Por añadidura, teniendo en cuenta que encontramos una grandísima conformidad entre los mensajes y una no menor concordancia en los detalles, que no guardan la menor relación con ningún sistema filosófico

preexistente, la suposición de su veracidad resulta muy sólida. Sería absurdo admitir que quince o veinte mensajes de origen diverso que yo he recogido personalmente, los cuales son similares entre sí, serían no obstante falsos, del mismo modo que sería estúpido suponer que los Espíritus dicen la verdad al hablar de nuestro mundo y mienten al referirse al espiritual.

Últimamente recibí en la misma semana dos descripciones de nuestra futura existencia, una por mediación de un pariente cercano de un alto prelado y la otra mediante la mujer de un simple mecánico escocés. Estas dos personas no se conocían en absoluto y, sin embargo, sus relatos se asemejan hasta el punto de ser exactamente idénticos (véase el Anexo II: "Escritura automática").

Los mensajes, por lo general, se muestran infinitamente tranquilizadores, tanto si consideramos nuestro propio destino como el de nuestros amigos. Todos los difuntos están de acuerdo en declarar que el tránsito al otro mundo es fácil a la vez que carente de dolor, y

va seguido de una profunda reacción de paz y bienestar. El individuo se encuentra con un cuerpo espiritual absolutamente análogo al que dejó en la Tierra, salvo que todas sus enfermedades, debilidades o deformidades ya le han abandonado. Este cuerpo espera o flota alrededor del antiguo cuerpo y tiene conciencia tanto de sí como de las personas circundantes. En esos momentos el muerto se mantiene cerca de la materia. y la relación que aún guarda con ella da lugar a la mayoría de las manifestaciones espíritas, ocasión en que el muerto dirige sus pensamientos hacia una persona alejada, y entonces, con su cuerpo espiritual, aún denso por el corto lapso transcurrido de liberación material, se le aparece a la persona en cuestión. En un serie de doscientos cincuenta casos escrupulosamente consigna dos por Edmund Gurney, ciento treinta y cuatro de estas apariciones se produjeron en ese mismo instante de disolución, es decir, cuando el cuerpo espiritual, por lo que nosotros sabemos, es lo bastante material

para mostrarse visible a los ojos de los amigos o familiares.

Estas apariciones, sin embargo, son muy raras en comparación con el número total de los que mueren. Yo explicaría que esa gran mayoría de las que no ocurren es porque el muerto se halla demasiado ocupado con sus asombrosas experiencias particulares para pensar en los vivos. Pronto observa, con gran sorpresa suya, que por muchos esfuerzos que haga para comunicarse con los vivos, su voz y su tacto psíquicos son igualmente incapaces de producir alguna impresión en los órganos humanos, que sólo funcionan al unísono con sentidos igualmente groseros. Es esta una cuestión que abre un vasto campo a las especulaciones filosóficas. Un conocimiento más completo de los rayos luminosos que emanan del espectro o de los sonidos cuya existencia podemos probar por las vibraciones de un diafragma —pues son demasiado tenues para el oído de los mortales—, nos aportaría conocimientos psíquicos más

amplios. Dejando esto a un lado, seguiremos los destinos del Espíritu que se fue de este mundo. Ahora sabe que en su cuarto hay otros seres, además de los vivos que le rodeaban, y entre aquéllos, que a él le parecen tan sustanciales como éstos, encuentra semblantes familiares, percibe los abrazos y los besos de los seres queridos a los que había perdido en la Tierra, y, en compañía suya, con su ayuda y guiado por ellos, que lo aguardaban, se desplaza, con gran sorpresa suya y a pesar de todos los obstáculos materiales, lanzándose de esta manera en la nueva vida.

Esta exposición es muy categórica y ha sido repetida con tal persistencia que no cabe sino aceptarla. Esta teoría se aparta por completo de la antigua teología. El Espíritu no es un ángel glorioso o un réprobo: es el mismo individuo, con todo lo que tiene de fuerza y de debilidad, de sensatez y de locura, exactamente igual, conservando igualmente su misma figura mortal. Después de una prueba tan prodigiosa, no sería extraño que los

más frívolos y los más insensatos se transformen por completo; pero esto no siempre es así en el nuevo medio, pues los Espíritus frívolos siguen siendo iguales, tal como en la Tierra, como pueden atestiguarlo algunos resultados de nuestras sesiones. Luego, antes de entrar en su nueva vida, el Espíritu atraviesa una etapa de inconsciencia, cuya extensión varía, siendo a veces tan mínima que es como si apenas existiese, y prolongarse a veces semanas, meses y hasta años. Raymond manifestó que tal estado a él le duró seis días; en un caso que me fue revelado personalmente me confirmaron este hecho. Por otra parte, Frederic W. H. Myers refiere que pasó cierto tiempo en un estado de insensibilidad. Yo supongo que la duración de ese período debe ser proporcionada a la turbación o preocupación mental de esta vida: un reposo prolongado será el mejor medio de borrar todo rastro de ella; un niño pequeño quizá no tendría ninguna necesidad de hacerlo. Este último argumento es una pura suposición; pero existe un número considerable de testimonios respecto a casos en que

un período de olvido sucedía a la primera impresión del Más Allá y precedía a la nueva existencia espiritual *.

Cuando el Espíritu despierta de un sueño se siente soñoliento, como el niño que acaba de nacer. No obstante, pronto recobra las fuerzas y la nueva vida comienza. Esto nos lleva a la consideración del cielo y el infierno. La idea del infierno puede decirse que se ha disipado por completo, del mismo modo que ha desaparecido desde hace mucho del pensamiento de todo individuo racionalista. Esta odiosa concepción —tan injuriosa para el Creador— ha nacido de la exageración de la fraseología oriental y puede haber sido conveniente en una época lejana, cuando a los hombres les asustaba el fuego, como asustan a los viajeros los animales salvajes. El infierno, como creación real y permanente, no existe. No obstante, el concepto de castigo, de expiación, en una palabra, de purgatorio, es confirmado por los relatos del otro mundo. Sin esta consecuencia no habría justicia en el Universo, pues sería imposible imaginar que la suerte

de Rasputín fuera igual a la del Padre Damián. El castigo es seguro y muy serio; bajo su forma menos severa consiste en el morar de las almas más viles relegadas en las esferas inferiores. Esas almas no ignoran que eso se debe a sus malas acciones cometidas en la Tierra; pero tienen la esperanza de que la expiación y la ayuda de los que se hallan por encima de ellas las instruirán y colocarán al mismo nivel que las demás. Los Espíritus más elevados se consagran a esa obra de educación. Julia Ames, en su magnífica obra póstuma — *Cartas de Julia*— expresa estas memorables palabras: "La mayor alegría del cielo es hacer el vacío en el infierno".

* Remitimos al lector, a los efectos de ahondar en este importante tema, al libro *El Cielo y el Infierno o la Justicia Divina según el Espiritismo*, de Allan Kardec, y en especial al

capítulo I: "El tránsito", de la segunda parte: "Ejemplos", donde el mismo es documentado con numerosas pruebas demostrativas similares a las que alude Conan Doyle. *[Nota de la Editora.*

Abandonemos estas esferas de prueba, que más bien deberían considerarse como un sanatorio para las almas débiles que como una comunidad penitenciaria, y volvamos a las descripciones del otro mundo. Todas ellas representan, unánimemente, bajo un aspecto muy seductor, las condiciones de vida del Más Allá, diciendo que los Espíritus se agrupan con arreglo a sus inclinaciones, y que los que se aman —o tienen objetivos comunes— se reúnen, siendo su existencia muy atrayente y atareada, no queriendo ninguno de ellos volver a la Tierra. Estas revelaciones son, sin duda alguna, sumamente reconfortantes y —repito—, no se trata aquí de fe o de esperanza, pues ellas son confirmadas por todas las leyes de la evidencia. En efecto, si varios testigos, sin ninguna rela-

ción entre sí, hacen un relato similar de los mismos hechos, tal relato debe tenerse por verídico. Si el relato en cuestión nos hablara de almas gloriosas, despojadas de todas las debilidades humanas, de almas que vivieran en un éxtasis constante de adoración en tomo del trono del Todopoderoso, podría sospecharse que no fuera más que un reflejo de esa teología popular que todos los médiums han conocido en su juventud. Ahora bien, los relatos que recibimos del Más Allá difieren de todas las doctrinas preexistentes y son reforzados, además, como ya he hecho notar, por la revelación persistente del casi mismo contenido, así como por el hecho de que son el producto último de una larga serie de fenómenos cuya exactitud ha sido reconocida por quienes los han examinado cuidadosamente.

Puede objetarse que la fe nos había dado ya la seguridad de la inmortalidad del alma. Sin embargo, la fe, tan bella en el individuo, ha sido, siempre que se la ha practicado colectivamente, un argu-

mento de doble filo. Este argumento sería incontestable si únicamente hubiera una fe y si las intuiciones del género humano fueran constantes. Tener fe es proclamar la creencia absoluta en una cosa imposible de demostrar. Un individuo dice: "Yo tengo fe en *esto*", y otro declara: "Yo tengo fe en *aquello*". Ni uno ni otro tiene pruebas de lo que afirma, y, sin embargo, discuten sin cesar sobre ello, por la vía oral o escrita. Si uno es más fuerte que el otro, se halla dispuesto a perseguir a quien considera su adversario hasta convertirlo a lo que considera verdadera fe. Como Felipe II no concebía otra fe que la suya, inmoló a cien mil moros con la esperanza de que sus compatriotas profesarían la verdad suprema. En nuestros días, como se ha reconocido que no era ésta la manera de proclamar lo que no podía probarse, nos hallamos reducidos a observar los hechos, a razonarlos y a llegar de este modo a una evidencia concluyente. Por eso el movimiento psíquico posee un valor indiscutible: sus fundamentos se apoyan en algo más sólido que los textos, las tradiciones y

las intuiciones. Es, desde un doble punto de vista, la religión de dos mundos bajo su forma más nueva, en vez de limitarse a resumir las antiguas creencias de uno solo de esos mundos.

Todavía no sabemos lo suficiente sobre la vida futura para poder describirla con tanta precisión como, por ejemplo, un cuadro de un jardín, tan perfectamente descrito que pueda concebirse inmediatamente con una simple lectura. Es probable que los mensajeros que nos visitan se hallen más o menos en un estado de progreso y expresen el mismo nivel de vida. Los mensajeros suelen ser Espíritus de personas muertas recientemente, y sus posibilidades de manifestación tienden a debilitarse, cosa muy explicable. A este respecto, es instructivo recordar que, según la tradición, las apariciones de Jesucristo a sus discípulos o a San Pablo tuvieron lugar pocos años después de su muerte, y que los primeros cristianos no pretenden en modo alguno haberlo visto después *.

Los casos de autenticidad probada, en que

Espíritus de muertos mucho tiempo atrás se pusieron en contacto con nosotros, no son nada numerosos. Hay uno muy interesante en la vida del señor Dawson Roger, y es el de un Espíritu que decía llamarse Mantón, haber nacido en Lawrence Lydiard y enterrado en Stoke Newington en 1677. Después quedó claramente demostrado que un hombre llamado así vivió y fue capellán de Oliver Cromwell. Por lo que mis lecturas me permiten saber, éste es el Espíritu más antiguo cuyo retorno se ha señalado **. Como ya he dicho, los que vuelven, por regla general, llevan muerto mucho tiempo más cercano al nuestro. Resulta de aquí que lo que hemos obtenido no data sino de una generación o dos y no tiene un valor de conjunto, sino parcial.

Los Espíritus ven las cosas conforme a su estado de adelanto alcanzado en el orden espiritual; tal es lo que se deduce de las confidencias de Julia Ames. Acogida en el umbral del otro mundo por recién llegados, como ella, emprendió de inmediato la necesidad de instituir una oficina de comuni-

caciones; pero quince años después reconoció que, por regla general, de un millón de Espíritus ni siquiera uno deseaba comunicarse con los vivos, dado que sus amigos y familiares ya estaban junto a ellos.

Es indudable que todos estos relatos sólo son fragmentarios; pero tal como son resultan muy sustanciales y extraordinariamente interesantes, puesto que se refieren a nuestro destino. Todos los Espíritus están de acuerdo en declarar que la vida en el otro mundo es de corta duración y que atravesarán sucesivamente varias fases de la evolución, entre las cuales existe, al parecer, más conexión que entre nosotros con el Más Allá. Los Espíritus inferiores no pueden elevarse; pero sí lo hacen los más evolucionados. La vida futura presenta muchas semejanzas con nuestro mundo; pero es una vida más espiritual que corporal, pues en ella no existen las preocupaciones materiales de la alimentación, el dinero, la sensualidad, los sufrimientos físicos, etcétera; en tanto que las ar-

tes, la música y todo lo que es propio del orden intelectual y científico es cultivado en ella. Los seres se hallan vestidos, como es fácil suponer, pues no hay ninguna razón para renunciar a la decencia bajo nuevas apariencias; éstas son, por lo demás, la reproducción de las formas humanas perfeccionadas, llegando los jóvenes a la madurez y recobrando los ancianos la juventud. La vida se halla organizada en comunidades con arreglo a las mutuas inclinaciones de unos y otros, encontrando el espíritu masculino su verdadera compañera, aun cuando no haya sexualidad, en el sentido vulgar de la palabra y tampoco, por consiguiente, procreación. Como las relaciones siguen siendo las mismas, los que han llegado a cierto grado de desarrollo se mantienen en él; cabe suponer, pues, que las naciones continúen divididas con el mismo rigor que en la Tierra, lo cual no es una consecuencia de la diversidad de lenguas, puesto que el único medio de ponerse en comunicación es por medio del pensamiento. La intimidad de

las relaciones entre las almas afines ha sido demostrada por la forma en que Myers, Gurney y Rodin Noel, amigos y colaboradores los tres en la Tierra, se comunicaron a través del señor Holland, para el que eran absolutamente extraños, y, sin embargo, cada uno de los mensajes era muy característico, conforme a como fueron conocidos estos Espíritus en la vida terrena. Esta intimidad de relaciones ha sido afirmada asimismo por el caso de los profesores Verrall y Butcher, dos sabios griegos que construyeron juntos lo que ellos

* No consideramos acertado a este criterio de Conan Doyle que se refiere al debilitamiento de las posibilidades de manifestación de los Espíritus conforme al tiempo transcurrido desde su desencarnación, o muerte, pues ello sería poner limitaciones a dos mundos que se interpenetran y actúan incesantemente el uno sobre el otro y, en especial, a los Espíritus superiores, como el caso referido en

este párrafo al mismo Cristo. Las manifestaciones no dependen tanto de los Espíritus como de las condiciones que ofrezcan los encarnados, pero, tengamos en cuenta que estas posibilidades, no existiendo en el medio humano, los Espíritus, principalmente los superiores, pueden lograrlas en el laboratorio del mundo invisible, y es así como se cumple aquello que dice el Evangelio: "El Espíritu sopla donde quiere", (véanse al respecto los capítulos I al VIII, segunda parte: "De las manifestaciones espiritas", de *El Libro de los Médiums*, de Allan Kardec). [*Nota de la Editora.*]

** Indudablemente Conan Doyle ignoraba las obras que conforman la Codificación Kardeciana, pues en ellas hay comunicaciones de Espíritus mucho más antiguos, como los de Platón, Sócrates, Erasto, San Agustín, Timoteo, San Juan Evangelista, etcétera, quienes integran la pléyade que reveló la Doctrina de los Espíritus bajo la denominación de Espíritu de Verdad. [*Nota de la Editora.*]

llaman *el problema griego*. Analizando este trabajo en *The Ear of Dionysius*, Gerald Balfour, deduce, en consecuencia, con toda la autoridad de que goza, que semejante resultado sólo podía ser obtenido por ellos —por Verrall y Butcher— y nadie más. Debe advertirse incidentalmente que estos diversos ejemplos demuestran claramente, o que los Espíritus disponen de numerosos archivos, o que sus facultades se hallan desarrolladas hasta el extremo de mostrarlas omniscientes. Ningún humano sería capaz de hacer citas exactas como las hacen los Espíritus cuyas comunicaciones se reproducen en *The Ear of Dionysius*.

Tal es, en líneas generales, la vida del Más Allá en sus manifestaciones más simples, pues no todo en ella es simple. Tenemos débiles destellos de círculos inferiores infinitos que descienden a las tinieblas y círculos superiores infinitos que ascienden hacia la gloria, todos ellos progresivos, esenciales e intensamente vívidos. Según nuestros informes, ninguna religión terrestre predomina so-

bre otra, en tanto que las cualidades individuales y la perfectibilidad gozan de grandes ventajas. Asimismo existe unanimidad respecto a las alabanzas otorgadas a las religiones que inculcan la oración, la elevación de los corazones y el renunciamiento por las cosas terrenas. Desde este punto de vista y no otro —como ayuda espiritual—, es indudable que toda forma de religión es de una utilidad indiscutible. Si el hacer girar un cilindro de cobre obliga al tibetano a admitir que hay algo más alto que sus montañas y más precioso que sus búfalos, esta acción no deja de ser excelente. No debemos mostrarnos muy severos en nuestro juicio sobre tales cuestiones.

Queda otra cuestión digna de ser examinada aquí, pues es muy sorprendente y, por esto mismo, se impone a nuestra atención. Se trata de la constante afirmación de los mensajeros del Más Allá de que los recién llegados no saben que han muerto y que tiene que transcurrir cierto tiempo —a veces bastante largo— para que se den cuenta de ello. Todos reconocen que este estado de per-

plejidad es nocivo y retrasa su progreso. El único modo de salvar los efectos de este período de angustia en el otro mundo sería adquiriendo un cierto conocimiento de esta verdad sustancial en el nuestro. No es de extrañar que los Espíritus consideren a sus nuevas sensaciones como un sueño extraño al observar cómo difiere lo que les rodea de las enseñanzas religiosas y científicas que les fueron brindadas. Cuanto más rígidamente ortodoxas fueran sus opiniones, más difícil les resulta adaptarse a su nuevo medio, con todo lo que éste implica.

Por esta razón, y por algunas otras más, esta Nueva Revelación es una cosa muy necesaria e importante para la humanidad. Otra particularidad de menos importancia práctica, consiste en persuadir a las personas de edad de que todavía pueden perfeccionar sus facultades intelectuales y morales, pues si no tienen tiempo para utilizar sus nuevos conocimientos en este mundo, formarán parte integrante de su acervo mental en el otro.

En cuanto a los detalles más pequeños de la vida futura, es preferible dejarlos a un lado, justamente por la razón de ser pequeños. No hemos de tardar en conocerlos por nosotros mismos, y sería vana curiosidad hacer preguntas acerca de ellos. Lo cierto es que en el Más Allá hay Espíritus más elevados que practican corrientemente la química sintética, aquella que no sólo produce la sustancia, sino que también la moldea para hacer objetos. Los hemos visto obrar por mediación de los médiums más comunes y de un modo perceptible para nuestros sentidos humanos en algunas sesiones. Si pueden obrar efectos en nuestra atmósfera terrestre durante las sesiones mediúmnicas, con mucha más razón puede admitirse que la misma operación les será igualmente fácil en el éter, que es su propio medio. Puede decirse, de un modo general, que les es posible reproducir similarmente cuando existe en la Tierra. Su manera de lograrlo acaso sea un tema de adivinación o de especulación para los Espíritus menos avanzados, como lo son para nosotros los fenómenos de la ciencia mo-

derna. Si un habitante de un mundo sobrehumano intimara a alguno de nosotros a que le explicase exactamente qué es el centro de gravedad o el magnetismo, ¡en qué apuro le pondría! Coloquémonos, pues, en el lugar de un joven ingeniero como Raymond Lodge, que intentó reconstituir teóricamente lo que sucede en el otro mundo. Su teoría puede, indudablemente, ser contradicha por algún otro Espíritu que intente adivinar los fenómenos del Más Allá. Igualmente puede tener razón que estar equivocado; pero él hace todo lo que puede diciendo lo que piensa, como haríamos nosotros en su caso. Así pues, Raymond cree que los químicos en cuestión pueden producirlo todo, incluso cosas materiales como el alcohol y el tabaco, que pudieran pedir algunos Espíritus no esclarecidos. Esto ha divertido tanto a los críticos, que cualquiera creería al leer sus comentarios que ese libro de cuatrocientas páginas no contiene más que esa única manifestación. Raymond ha podido engañarse o no; lo único que esto me demuestra a mí es el intrépido valor y la honradez del cronista,

que sabía qué arma iba a proporcionar a sus enemigos.

Mucha gente protesta porque el nuevo mundo, tal como nos es descrito, es demasiado material, pues no es así como lo conciben. Muy bien, pero en este mundo existen muchas cosas que no armonizan con nuestros deseos y no por ello dejan de existir. Cuando llegamos a examinar esta acusación de materialismo, que se hace al Espiritismo, y tratamos de construir un sistema que pudiera satisfacer a los idealistas, la tarea no resulta nada fácil. ¿Deberemos ser simples formas etéreas que flotan en el aire? Esto podría ser una alternativa. No obstante, si los Espíritus abandonaran en la vida futura la figura de su cuerpo mortal, su individualidad terrestre, ¿cuál sería la forma que adoptarían? Pues, ¿cuál sería la impresión de una madre a la que se le apareciese un ser impersonal e informe? Diría: "Ese no es el hijo que yo he perdido. Yo quiero sus cabellos de oro, su sonrisa vivaz y sus actitudes que me son tan familiares". Esto es lo que ella quiere, y lo que encontrará, a mi

juicio; pero no mediante algo que nos suprima todo lo que nos quede de materia y nos conduzca a una vaga región vaporosa.

Por el contrario, otra escuela de críticos objeta que en la vida futura así descrita las sensaciones son demasiado rudas, las emociones muy fuertes y el ambiente excesivamente consistente; sobre todo si se tiene en cuenta que unas y otros están formados de elementos diáfanos por excelencia. Pero no olvidemos que todo es cuestión de comparación.

Supongámonos un mundo mil veces más denso, más pesado y más oscuro que el nuestro. Cabe admitir que a sus habitantes les parecería exactamente igual que a nosotros nos parece el nuestro, puesto que su fuerza y su contextura serían proporcionadas. Si estos individuos, no obstante, se hallaran en contacto con nosotros, nos considerarían seres extraordinariamente vaporosos, viviendo en una atmósfera extrañamente luminosa y espiritual. No se darían cuenta de que también nosotros, por hallarnos perfectamente adaptados a lo que nos rodea, sentíamos y obrábamos

según las mismas leyes que ellos.

Si ahora volvemos al Más Allá que nos domina tanto como nosotros dominaríamos al mundo imaginario de que acabo de hablar, igualmente nos parecerá que estos Espíritus —como nosotros los llamamos— viven como fantasmas en una atmósfera de vapor. Olvidamos que allí todo se halla también proporcionado y en armonía, de manera que la región en que se mueven y en que habitan los Espíritus, que a nosotros nos parece pertenecer al dominio del sueño, es tan real para ellos como nuestro planeta lo es para nosotros y el cuerpo espiritual es tan tangible para otro Espíritu como lo son nuestros cuerpos terrestres para nuestros amigos.

Capítulo IV

PROBLEMAS Y DELIMITACIONES

Renuncio por el momento a demostrar con más amplitud el hecho mismo que fundamenta a esta Revelación y su incontestable veracidad, dado que algunos detalles han suscitado mi atención y merecen ser examinados. La esfera en que gravitan nuestros muertos parece hallarse muy cerca de nosotros, tan cerca que a ella nos trasladamos continuamente durante el sueño, como nos lo hacen saber nuestros difuntos. Gran parte de la serena resignación que observamos a veces en personas que han perdido a un ser querido —personas por cuya razón temíamos después de tal pérdida— se debe a que han vuelto a ver a su bien amado, aunque el olvido sea completo y estas personas sean incapaces de acordarse del menor aspecto de las experiencias espíritas acaecidas durante su sueño; no obstante, su dolor ha sido sua-

vizado por obra de su subconsciente. Como ya he dicho, el olvido es completo; pero a veces, por un motivo cualquiera, éste queda en suspenso durante unos instantes, y entonces la persona se despierta de su sueño rodeada todavía *por nubes de gloria*. Esta conciencia momentánea da una explicación de los sueños proféticos, que en su mayor parte se han realizado.

Yo mismo tuve hace algún tiempo una experiencia de esta índole, la que me parece merecedora de ser divulgada. El 4 de abril de 1917 me desperté con la sensación de haber recibido una comunicación. Sólo me acordaba de una palabra, que resonaba sin cesar en mis oídos. Esta palabra era *Piave*, la cual, por lo que yo podía acordarme, me era absolutamente desconocida. Sospechando que se refería a algún país, mi primer impulso fue el de consultar el índice de un atlas, y descubrí que en Italia hay un río con este nombre a unas cuarenta millas de la retaguardia del frente italiano de operaciones, que por aquella fecha se realizaban victoriosamente. Yo no podía concebir nada más inve-

rosímil que el retroceso del frente italiano hasta el Piave, y tampoco me imaginaba qué acontecimiento militar podría tener lugar en tal sitio. No obstante, me quedé tan impresionado, que tomé nota de mi sueño, y, queriendo darle el valor de un documento, lo hice firmar por dos testigos, mi mujer y mi secretario, después de haberlo fechado. Ahora bien, seis meses después toda la línea italiana fue quebrada y, tras haberse replegado sobre varias posiciones inmediatas, se detuvo en este río, que ya era considerado por todos los críticos militares como un punto estratégico de extraordinaria importancia. Más adelante, la alusión a este nombre ha sido plenamente justificada, lo que me hace suponer que algún amigo del Más Allá quiso anunciarme acontecimientos futuros.

Muchas personas, invocando lo grotesco, la monstruosidad y la inconveniencia de nuestros sueños y, por lo tanto, la imposibilidad de que tengan un origen elevado, se indignan contra la teoría de que gracias a ellos nos ponemos en con-

tacto con los Espíritus de los difuntos. A este respecto yo tengo un enfoque distinto de este problema, que acaso merezca ser discutido. Opino que hay dos clases de sueños: los motivados por la acción de los Espíritus y las manifestaciones confusas de las funciones orgánicas de nuestro cuerpo, cuando el Espíritu está ausente del mismo. Los sueños de la primera clase son raros y sublimes; pero no los recordamos. Los de la segunda clase son ordinarios y variados, y a menudo fantásticos y groseros. Teniendo en cuenta lo que afecta a nuestros sueños ordinarios, podemos comprender que nuestras facultades psíquicas son ajenas a ellos y, por consiguiente, está ausente nuestro Espíritu, quien se halla de visita en el mundo de los Espíritus. Es así como observamos que la alegría se halla proscrita, de nuestros sueños, puesto que vemos cosas que más tarde nos sorprenden por su ridiculez y que en el momento de verlas no nos divierten. Asimismo se halla ausente el sentido de la proporción, del juicio y de las aspiraciones elevadas, y de hecho todo lo

que es noble, en tanto que lo vil, como el miedo, las impresiones sensuales y el instinto de conservación funcionan de un modo tanto más vivaz cuanto que nada los controla.

La delimitación de las facultades de los Espíritus es una cuestión que se impone en este estudio. Frecuentemente se dice: "Si los Espíritus existen, ¿por qué no hacen esto o aquello?" A esto se puede responder —sin que esto sea poner en duda su existencia— que no pueden hacerlo. Parecen tener facultades tan restringidas como las nuestras, lo que se deduce claramente de experimentos de correspondencia cruzada * que fueron intentados por médiums de escritura automática que operaron aislada e independientemente unos de otros, y que obtuvieron resultados tan perfectamente acordes que no cabe suponer que se tratara de una simple coincidencia. Los Espíritus parecen conocer exactamente lo que inspiran a los vivos, aunque ignoran hasta qué punto reciben éstos sus instrucciones. Su contacto con nosotros es intermitente. Así, en los casos de corres-

pondencia cruzada, hacen continuamente esta pregunta: "¿Han recibido tal cosa?", o "¿estaba bien?". A veces tienen un conocimiento parcial de lo que se hace, como ha dicho el Espíritu de Myers: "Veía el círculo, pero no estaba muy seguro del triángulo". Por otra parte, se ha demostrado que los Espíritus, aun los de aquellos que, como Myers y Hodgson, se hallaron en estrecho contacto con las cuestiones psíquicas y no ignoraban ninguno de los fenómenos que nos son familiares, encontraban dificultades cuando querían enterarse de cosas materiales, como ser, por ejemplo, al respecto de un documento o escrito. Sólo podrían haberlo conseguido —supongo yo—por medio de la materialización parcial de sí mismos, y ellos no poseían tal facultad. Esto arroja alguna luz sobre el famoso caso —tan frecuentemente citado por nuestros contradictores— en el que Myers no pudo lograr leer unas palabras o una frase encerradas en una caja precintada. Es probable que no pudiera ver el escrito desde la posición que ocupaba, y si le hubiera faltado lu-

cidez, tal vez hubiese incurrido en falta en tal experimento.

Del mismo modo pueden explicarse, a juicio mío, otros muchos fracasos. Por otra parte, ha quedado demostrado, lo que me parece razonable, que cuando hablan de lo que les es peculiar, los Espíritus lo hacen con conocimiento de causa y pueden discutir con precisión y seguridad. No obstante, cuando insistimos —como a veces debemos hacerlo— acerca de testimonios terrestres, esto les conduce a un orden de cosas que les coloca en una situación más difícil y sujeta a error.

Otro argumento que podría oponérsenos es el siguiente: los Espíritus encuentran sumamente difícil hacer mención de nombres, y esto es lo que hace que muchas de sus comunicaciones sean tan vagas y tan poco satisfactorias. A veces dudan y no pronuncian la frase que solucionaría la cuestión. Un ejemplo de esto encontramos en un reciente mensaje reproducido en la revista *Light*. En él se relata cómo un joven oficial muerto recientemente intentó enviar un mensa-

je a su padre a través del fenómeno de voz directa **, valiéndose de la médium, señorita Susanah Harris; pero fue incapaz de pronunciar su nombre, indicando

* La *correspondencia cruzada* o *cross-correspondence*, en inglés, es un tipo de comunicación que consiste en la transmisión de un Espíritu a dos o más médiums, sin el conocimiento de los mismos, de mensajes fragmentarios, los cuales tienen sentido una vez que ellos son integrados en un todo. La correspondencia cruzada es un sistema de comunicación ideado —póstumamente--- por el *gran* investigador inglés Frederic W. H. Myers, en 1901 (*Diccionario Enciclopédico Ilustrado de Espiritismo, Metapsíquica e Parapsicología*, de João Teixeira de Paula. Editora Bels S. A., San Pablo, 1976). [Nota de la Editora.]

** *Voz directa* es la facultad mediúmnica por la cual los Espíritus hablan sin el auxilio directo de las cuerdas vocales del médium (*dem, ibídem*). [*Nota de la Editora.*]

solamente que su padre era miembro del Kildare Street Club, de Dublín. Una investigación permitió hallar a su padre, y por éste se supo que ya había recibido otro mensaje en Dublín anunciándole que en Londres se estaban haciendo investigaciones que le incumbían. Yo no puedo afirmar si el nombre terrestre es una cosa efímera que no guarda relación con la personalidad, ni si será esto lo primero que ha de ser abandonado.

Es muy posible, o quizá haya alguna ley, que rige nuestras relaciones con el Más Allá, que impide que nuestras relaciones sean demasiado formales y den lugar a intervenir a nuestra propia inteligencia.

Esta idea de una ley con arreglo a la cual la conversación indirecta es la más fácil, se dedu-

ce claramente de los resultados de la correspondencia cruzada, pues se advierte que en ella los circunloquios sustituyen a las afirmaciones. Tal es lo que ocurre con una comunicación firmada por San Pablo —de la que se trata en un boletín de la *Psychical Research Society*— en la que se observa que el pensamiento de San Pablo, transmitido primero a un médium de escritura automática, fue enviado por éste a otros dos colegas que se hallaban a una gran distancia uno del otro. El doctor Hodgson fue el espiritista encargado de controlar este experimento. Cualquiera supondría que el mero hecho de que aparecieran las palabras *San Pablo* en los mensajes hubiera bastado para señalar su procedencia; pero, sin embargo, el Espíritu procedió haciendo toda clase de alusiones indirectas y no pronunció el nombre del apóstol en sus diferentes relatos, pero hizo cinco citas de su obra. Este ejemplo es indiscutiblemente ajeno a toda coincidencia y perfectamente convincente e ilustra los singulares procedimientos de los

Espíritus, mostrando que éstos, en vez de ir directamente al nudo del problema, prefieren llegarse a él por medio de consideraciones secundarias. No puede explicarse esta limitación de poder sino suponiendo que en el Más Allá algún ángel infinitamente prudente aconseje a los Espíritus del siguiente modo: "No les hagáis las cosas demasiado fáciles; dadles ocasión de hacer trabajar a su inteligencia. Si les allanáis todas las dificultades se convertirán en simples autómatas". Sea cual fuere el valor de esta explicación, el hecho en cuestión es verdaderamente digno de atraer la atención.

También hay que subrayar, a propósito de las comunicaciones que tenemos con los Espíritus, la incertidumbre en que éstos se encuentran con respecto a la fecha en que han de suceder los acontecimientos. Sobre este particular se engañan casi invariablemente. Probablemente la idea que se tiene del tiempo en la Tierra es distinta de la del Más Allá, lo cual podría explicar la confusión. Como ya dije antes, tenemos la ventaja de contar

con una señora que se halla dotada de la facultad de escritura automática. Esta señora se encuentra en estrecha comunicación con tres hermanos suyos muertos en la guerra. Cuando recibe mensajes de sus hermanos no suele engañarse en cuanto a los hechos; pero casi siempre se equivoca en lo relacionado con las fechas. En un caso, digno de observación, hizo una excepción a su costumbre. Sus profecías sobre los acontecimientos públicos solían retrasarse varias semanas y hasta varios meses; pero en este caso anunció con gran exactitud la llegada de un telegrama de África. El telegrama había sido enviado, efectivamente, pero se retrasó por el camino, lo que parecería probar que esta señora puede predecir *los* acontecimientos en curso y calcular el tiempo que llevará que se cumplan. Por otra parte, he de reconocer que nos reveló confidencialmente la fuga de su cuarto hermano, prisionero en Alemania, acontecimiento que se cumplió. En todo caso expreso mis reservas en cuanto al poder limitado de las facultades proféticas.

Aparte de todas estas limitaciones, tenemos que conservar por desgracia una absoluta sangre fría con respecto a las inteligencias malintencionadas. Todas las personas que se han ocupado de Espiritismo podrían citar ejemplos de crueles desengaños, y, sin embargo, sus experimentos han podido contener en muchas oportunidades, mensajes buenos y verdaderos. A tales comunicaciones se debe, sin duda, que el apóstol Juan dijera: "Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad si los espíritus son de Dios".

Estas palabras evidencian que no sólo practicaban los primeros cristianos el Espiritismo, tal como nosotros lo entendemos, sino también que tropezaban con las mismas dificultades que nosotros. No hay nada más desconcertante que recibir un mensaje largo y detallado cuyos diversos fragmentos guardan conexión entre sí y descubrir después que todo él no es más que una absoluta maquinación. Sin embargo, no debemos perder de vista que la suma de los experimentos auténticos

es mayor que la de las mixtificaciones, del mismo modo que al recibir un telegrama exacto no se puede dudar de la existencia de la línea telegráfica y del aparato de transmisión, aunque una y otro pueden sufrir alteraciones o desperfectos. Debe admitirse, sin embargo, que esto nos defrauda en gran medida y nos vuelve escépticos mientras no haya quedado establecida la prueba de los mensajes. Parientes cercanos de estos Espíritus mixtificadores son, a no dudar, todos esos Milton incapaces de versificar, esos Shelley incompetentes para rimar, esos Shakespeare nulos para pensar, así como otras tantas personificaciones absurdas que ridiculizan nuestra causa. A juicio mío, los fraudes existen tanto en nuestro mundo como en el otro; pero descalificar por esto a la cosa misma en sí sería tan ridículo como descalificar al Universo porque se encuentren en él personas antipáticas y de baja moralidad.

Por mi parte, puedo afirmar que a pesar de la falsedad de ciertos mensajes nunca he oído hablar de ninguno, desde que me intereso por

esta cuestión, que fuera blasfematorio, malévolu o obsceno. Tales incidentes deben ser de índole excepcional. Asimismo, creo que los alegatos respecto a la locura, la obsesión de los médiums, etcétera, carecen en absoluto de fundamento. Las estadísticas de los manicomios contradicen tales afirmaciones y los médiums alcanzan un promedio de longevidad comparable al de los demás individuos. No obstante, opino que no deben realizarse las sesiones si no es con moderación y prudencia. Cuando uno se ha convencido de la verdad del fenómeno, las sesiones han producido ya su efecto, su resultado provechoso. El que se pasa la vida corriendo de una sesión a otra se halla en peligro de volverse, simplemente, un maniático. Tanto en estas prácticas, como en las de las religiones llamadas positivas, la forma es susceptible de eclipsar a la realidad y, por tanto, llevando demasiado lejos la investigación de las pruebas físicas, se expone uno a olvidar que el objeto de estos experimentos es —como ya he procurado

demostrar— el de darnos la seguridad de una vida futura y de una fuerza espiritual en el presente para llegar a comprender la verdadera naturaleza efímera de la materia y la importancia suprema de lo que es inmaterial o incorpóreo.

Por tanto, la conclusión de mis largas investigaciones es que, a pesar de los fraudes ocasionales que deploran los adeptos del Espiritismo y no obstante la confusión y el desánimo producido por aquéllos, subsiste en este movimiento un cúmulo de pruebas que se acerca a la verdad infinitamente más que cualquier otro de los sistemas religiosos que conocemos. Como ya he demostrado, este sistema es menos un descubrimiento que una resurrección, resultado que en nuestro tiempo de materialismo viene a ser lo mismo. Ya no nos hallamos en los tiempos en que las opiniones maduras y reflexivas de hombres como Crookes, Russel Wallace, Flammarion, Charles Richet, Oliver Lodge, William Barrett, Cesare Lombroso, los generales Drayson y Turner, el sargento Bellanty-

ne, William T. Stead, el juez Edmonds, el almirante Osborne Moore, el difunto archidiácono Wilberforce, y todo un enjambre de otros testigos de renombre, pueden calificarse de *galimatías* o de *charlatanería fastidiosa*. Arthur Hill coincide conmigo en decir que hemos llegado al punto en que son superfluos más testimonios y en el que todo el peso de las denegaciones cae sobre los incrédulos. Los mismos que piden pruebas nunca se han tomado la molestia de examinar las numerosas que existen. Cada cual parece creer que debe examinarse *de nuevo* toda la cuestión por el hecho de que él pida informaciones y pruebas. El método de nuestros contradictores consiste en considerar a la persona que ha planteado la cuestión y, por tanto, proceder con ella como si hubiera emitido opiniones nuevas, aunque basadas tan sólo en sus propias afirmaciones, mas sin tener en cuenta las pruebas acumuladas por los numerosos investigadores que le han precedido. Este no es un método honrado de crítica, pues la convicción se logra con la concordancia y cantidad de las pruebas

acumuladas.

Es evidente que bastarían unos cuantos experimentos por sí solos para aclarar la cuestión. Por ejemplo, en cuanto al estudio de las fuerzas físicas, podríamos contentarnos con las investigaciones del doctor William Crawford, de Belfast. Este doctor instaló a un médium *no profesional* en una báscula, de modo que sus pies quedaran aislados del suelo, y observó en el curso de la producción de los fenómenos una diferencia de peso de varias libras, resultado que ha demostrado y explicado en una revista científico-espiritista digna de fe. Yo no veo posibilidad alguna de poder negar tal experimento. El fenómeno es y ha sido comprobado firmemente por todas las personas carentes de prevenciones. Ya ha pasado, por tanto, el tiempo de las investigaciones y hace mucho que ha sonado la hora de las realizaciones.

¿Nos ha de bastar con observar estos fenómenos sin preocuparnos para nada de su trascendencia, al igual que un grupo de salvajes contemplaría una instalación telegráfica sin apreciar los mensa-

jes que transmitiera? ¿O bien estamos decididos a reconocer el valor de estas sutiles y enigmáticas comunicaciones del Más Allá y sentar los cimientos de una religión fundada, al mismo tiempo, en la razón humana y en la inspiración de los Espíritus? Estos fenómenos, después de haber sido un juego de sociedad, empiezan a ser objeto de discusiones científicas y sirven o servirán para edificar un sistema filosófico-religioso bien preciso, relacionado, por una parte, con las antiguas tradiciones, sin dejar de ser, por otra parte, absolutamente nuevo. Las pruebas en que se apoya este sistema son tan numerosas que haría falta una biblioteca entera para contenerlas; los testigos a quienes se las debemos no viven en la sombra, en un pasado oscuro e inaccesible a nuestro control, sino que son contemporáneos nuestros, hombres de una inteligencia y de un carácter por los que todos respetan.

La situación en su conjunto se reduce, a juicio mío, a considerar las dos alternativas siguientes: o suponer que ha habido una epidemia de locura que ha abarcado a dos genera-

ciones y dos continentes, afectando a hombres y mujeres eminentemente sanos, desde cualquier punto de vista, o bien admitir que desde hace algunos años hemos recibido de una fuente divina una Nueva Revelación —el Espiritismo— que aventaja en mucho a los más grandes sucesos religiosos acontecidos desde la muerte de Jesucristo, ya que la Reforma no fue nada más que una readaptación del Catolicismo, en tanto que esta Nueva Revelación modifica completamente la visión de la muerte y el destino de los humanos. Entre ambas hipótesis no cabe vacilación alguna. La teoría de que el Espiritismo sólo consiste en fraudes y mentiras no resiste ante la evidencia. O es la más absoluta locura o es una revolución que nos hace mirar cara a cara a la muerte, sin miedo alguno, y que a la vez nos sirve de inmenso consuelo cuando los seres que amamos trasponen los límites de este mundo.

Quisiera agregar algunos consejos prácticos para quienes reconozcan la veracidad de mis pala-

bras. Nos hallamos en presencia de un movimiento profundo y nuevo, el más considerable de toda la historia de la humanidad. ¿Cómo vamos a aprovecharlo? Yo opino que el deber nos obliga a ofrecer nuestra creencia, muy especialmente, a los que sufren. Una vez confesada nuestra fe, no debemos insistir, sino dejar que actúe una sabiduría más grande, elevada y poderosa que la nuestra. Nosotros no queremos destruir a ninguna religión; únicamente deseamos combatir a los espiritistas demasiado materialistas, sacarlos del camino encajonado del error para transportarlos a cumbres en las que respirarán un aire puro y contemplarán otros valles y otras alturas. Las religiones se hallan en parte petrificadas y en decadencia, ahogadas por las formas y estranguladas por los misterios. Nosotros podemos demostrar que no hay necesidad de ningún tipo de lucha. Todo lo que es esencial es, al mismo tiempo, sencillo y seguro.

La ayuda más preciosa con que podemos contar es la de quienes han perdido seres queridos y suspiran por el restablecimiento de la comunica-

ción entre ellos y sus ausentes. Tampoco esto debe exagerarse. Si un hijo vuestro se hallara en Australia no le exigiríais que abandonara continuamente sus ocupaciones para que os escribiera largas cartas. Hay que saber contentarse con experimentos breves, y una vez logrados debe esperarse serenamente la oportunidad de otra comunicación. Actualmente me relaciono con trece madres que tienen comunicación con sus hijos difuntos, y los mismos padres, aunque no participan de tales comunicaciones, atestiguan igualmente la veracidad de ellas. Sólo una de estas familias, que yo sepa, se entregaba a los experimentos espiritistas antes de la guerra. Algunos de estos casos son excepcionales; en dos de ellos los hijos se le aparecieron a sus madres en fotografía. En otro, la madre recibió el primer mensaje por mediación de una persona extraña que había recibido su dirección, y después las comunicaciones se sucedieron directamente. En otra oportunidad los mensajes fueron expedidos designando páginas o libros dispersos en varias bibliotecas. Este procedimiento

destruye toda hipótesis telepática. Es evidente que no hay verdad mejor demostrada que ésta.

¿Cómo debemos proceder? En esto radica la dificultad. Hay hombres de buena fe y la superchería es fácil, por lo que es menester obrar con circunspección. Respecto a los médiums, deberán tomarse informes respecto a ellos. Incluso con los mejores puede ocurrir que sólo se obtengan manifestaciones confusas, y las decepciones podrán ser frecuentes. No obstante, algunos obtienen resultados inmediatos, de lo que yo deduzco que no deben rechazarse las leyes con el pretexto de sus aparentes contradicciones. Casi todas las mujeres son médiums no ejercitados. Deberá probarse su facultad por medio de la escritura mediúmnica. También en esto es necesario observar la mayor prudencia, a causa de los desengaños que podríamos infligirnos a nosotros mismos. Todos estos experimentos deben intentarse con un espíritu de respeto y de piedad. Quienes proceden con seriedad no dejarán de tener éxito, pues en el Más Allá otros esfuerzos análogos secundarán a los suyos.

No todo el mundo es partidario de las comunicaciones con los Espíritus, pues alegan que pueden impedir el progreso de éstos. Esto no se ha demostrado en modo alguno. Antes al contrario, los Espíritus declaran que se sienten ayudados y confortados por sus relaciones con quienes les aman. Pocas páginas conozco yo más conmovedoras en su elocuente sencillez que aquellas con las que Raymond describe las impresiones de los jóvenes que piden comunicaciones con sus padres y expresan que la ignorancia y la pesadumbre de éstos es un obstáculo perpetuo para la realización de su deseo. "Decís que la idea de la muerte de vuestros hijos os es muy penosa —declaraba—; pero todavía más penoso me resulta a mí oír decir a estos jóvenes que nadie trata de hablarles. Esto lastima a todo mi ser".

Ante todo hay que cultivar la literatura que trata esta cuestión y que ha sido demasiado desdeñada, no sólo por los materialistas, sino también por los creyentes. Saturaos de esta gran verdad. Familiarizaos con su evidencia

irrefutable. Poned de lado a los fenómenos en sí. Asimilad la elevada enseñanza de obras como *After Death o Spirit Teachings*, de Stainton Moses. Podrían llenarse bibliotecas con todas las producciones que tratan de este vasto problema. Aunque de valor desigual, todas son, no obstante, de un nivel superior al común. Ensanched y espiritualizad vuestros pensamientos; mostrad los resultados de ellas en vuestra manera de vivir. El olvido de sí es la piedra de toque del perfeccionamiento moral. Considerad—no como un artículo de fe, sino como un hecho tan palpable como los objetos que hieren vuestras miradas— que nos encaminamos hacia otra vida en la que todo será felicidad y que lo único que puede impedir o retrasar a ésta es la locura y el egoísmo padecidos en los efímeros años de la vida terrena.

Conviene repetir que si esta Revelación les parece destructiva a quienes aceptan los dogmas del Cristianismo con una rigidez extrema, produce un efecto opuesto en los pensadores, tan numerosos

en nuestro tiempo, que han llegado a considerar la estructura del Cristianismo como un grave error. Ha quedado claramente demostrado que la antigua revelación guarda mucha semejanza con ésta, aun cuando bajo la acción combinada del tiempo, de los hombres y del materialismo, se haya borrado y se encuentre mutilada; pero las semejanzas denotan la misma organización y el mismo origen. Si se admite la concepción de la vida después de la muerte, de los Espíritus buenos y malos, de una felicidad relativa dependiente de nuestra conducta, de la expiación por el sufrimiento, de la existencia de Espíritus protectores y Espíritus educadores, de un poder central supremo, de círculos sobre círculos que se aproximan a su presencia, se observa que cada una de estas concepciones reaparece una y otra vez confirmada por numerosos testigos. Sólo la pretensión de la infalibilidad y el monopolio, el fanatismo y la pedantería de los teólogos y los ritos instituidos por los hombres son los que quitan su principio vital a las ideas que vienen de Dios. Esto solo ha deformado a la ver-

dad.

No puedo terminar mejor este breve consideración que citando unas palabras más elocuentes de lo que yo hubiera podido escribir, ya que el pensamiento de ellas es tan elevado como su expresión. Son del gran poeta y pensador Gerald Massey, y datan de hace varios años: "El Espiritismo ha sido para mí —como para muchos— el ensanchamiento de mi horizonte mental y la penetración del cielo, la transformación de la fe en hechos reales. Sin él, la vida sólo puede compararse con una travesía efectuada en el fondo de una bodega con las escotillas cerradas, y en la que el viajero no viera otra claridad que la de la bujía, pero de pronto se le permitiera, en una espléndida noche estrellada, salir al puente a contemplar por primera vez el prodigioso espectáculo del firmamento, resplandeciente de la gloria de Dios".

ANEXOS

I

LA VIDA EN EL MÁS ALLÁ

En el texto de esta obra he señalado la concordancia manifiesta de los diferentes relatos — recibidos de las fuentes más diversas y más independientes unas de las otras— que nos describen la fase de la existencia futura, concordancia que a veces se extiende aun a los detalles más insignificantes. Estos relatos presentan cierta variedad cuando la visión es más completa y permite abarcar una superficie mayor; pero todas las descripciones de esta bienaventurada región a que aspiran los mortales son muy positivas. Desde que yo he escrito este ensayo han llegado a mi conocimiento tres nuevos relatos que confirman mis palabras. Uno de ellos lo ofrece A. King's Counsel en su libro *I heard a Voice*, en el que recomienda a los investigadores —aun cuando el autor mani-

fiesta una marcada inclinación por el Catolicismo—, lo difícil que es para nosotros liberarnos de nuestra primitiva manera de pensar. El segundo de estos relatos, titulado *The Light on the Future*, es una colección de mensajes sumamente interesantes sobre el Más Allá recogidos en un círculo de Dublín, tan serio como reputado. El tercero se halla contenido en una carta particular que me dirigió el señor Hubert Wales y es, a mi juicio, el más instructivo.

El señor Wales es un investigador concienzudo y un tanto escéptico que ha rechazado con incredulidad los resultados que ha obtenido personalmente por medio de la escritura automática. Habiendo tenido conocimiento de mi estudio sobre las descripciones del Más Allá, buscó sus antiguos escritos, a los que tan poca importancia había atribuido al principio. He aquí el contenido de su carta:

"Leyendo su artículo me ha sorprendido grandemente el hecho de que los mensajes que yo he recibido describiendo nuestra suerte después de la muerte coincidían en casi todos los puntos con los que publica usted en su colección de documentos de tan diverso origen. No creo haber encontrado nada en mis precedentes lecturas que pueda explicar semejante conformidad. Tampoco había leído nada de lo que ha escrito usted sobre esta cuestión, y por último había evitado a propósito la lectura de *Raymond* y de otras producciones de esta índole para no influir con ella sobre mis resultados. Los *Proceedings* de la *Psychical Research Society* no tratan —como usted sabe— de las circunstancias que siguen a la muerte. Sea como fuere, en diferentes tiempos he obtenido declaraciones —como lo demuestran mis notas redactadas en el mismo momento— que establecen que en este nuevo período de existencia los Espíritus tienen cuerpos que, aun-

que imperceptibles para nuestros sentidos, son tan palpables para ellos como los nuestros para nosotros. Estos cuerpos poseen las características generales de nuestros cuerpos mortales, pero perfeccionadas; los Espíritus no tienen edad, no sufren como nosotros, no hay entre ellos ricos ni pobres; llevan vestiduras e ingieren alimentos; no duermen, aunque hablan de un estado semiconsiente al que llaman sueño latente, y que me parece que viene a corresponder al estado de hipnosis. Después de un período que suele ser más corto que el promedio de la vida terrenal, entran en otra fase de existencia. Los Espíritus que tienen pensamientos, gustos y sentimientos similares gravitan juntos; los esposos no se reúnen forzosamente, pero el amor se perpetúa, desembarazado de los elementos que con tanta frecuencia impiden en la Tierra su perfecta floración. Inmediatamente después de la muerte se atraviesa un estado de reposo semiconsiente, que comprende

diferentes períodos. Los Espíritus no sienten dolores corporales, pero son susceptibles de experimentar a a veces angustias morales; desconocen en absoluto las muertes dolorosas; no existen diferencias motivadas por las creencias religiosas, y, en suma, su existencia es en conjunto excesivamente feliz y nunca sienten el deseo de volver a la Tierra. No poseo ningún dato preciso respecto a sus *trabajos*, en el sentido propio de esta palabra. Ellos dicen que se interesan por ocupaciones diversas, lo que en otros términos significa lo mismo. El trabajo suele equivaler para nosotros a la actividad que desplegamos para ganarnos la vida, cosa que no existe entre ellos, según mis informes. Se hallan provistos misteriosamente de cuanto necesitan. Tampoco me han dicho que exista *un estado de penitencia temporal*. Según lo que yo he recogido, cuando abandonan este mundo los Espíritus parten del grado de desarrollo moral e intelectual que poseían, y como su felicidad se funda

principalmente en la simpatía, los que mueren en un estado moral poco elevado no pueden gozar al principio, durante un período más o menos largo, de la dicha de amar y ser amado".

Aún quisiera hablar de otro librito, *Do Thoughts Perish?*, que terminé justamente de leer. Aunque su autor observa el anonimato, es evidente que ha sido escrito por una mujer de mucha experiencia y completamente superior. Las fechas de los mensajes demuestran que son del mismo tiempo que *Raymond*, aunque no guarda ninguna relación con éste. Sin embargo, las descripciones de las sensaciones y las experiencias de los jóvenes soldados que acababan de morir son idénticas a las de *Raymond*. ¿Qué piensa el crítico hostil de la perfecta concordancia de los relatos de dos testigos totalmente extraños entre sí?

ESCRITURA AUTOMÁTICA

Este tipo de mediumnidad —como ya dije antes— da excelentes resultados y, sin embargo, es susceptible por su naturaleza de causarnos amargas decepciones. ¿Escribimos por nuestra propia voluntad? ¿O bien obedece nuestra mano a un poder independiente de nuestra voluntad? Esto sólo podemos saberlo a través de los mensajes recibidos, y aun en tal caso debemos conceder una gran importancia a la acción de los conocimientos de nuestro subconsciente. Me parece oportuno mencionar un caso de escritura mediúmnica que prueba y demuestra a los investigadores que estos mensajes no provienen de la persona que escribe. Este caso aparece citado en el interesante libro de Arthur Hill, *Man is a Spirit*, y emana de un informante que declara llamarse el capitán James Burton. Gracias a los mensajes recibidos por este

médium no profesional, se ha descubierto recientemente, si no entiendo mal, el sitio en que se hallan situadas las ruinas subterráneas de Glastonbury.

"Una semana después de los funerales de mi padre —refiere—, me hallaba ocupado en escribir una carta de negocios, cuando alguien pareció interponerse entre mi mano y los centros motores de mi cerebro. Mi mano escribió entonces una carta asombrosa, firmándola con el nombre y los apellidos de mi padre para atestiguar que procedía de él. Yo me quedé desconcertado. Además, se me habían enfriado e hinchado el brazo y el costado derechos. Un año después estas cartas se hicieron frecuentes, las que llegaban cuando menos las esperaba. No sabía lo que decían si no las examinaba con lupa, pues la escritura era microscópica, y expresaban una infinidad de detalles que yo ignoraba totalmente.

"Yo no sabía que mi madre, que vivía a una distancia de unas sesenta millas de distancia, había perdido el perro que mi padre le había dado. Aquella misma noche recibí una carta de ÉL en la que compartía la pena de mi madre y decía que el perro se hallaba ya a su lado: 'Todo lo que amamos y nos es necesario para nuestra felicidad en ese mundo nos sigue a éste', me dictó. Un secreto muy sagrado, solamente conocido de mi padre y mi madre, referente a un suceso acaecido varios años antes de que yo naciera, me fue revelado con esta recomendación: 'Dile esto a tu madre y ella comprenderá que soy yo, tu padre, el que escribe'. Hasta entonces mi madre se había mostrado incrédula; pero cuando le revelé esto, se desmayó. A partir de entonces las cartas fueron su mayor consuelo, pues mi padre y ella habían vivido muy unidos durante los cuarenta años de su matrimonio y la muerte de mi padre le había producido a mi madre un profundo dolor.

"Por mi parte —continúa el capitán Burton—, estoy completamente convencido de que mi madre existe con todas las características de su personalidad, como si se hallara aún presente entre nosotros. No ha muerto: sólo se halla ausente.

"He comparado el estilo y las expresiones usadas en las referidas cartas con mi modo de escribir. He adquirido cierta notoriedad colaborando en varias revistas, y no existe ninguna semejanza entre estas cartas y mis escritos".

En este caso se halla una evidencia más que completa, por lo que remito al lector al libro citado.

III

EL REFUGIO CHERITÓN

Una página más atrás he aludido a un caso reciente de *poltergeist*, es decir, un caso en el que un Espíritu malévolos suscita nuestra atención mediante ruidos y alboroto. Estas entidades parecen pertenecer a una categoría poco evolucionada y hallarse más cerca de las condiciones terrestres que ninguna otra de las que conocemos. Este materialismo comparativo las coloca en el último grado de la escala de los Espíritus y no nos hace desear entrar en contacto con ellos. No obstante, adquieren cierto valor cuando se manifiestan mediante esos groseros fenómenos que atestiguan y nos obligan a observar que existe más de una forma de vida en el Universo. Estas fuerzas que confinan con la Tierra han excitado la curiosidad general en varias épocas y en distintos lugares. A este género de prodigios pertenecen las persecuciones de los Mesley, en Epworth, el tambor de Tedworth, las campanas de Bealing, etcétera, que sorprendieron a todo el mundo durante cierto tiempo. Cada uno de estos casos era una agresión de esas fuerzas desconocidas contra la vida humana. Luego vinie-

ron casi simultáneamente los acontecimientos de Hydesville en América, los de Cideville en Francia, que fueron tan manifiestos, razón por la cual no pudieron pasar desapercibidos y sirvieron de punto de partida a ese movimiento moderno que, basándose en el raciocinio, partió de las cosas pequeñas para llegar a las grandes, desarrolló sus conclusiones y las puso en orden, yendo de los fenómenos a los mensajes, para dar a esta religión los cimientos más sólidos que se conocen. Es por ello que, a pesar de su apariencia vulgar y estúpida, estas extrañas manifestaciones han sido fértiles en consecuencias y merecen, por lo tanto, nuestra respetuosa aunque prudente atención.

Muchas de estas manifestaciones se han producido en los últimos años en diversos puntos del planeta. La prensa no ha dejado de relatarlas en un tono más o menos burlón, convencida, evidentemente, de que la palabra *fantasma* desacreditaba al hecho y ponía término a la discusión. Debe advertirse que a cada uno de estos fenómenos se lo presenta como un hecho aislado y que de este mo-

do los lectores no pueden hacerse una idea de la fuerza de las pruebas acumuladas. En el caso especial del refugio Cheritón, los hechos son los siguientes:

El señor Jaques, juez de paz, que residía en Embrook House (Cheritón), cerca de Folkestone, hizo excavar frente a su casa un refugio contra los ataques aéreos. Conviene manifestar que su casa era muy antigua, pues parte de ella procedía de una congregación religiosa del siglo 14. El refugio fue construido al pie de un pequeño peñasco, y el subsuelo era de arenisca. Este trabajo había sido confiado a un contratista llamado Rolfe, que se hizo ayudar por un obrero. Poco después de haberse puesto a la tarea, éste fue estorbado por proyecciones de arena que le apagaban continuamente la luz o le daban en pleno rostro. Al principio creyó que había que atribuir esos fenómenos a escapes de gas o a la electricidad; pero se hicieron tan frecuentes, que su tarea se vio seriamente perturbada, por lo que se quejó al señor Jaques, quien

escuchó la narración con la más absoluta incredulidad. Sin embargo, los acontecimientos proseguían y aumentaban en intensidad. Ahora se trataba ya de soplos de viento lo bastante fuertes para levantar piedras y pedazos de ladrillos, que pasaban por delante del señor Rolfe y golpeaban violentamente el muro. El señor Rolfe, sin dejar de pensar en una explicación física de estos hechos, acudió a visitar al señor Hesketh, ingeniero electricista de la ciudad este, hombre instruido y de una inteligencia superior a la común, acudió al lugar de los hechos y vio lo suficiente para convencerse de que el fenómeno era real y completamente inexplicable por las leyes ordinarias. Un soldado canadiense que se hallaba alojado en la casa del señor Rolfe oyó referir lo que le pasaba a su huésped, y luego de haber emitido la opinión de que este último tenía "una araña en el techo" (sic), visitó el refugio, en el que se produjeron los fenómenos en cuestión con tal fuerza, que huyó presa de terror. La mujer encargada de la casa comprobó

también que los ladrillos se movían sin que nadie los tocara. El señor Jaques, cuya incredulidad había ido desapareciendo poco a poco ante la evidencia, se dirigió solo al refugio en una ocasión en que no había nadie. Salía él del refugio cuando cinco piedras lanzadas desde el interior golpearon la puerta; el señor Jaques la abrió y vio las cinco piedras en el suelo. Sir William Barrett acudió a su vez, pero no fue testigo de ningún fenómeno durante el escaso tiempo que permaneció allí. Yo hice después cuatro visitas de unas dos horas cada una sin observar nada en particular, salvo que el reciente trabajo en ladrillo se hallaba agrietado por los golpes que había recibido. Estas fuerzas misteriosas desdijeron a quienes se ocupan de los fenómenos psíquicos, pues no actuaron para ningún investigador. Mas, sin embargo, no cabe duda de su existencia y sus manifestaciones, puesto que, como ya he dicho, lo menos siete testigos tuvieron ocasión de comprobarlas. Estas fuerzas dejaron, en efecto, huellas de su acción, como,

por ejemplo, el hecho de arrancar las piedras que habían sido cimentadas nuevamente para formar el suelo y con las que hicieron pequeños montones muy simétricos. Debe descartarse la suposición de que el albañil pudiera ser el autor de todo esto, pues los hechos se produjeron durante su ausencia. Entretanto, un físico visitó la gruta y sugirió la idea de que todos aquellos fenómenos podían deberse a la emanación de gases del pantano, lo cual no aclaraba la cuestión. Los fenómenos no cesaron, y el 21 de febrero de 1918 recibí una carta del ingeniero Hesketh dándome los detalles más recientes y más completos.

¿Cuál puede ser la explicación *real* de estos acontecimientos? Sería difícil decirlo. Todo lo que yo puedo manifestar es que aconsejé al señor Jaques que practicara excavaciones en el cerro a cuyo pie hacía construir su refugio. Yo mismo efectué algunas investigaciones por los alrededores y observé que el terreno había sufrido alteraciones en aquel paraje hasta una

profundidad de lo menos cinco pies. Por lo que yo puedo juzgar, algo ha sido enterrado allí en una fecha remota, y es probable que, como en el caso citado en el curso de esta obra, exista una conexión entre esta particularidad y los trastornos actuales. Acaso el señor Rolfe sea, sin saberlo, un médium de efectos físicos y cuando se hallaba encerrado en la gruta sus poderes magnéticos se acumularían como en un gabinete de experimentaciones, hallándose dispuestos para entrar en acción. Coincidentemente se hallaría en ese sitio algún intermediario que quiso emplear aquel magnetismo, a lo que se debió seguramente la producción de los fenómenos. Cuando el señor Jaques fue solo al refugio, la fuerza magnética dejada por el señor Rolfe, que había permanecido en él toda la mañana, no se habría agotado aún, lo que le valió ser testigo de algunas manifestaciones. Esta es mi opinión; pero conviene no ser demasiado dogmático en estas cuestiones. Si se han realizado excavaciones sistemáticas, espero una conclusión para

esta historia.

Cuando este libro se hallaba en prensa, se me informó de otro caso notable de *poltergeist*. No puedo revelar los detalles sin traicionar el secreto que se me ha confiado. Los fenómenos se producen en la actualidad. Es curioso consignar que estos últimos hechos han llegado a mi conocimiento gracias a que uno de los interesados había leído algunas de mis observaciones relacionadas con el caso del refugio Cheritón, pues me escribió de inmediato para pedirme ayuda y consejo. Todavía no he podido trasladarme al lugar de los hechos porque se encuentra demasiado alejado; pero según el completísimo informe que se me ha enviado, los incidentes presentan todas las características que tan familiares nos son, acompañados además de fenómenos de escritura directa (de los cuales tengo ante mi vista algunos testimonios). Dos pastores de la Iglesia Anglicana han intentado infructuosamente hacer cesar esas manifestaciones que, a veces, revisten una gran violencia. A las personas que sufren tales persecuciones les conso-

lará saber, seguramente, que en los numerosos casos de *poltergeist* que se han observado nunca se ha visto que se haya infligido ningún mal físico a un humano o animal.

Volviendo al último caso referido, he de decir que después de haber sido escrito lo que precede ha intervenido un tercer pastor que poseía algunas nociones de las ciencias psíquicas y ha obtenido, mediante la formulación de enseñanzas y oraciones, que los malos Espíritus se abstengan de atormentar en lo sucesivo a sus víctimas. Falta saber durante cuánto tiempo mantendrán los Espíritus su promesa.

II

EL MENSAJE VITAL

P R E F A C I O

En La Nueva Revelación: el Espiritismo he descrito la aurora del cambio que se anuncia. En El Mensaje Vital ha salido el sol, como se verá, más clara y extensamente de lo que podrán ser nuestras relaciones con lo Invisible.

Cuando pienso en el porvenir de la raza humana, me acuerdo de un día en que desde la entrada de una garganta alpina, entre el caos severo de las rocas y la nieve, posé mis ojos en la llanura de la Lombardía. Resplandeciente bajo el sol, extendíase ésta en un panorama espléndido de lagos azules y colinas ondulantes y verdes, para ir a diluirse en la bruma dorada que envolvía al lejano horizonte. Así también, a nuestros pies se extiende una tierra prometida, en comparación con la cual, el día en que la hayamos alcanzado, la civilización actual nos parecerá estéril y barroca. Nuestra vanguardia ha atravesado ya el desfiladero. Nadie puede impedirnos ahora llegar al país maravilloso que tan claramente se extiende ante los ojos que se abren

para verlo.

Un hombre cuyos escritos son a propósito para dar ánimo —V. C. Desertis—, ha dicho que el segundo advenimiento del Mesías, que siempre se ha creído que debía seguir a Armageddon, se efectuará, no por el descenso del plano espiritual hacia nosotros, sino por la ascensión de nuestro plano material hacia el espiritual y por la fusión de las dos fases de la existencia. Esto es cuando menos una hipótesis seductora. Pero sin haber llegado aún al momento en que caigan de tal modo todas las barreras, tenemos ya conocimientos aproximados suficientes para modificar —segura y profundamente—, todas nuestras apreciaciones sobre la ciencia, la religión y la vida. Qué forma podrán adoptar estas modificaciones y en qué pruebas han de fundarse, es lo que expondremos brevemente en esta obra.

Capítulo I

DOS READAPTACIONES NECESARIAS

Entre las innumerables generaciones de la humanidad, la nuestra fue señalada por el destino para afrontar la calamidad más horrorosa que haya azotado jamás al mundo. Este es un hecho fundamental, innegable, que no debe ser desdeñado, pues de él se deduce inmediatamente la importante consecuencia de que, habiendo sufrido estos acontecimientos, sabremos comprender las enseñanzas que tenían por objeto transmitirnos. Si no las comprendemos y proclamamos nosotros, ¿cuándo podrán ser comprendidas y proclamadas, puesto que no es posible que en el porvenir vuelva a verse la humanidad igualmente labrada, desgarrada y preparada espiritualmente para la siembra? Si después de las fatigas y las torturas que le infligieron estos cinco terribles años de sacrificios y de incertidumbre, no mostraran nuestras almas

cambios radicales, ¿qué almas podrían responder a un nuevo influjo de inspiración celeste? En tal caso, la condición de la raza humana sería verdaderamente desesperada, y ya no quedaría en los siglos venideros ninguna perspectiva de mejoramiento.

¿Por qué se ha impuesto a la humanidad esta terrible prueba? Muy superficial será sin duda el pensador que se imagine que el Autor de todas las cosas ha trastornado por completo al planeta y exprimido a los pueblos hasta agotarlos para que la frontera de tal o cual país fuera desplazada o para que en el caleidoscopio de las naciones se forme una nueva combinación. No; las causas y los fines de la convulsión son muy distintos. Son esencialmente religiosos y no políticos. Tienen un principio más profundo que las querellas nacionales del día. Quizá dentro de mil años los resultados nacionales carecerán de importancia; pero el resultado religioso dominará al mundo. Este resultado religioso será el de la reforma de nuestro Cristianismo decadente, su simplificación, su purifica-

ción, su fortalecimiento por los hechos de comunión espiritual y por el claro conocimiento de lo que hay más allá de la muerte. La sacudida de la guerra se hallaba destinada a despertar en nosotros el fervor intelectual y moral, a darnos el valor de hacernos comprender la grandeza de ideales venerables, a obligar a la humanidad a utilizar prácticamente esta vasta Revelación, tan claramente establecida, tan plenamente demostrada para todos los que la quieran examinar con espíritu libre, como también a los hechos que la fundamentan.

Reflexionemos en la terrible situación en que se encontraba el mundo antes de que sufriera la catástrofe reciente que la ha azotado. Remontémonos en el transcurso de los siglos, consultando los anales de la maldad del hombre, ¿encontraremos algo comparable a la historia de las naciones durante los últimos veinte años? Piénsese lo que era entonces Rusia, con su aristocracia brutal, su democracia alcohólica, sus asesinatos recíprocos, sus horrores siberia-

nos, sus persecuciones de judíos y su corrupción. Piénsese en aquel Leopoldo de Bélgica, demonio hecho carne que, impulsado por la codicia, paseaba el homicidio y la tortura a través de gran parte de África, a pesar de lo cual era recibido en todas las cortes, y fue enterrado tras el panegírico de un cardenal de la Iglesia Romana, la cual no había alzado nunca la voz contra su infame proceder. Piénsese en los crímenes análogos cometidos en el Putumayo, de los cuales los capitalistas británicos, si no fueron personalmente culpables, demostraron al menos una debilidad imperdonable por indolencia y por exceso de confianza en los agentes locales. Piénsese en las matanzas que efectuaban periódicamente los turcos con las razas sumisas. Piénsese en esas fábricas que funcionaban por doquier como muelas implacables y en las que el trabajo adquiriría una forma muy distinta, y mucho menos conforme a la Naturaleza que la de la antigua labor de los campos. Piénsese en la sensualidad de tantos ricos, en la

brutalidad de tantos pobres, en la inutilidad de tantas gentes de mundo, en la frialdad y la mordera de la religión, en la ausencia general de un impulso espiritual, profundo y sincero. Piénsese, en fin, en el materialismo organizado de Alemania, en su arrogancia, en esa falta de corazón, que es la negación misma de todo lo que supondría el espíritu vivo de Cristo, y que se manifestaba hasta en las palabras de los obispos católicos —como Hartmann, de Colonia— y hasta en las de los pastores luteranos. Piénsese en todo esto y dígase si la humanidad ha tenido alguna vez un aspecto tan poco estimable. Si se buscaran algunos detalles más brillantes podrían encontrarse, sobre todo en los sitios en que la civilización había creado, aparte de la religión, las obras necesarias para la comunidad, como, por ejemplo, los hospitales, las universidades, las organizaciones caritativas, que existen tanto en el Japón budista como en la Europa cristiana. No puede negarse que individualmente hubiera mucha virtud, bondad y

espiritualidad; pero las iglesias eran como vainas vacías y ya no ofrecían ningún alimento espiritual a la raza humana, habiendo cesado de influir en sus actos, salvo en lo que respecta a prácticas sin alma.

No habiendo en este cuadro nada de exageración, ¿no vemos con claridad cuál fue la causa profunda de la guerra? ¿No concebimos que apremiaba arrancar de los hombres la charlatanería, los *tés rosas*, el culto del sable, las borracheras de la noche del sábado, el egoísmo de los políticos y las argucias de los teólogos; hacerles despertar y comprender que caminaban por el filo de un cuchillo entre dos fuerzas temibles, que debían romper lo antes posible con la impostura y afrontar con esforzado y celoso corazón verdades que resultaban evidentes siempre que la indolencia, la cobardía o el interés no velaran sus ojos? Intentemos determinar estas verdades y la dirección que debería tomar la reforma. A juicio mío, los nuevos acontecimientos espirituales ocupan un lugar predominante; pero antes de que puedan producir

todo su efecto serán necesarias otras dos grandes readaptaciones. Por lo que se refiere al aspecto espiritual de la cuestión, yo puedo hablar del Más Allá con la autoridad del conocimiento. Sobre los otros dos puntos de la reforma no puedo tener la misma pretensión.

El primero de estos dos puntos es que en la Biblia, base de nuestro pensamiento religioso, hemos juntado a los vivos con los muertos. Una momia y un ángel forman la asociación menos natural que pueda imaginarse. No puede haber nociones claras ni enseñanzas lógicas mientras el Antiguo Testamento no haya pasado a la biblioteca del sabio y el pupitre del profesor. Es un libro maravilloso y en algunos de los aspectos que trata es el más antiguo que ha llegado hasta nosotros, un libro repleto de informaciones raras, de historia, de poesía, de ocultismo y de leyendas populares; pero no contiene nada que lo relacione directamente con las concepciones religiosas modernas y, podemos decir que, en el fondo, hasta se opone a ellas. Bajo

la misma estructura doctrinal han circulado dos códigos contradictorios, lo que ha motivado una gran confusión. Uno de ellos concibe un dios especial, colérico, celoso, siempre pronto a la venganza. Esta concepción se descubre en cada uno de los libros del Antiguo Testamento. Hasta en los Salmos, que son su parte más espiritual y más bella, el salmista, en medio de tantos pasajes nobles, canta los terribles tratos que Dios infligirá a sus enemigos: "Descenderán vivos al infierno". Tal es el tono que adopta este antiguo documento, el cual defiende y estimula el asesinato, justifica la poligamia, acepta la esclavitud y ordena quemar a las supuestas brujas. Su ley mosaica —la civil— ha sido desechada desde hace mucho tiempo. Ahora ya no nos creemos malditos si nos abstenemos de mutilar nuestro cuerpo, si comemos manjares prohibidos o si llevamos vestidos hechos de dos materiales distintos. Pero no podemos desear la ley y al mismo tiempo seguir considerando al documento como divino. Ninguna

sutileza teológica podrá convencer a un alma honrada y seria de que debe ser así. En vano se dirá: "Todo el mundo sabe de sobra que ésta es la ley antigua y que no hay que ajustar a ella la conducta". Esto no es exacto. Se sigue ajustando a ella la conducta, y no dejará de hacerse mientras forme parte de un libro tenido por sagrado. Guillermo II ajustaba a ella sus proceder. Su dios alemán, tan funesto para el mundo, era el reflejo del ser terrible que ordenaba que se pusiera a los cautivos bajo el arado. Las ciudades de Bélgica fueron el reflejo de las ciudades de Moab. Todos los bárbaros despiadados de la historia, principalmente en las guerras de religión, se han inspirado en el Antiguo Testamento. "¡Herid sin piedad!", " ¡Ojo por ojo, diente por diente!" ¡Con qué facilidad acuden estos textos a los labios feroces del homicida fanático! Francisco de Guisa en la noche de San Bartolomé, el duque de Alba en los Países Bajos, Tilly en Magdeburgo, Cromwell en Dhogheda, los Covenantarios en Philliphaugh, los Anabaptistas

de Munster y los primeros mormones de Utah, todos ellos acudieron a vivificar sus instintos en esta fuente profana, que traza un camino rojo a través de la historia. Incluso donde prevalece el Nuevo Testamento, la proximidad del Antiguo proyecta sobre él una sombra tenebrosa que empaña y desdibuja sus preceptos. Conserve-mos esta obra literaria como digna de respeto; pero proscribamos de esa misma fuente lo que envenena a nuestro pensamiento religioso.

Tal es, a mi juicio, la primera medida que debe tomarse para dejar libre el terreno en que ha de alzarse en el porvenir un edificio más hermoso y armónico. La segunda es menos importante, pues se trata más bien de desplazar un punto de vista que de cambiar realmente algo. Debe recordarse que la vida de Jesucristo, por lo que puede saberse, transcurrió durante treinta y tres años; pero menos de una semana pasó entre su detención y su resurrección. Sin embargo, la gran importancia del Cristianismo se la hace radicar alrededor de su muerte, ex-

cluyéndose, en parte, la magnífica lección de su vida. Se ha hecho resaltar demasiado a una en perjuicio de la otra, dado que, por admirable que haya sido su muerte, a ésta se la podría poner en parangón con la de miles de personas que se han sacrificado por una idea, en tanto que su vida, por los ejemplos que ofrece de constante caridad, de amplitud de espíritu, de abnegación, de valor, de razón, de tendencia al progreso, es absolutamente única, y hasta diríamos sobrehumana. Aun en lo que de ella nos dicen los relatos de segunda mano, abreviados y traducidos, nos produce una impresión que no nos la causa ninguna otra vida, una impresión que nos llena de veneración absoluta. Napoleón, que no era un juez mediocre de la naturaleza humana, ha dicho: "Respecto a Jesucristo ya es otra cosa. En Él todo me asombra. Su valor me sorprende, su voluntad me confunde. Entre Él y cualquier otra persona existente no hay comparación posible. Es, en verdad, un ser aparte. Cuanto más me acerco a Él,

cuanto más le examino, más me siento superado". Esta vida maravillosa, su ejemplo y su inspiración, fue el verdadero objeto del descenso a nuestro planeta de un alma tan grande como la de Él. Si la humanidad hubiera concentrado seriamente su atención en esta idea, en vez de perderse en vanos sueños de sacrificios inútiles y caídas imaginarias, si no hubiera dejado que se formara en torno de la cuestión una filosofía mística y a la vez guerrera, ¡qué nivel tan diferente alcanzarían hoy la cultura y la felicidad! Teorías completamente desprovistas de razón y de moralidad han sido la causa principal de que tantos espíritus selectos se hayan apartado de las enseñanzas cristianas, proclamándose materialistas; meditando en lo que ofendía a sus instintos de verdad, habían dejado de ver lo que era al mismo tiempo verdadero y hermoso. La muerte de Jesucristo fue digna de su vida, coronaba un trayecto perfecto; pero fue su vida lo que legó a los hombres como base de su religión permanente. Las gue-

rras religiosas, las contiendas particulares, las innumerables miserias producidas por las discordias de sectas, todo esto se hubiera evitado o reducido a poca cosa si se hubiese adoptado como principio de conducta y de religión el ejemplo de la vida de Jesucristo.

Pero cuando consideramos en lo que tiene de ejemplar esta vida tan singular, intervienen otras consideraciones que deben ser de peso. En primer término, Jesucristo examinó a la religión, conforme a su estado de aquellos tiempos, como un crítico. Con no menos buen sentido que valor, denunció sus hipocresías y nos mostró, finalmente, el camino mejor. He ahí lo que sigue el verdadero discípulo de Jesús; en esto es en lo que se le reconoce, y no en la aceptación de doctrinas que no son ni menos falsas, ni menos perniciosas porque lleguen hasta nosotros con una apariencia de autoridad. Si se exceptúa a esta vida sin igual, ¿qué tenemos hoy de comparable en autoridad con estos libros judíos, tan absolutos en su fuerza y de un carácter tan inmutable y sagrado que, aún hoy, conservan has-

ta los errores y las mismas negligencias de los escribas? Es un hecho evidente y simple que, si Jesucristo hubiera sido ortodoxo, si hubiera poseído lo que puede llamarse una fe de niño, jamás hubiera podido existir el Cristianismo. Los reformadores que le aman no tienen más que decirse, para cobrar ánimo, que siguen los verdaderos pasos del Maestro, y, con todo, Él no pretendió nunca que la revelación que trajo al mundo, y de la que se hizo un uso tan imperfecto, fuera la última que habían de recibir los hombres. Nosotros mismos hemos visto surgir del centro de esta verdad otra igualmente grande y que causará en la raza humana una impresión tan profunda como la originada por el Cristianismo, aunque todavía no haya aparecido ninguna alta figura para imponer sus preceptos. Esta alta figura apareció entonces, cuando los tiempos eran propicios. Yo no dudo que ella también pueda aparecer ahora.

Otra consideración que debe tenerse en cuenta es que Jesucristo no nos ha comunicado directamente su mensaje. Si lo hubiera hecho,

nuestra posición sería más sólida. Este mensaje ha llegado hasta nosotros por la tradición oral y por los relatos de hombres serios, pero poco instruidos. El hecho de que pescadores, publicanos y gentes de esta índole hubieran de escribir, dice bastante sobre el nivel cultural de la provincia romana de la Judea. A no dudar, Lucas y Pablo pertenecían a una clase superior, pero utilizaban los datos de sus humildes predecesores. Su relato nos produce una satisfacción magnífica por la unidad de la impresión general, por la claridad con que en él aparecen las enseñanzas y el carácter del Maestro; pero al mismo tiempo abunda en inconsecuencias y contradicciones sobre distintos puntos secundarios. Por ejemplo, las cuatro versiones sobre la resurrección difieren en los detalles, y no hay un legista ortodoxo, de los que aceptan las cuatro versiones, que no redujeran a la nada tal testimonio si tuvieran que ocuparse de ello en el ejercicio de su profesión. En este caso el detalle no tiene nada que ver con el espíritu del

mensaje. Sería ir contra el sentido común imaginarse que cada una de sus palabras sea inspirada y que no debamos fijarnos ni en las imperfecciones del relato, ni en las convicciones individuales, ni en la fraseología oriental, ni en los errores de la traducción: todo esto lo admiten las versiones revisadas. Casi podríamos creer que cuando oponía el espíritu a la letra, Jesucristo preveía esta plaga de textos por la que tanto hemos sufrido, así como *Al* sufrió por los teólogos de entonces que, semejantes a los de ahora, fueron una plaga para el mundo. Jesucristo entendía que debíamos servirnos de nuestra inteligencia para adaptar las enseñanzas que Él dejaba libradas a las condiciones mudables de la vida y el tiempo. Una gran parte de lo que Él decía estaba relacionada con el estado social y el modo de hablar de aquella época. Suponer, literalmente, que en la actualidad se deba dar todo a los pobres, o que un inglés famélico deba amar a su enemigo el Kaiser, o que por causa de las protestas de Jesucris-

to contra el relajamiento de los vínculos conyugales entre sus contemporáneos, dos esposos que no pueden tolerarse deben permanecer encadenados para siempre en una vida de esclavitud y de martirio, es tergiversar sus enseñanzas y negarle la sólida cualidad de buen sentido que es su primera característica. Pedir lo imposible a la naturaleza humana es exponerse a tener menos fuerza para pedirle lo que es razonable.

Ya se ha dicho que de los tres puntos que comprenden las reformas a realizar —exclusión del Antiguo Testamento, concesión de una importancia mayor a la vida de Cristo en comparación con su muerte, aporte de un nuevo influjo espiritual por medio de la religión psíquica—, este último es el único en que podemos apoyarnos para invocar la autoridad del Más Allá. Pero, en realidad, nunca se ha expuesto este problema de una manera satisfactoria. Yo no he visto nunca que, en lo que concierne con el Antiguo Testamento, se haya tratado la cuestión en una comunicación espiritista. No obstante, la naturaleza de Jesucristo y

sus enseñanzas han sido explicadas una veintena de veces y, teniendo en cuenta algunas variaciones de detalles, puede afirmarse lo siguiente: los Espíritus tienen sus propias concepciones y algunos de ellos llevan consigo muchos prejuicios terrestres, de los que no se liberan fácilmente; pero, analizando un gran número de comunicaciones espiritistas auténticas se advierte que no se menciona casi en ninguna de ellas la redención, mientras que se insiste siempre en el ejemplo de Jesucristo y en su influencia bienhechora. Según tales comunicaciones, Jesucristo es el Espíritu más elevado que conocemos, hijo de Dios, como nosotros, pero más cercano a Él y, por consiguiente, en un sentido más particular, su Hijo. Excepto en casos raros y especiales, no sale a nuestro encuentro cuando morimos, cosa que, por lo demás, parece evidente, puesto que noche y día están pasando almas al Más Allá en una cantidad considerable. Al cabo de cierto tiempo puede ser admitido uno ante su presencia, y entonces se encuentra en Él a un camarada y un guía sumamente tierno, simpático y carita-

tivo, cuya influencia se hace sentir en todos los aspectos, aunque su presencia espiritual no sea visible. Esto es lo que de modo general nos hacen saber las comunicaciones del otro mundo con respecto a Jesucristo, alma dulce, amante y poderosa, preocupada sin cesar por este mundo que, entre todas las esferas, es objeto de sus cuidados particulares.

Antes de pasar a la Nueva Revelación; a sus pruebas innegables, a sus enseñanzas positivas y hasta concretas, volvamos por un instante a los dos puntos ya tratados estos no son absolutamente vitales. Los hechos en curso pueden proseguirse sin ellos y conquistar el mundo. No puede verificarse una modificación súbita de nuestras antiguas rutinas religiosas, así como tampoco es posible concebir un congreso de teólogos que tomara la heroica resolución de dividir la Biblia en dos partes, para guardar una en la biblioteca y dejar la otra sobre la mesa. Tampoco cabe esperar que declaren formalmente todas las Iglesias que han ig-

norado lo que tiene verdadera importancia en la vida de Cristo. La valentía moral no ha de llegar a tal extremo. Pero en este momento de despertar espiritual, en el que la humanidad sale más fervorosa de las sangrientas angustias de la pasión, muchas almas podrán discernir lo que es razonable y verdadero. Si el Antiguo Testamento subsiste, será en forma similar a un apéndice inútil en el cuerpo de un animal que señala un período inferior de la evolución; pero se le considerará, cada vez más, como un documento que ha perdido toda su validez y que ya no puede ejercer ningún influjo sobre los hombres, salvo para mostrarle numerosas faltas que deben evitarse *.

Asimismo, las partes místicas de las enseñanzas de Jesucristo se han de ir borrando paulatinamente, como se borran en nuestros días las ideas más groseras sobre el castigo eterno, y así, sin que la humanidad se aperciba, la herejía de hoy se convertirá en la verdad aceptada del mañana, y todo ello se readaptará naturalmente a la hora

señalada por Dios. Pero lo que ahora hay de nuevo y de vital, al mismo tiempo, es el orden de los hechos que van a ser tratados. Estos son los signos por los que se advierte que los huesos disecados pueden reanimarse y que la momia puede recuperar su aliento. Con la certidumbre positiva de una vida definida después de la muerte y el sentimiento seguro de la responsabilidad que nos incumbe para nuestro desarrollo espiritual — responsabilidad que no podríamos cargar sobre otros hombros, por elevados que puedan ser, sino que cada cual ha de sobrellevar por su cuenta— se obtendrá un fortalecimiento de la moral, jamás conocido por la humanidad. El acontecimiento está cercano; mas, para nuestros descendientes, el siglo pasado señalará el punto culminante de las sombrías edades en que el hombre, habiendo perdido su fe en Dios, se absorbía de tal manera en su efímera vida terrestre que ya no conservaba ningún sentimiento de la realidad espiritual.

* El Espiritismo es un potente foco de luz divina que ilumina por dentro a todos los credos y revelaciones de la historia de la humanidad y, por tanto, el Antiguo Testamento no podía ser excluido de esta actitud justa del Espiritismo, como lo afirma Kardec a través de los estudios de obras específicas como *La Géne-*

sis, los Milagros y las Profecías según el Espiritismo, XII:26: "El Génesis, fuera de la alegoría estrecha y mezquina, se convierte en algo grande y digno de la majestad, de la bondad y de la justicia del Creador. Visto de este modo, el Génesis confundirá a la incredulidad y la vencerá". O como dice el parágrafo 628 de *El Libro de los Espíritus*: "Con todo, no existe para el estudioso ningún antiguo sistema filosófico, tradición o religión que pueda desdeñarse, porque todos ellos contienen gérmenes de grandes verdades que, aun pareciendo contradecirse unos con otros, esparcidos como se hallan en medio de una hojarasca desprovista de fundamento, resulta muy fácil coordinar — gracias a la clave que el Espiritismo nos ofrece acerca de una cantidad de cosas que han podido hasta el presente pareceros sin razón—, y cuya realidad se os muestra hoy de una manera irrecusable". *¡Nota de la Editora.*]

Capítulo II

EL ALBA DE UN NUEVO DÍA

Hace unos sesenta años, lord Brougham, ese fino pensador, decía que en el cielo claro del escepticismo sólo veía flotar una nubecilla: el Espiritismo moderno. Curiosa inversión de imagen: más natural sería que dijera que entre las nubes flotantes del escepticismo sólo en él veía un rayo de claridad. Esto demostraba al menos que se daba cuenta de la importancia que iba adquiriendo el movimiento espírita. Ruskin, otra inteligencia dúctil, decía que su creencia en la inmortalidad se apoyaba en los hechos comprobados del Espiritismo. Podrían citarse docenas y centenares de nombres ilustres que han suscrito esta declaración, y cuya garantía realzaría cualquier causa. Las cimas más altas han sido las primeras en recibir la luz; pero ésta se extenderá hasta que no quede nadie tan humilde que no participe de ella. Así

pues, dirijamos una mirada retrospectiva y estudiemos este movimiento que, sin ninguna duda, se halla destinado a revolucionar el pensamiento y la acción humanos como ningún otro lo ha conseguido a partir de la era cristiana. Hemos de examinarlo en su fuerza y en su debilidad, pues tratándose de la verdad probada no debemos temer considerarle bajo todos sus aspectos.

Se ha designado con el nombre de *Espiritismo moderno* al movimiento que ha de reanimar a las religiones muertas o agónicas. Lo de *moderno* está muy bien por la razón de que la cosa en sí, bajo una u otra forma, es tan antigua como la historia. Por mucho que la oscurecieran las apariencias era el fuego central, la llama roja que iluminaba en sus profundidades todas las ideas religiosas y que saturaba a la Biblia de uno a otro extremo. Pero en cuanto a la palabra *Espiritismo*, ha sido envilecida por demasiados charlatanes y desacreditada por numerosos incidentes enojosos, por lo que sería de desear que una expresión como *religión psíquica* liberara a la cuestión de los añejos prejuicios a ella

adheridos, del mismo modo que el mesmerismo, tras muchos años de luchas contra los contradictores, fue aceptado rápidamente cuando se cambió su nombre por el de hipnotismo. Por otra parte, se recuerda que hombres audaces combatieron bajo esta bandera dispuestos a arriesgar su carrera, su éxito personal y hasta su reputación y buen sentido por afirmar públicamente lo que sabían era una verdad: su abnegación valerosa y desinteresada debería redimir en cierto modo el nombre por el que han luchado y sufrido. Ellos fueron quienes, por decirlo así, cuidaron desde la cuna al movimiento que promete ser, no una religión nueva — es demasiado grande para eso—, sino una parte del patrimonio del saber común a toda la raza humana. No obstante, el Espiritismo perfeccionado será, con relación al Espiritismo de 1850, lo que la locomotora moderna con relación a la marmita espumante que anunciaba la era del vapor, y acabará por ser más bien la prueba y la base de toda religión que una religión en sí. Tenemos demasiadas religiones y muy pocas pruebas.

Las primeras manifestaciones de Hydesville no diferían en nada de aquellas cuyo recuerdo nos ha transmitido el pasado; pero su resultado difería mucho. En efecto, ésta era la primera vez en que a un ser humano se le ocurría la idea de escuchar sonidos inexplicables, no ya para alarmarse o maravillarse, sino para ponerse en comunicación a través de ellos con otras fuerzas. Si el padre de John Wesley hubiera pensado en ello habría podido hacer lo mismo más de un siglo antes con motivo de las manifestaciones de Epworth, en 1726. Sólo el día en que la joven Fox batió las palmas gritando: " ¡Haced lo que yo hago!", otro palmoreo le respondió al instante, demostrando la presencia de una fuerza inteligente, invisible y distinta de todas las fuerzas conocidas. Las condiciones del experimento eran precarias, insuficientes, de ambos lados, el humano y el espiritual, mas, sin embargo, éste fue —como se verá mejor con el correr del tiempo,—, uno de los momentos decisivos de la historia del mundo, un hecho más considerable que la caída de un trono o el desastre

de un ejército. Algún artista del porvenir pintará la siguiente escena: la sala común de la pobre casucha de madera; el círculo de los vecinos medio aterrados y desconcertados; la joven batiendo palmas y riéndose con el rostro alzado; el ángulo oscuro en el que parecían acurrucarse aquellas extrañas fuerzas nuevas, hoy con frecuencia presentes y como instaladas sólidamente para revolucionar por completo el pensamiento humano. Sentiríase uno tentado de preguntarse por qué tan grandes resultados tienen a veces tan modestos orígenes. Así razonaban los orgullosos filósofos de Roma y Grecia cuando Pablo, con su atrevido lenguaje, o cuando Pedro el pescador y sus discípulos, casi ignorantes, penetraban con sus complicadas teorías y, con la ayuda de las mujeres, los esclavos y los judíos cismáticos, revolucionaban las antiguas creencias. Todo lo que puede decirse es que la Providencia tiene su modo propio de obtener sus resultados y que rara vez se ajusta a nuestra opinión respecto a la elección de los medios que debe utilizar.

Ahora poseemos una experiencia mayor de los fenómenos en cuestión, y podemos determinar con alguna precisión lo que sucedió en Hydesville en 1848. Sabemos que estos fenómenos tienen sus leyes y sus condiciones, lo mismo que tantos otros fenómenos del Universo, aunque por el momento el público no haya visto en ellos sino manifestaciones aisladas e irregulares. Lo que ocurrió con estos hechos es que por un lado se encontraba un Espíritu muy materializado, encadenado a la Tierra, imperfectamente desarrollado, el que no podía prescindir de un médium para señalar su presencia, y, por el otro lado se encontraba, cosa rara, un buen médium de orden físico. El resultado que se logró era tan natural como la producción de la luz cuando se pone en contacto el hilo conductor desde la batería a la lámpara eléctrica. Análogos experimentos en los que se siguieron debidamente la causa y el efecto han sido establecidos por el profesor Crawford, de Belfast. Él mismo los ha detallado en dos libros recientes —*The Reality of Psychic Phenomena* y *Experiences in Psychical Scien-*

ces— en los que demuestra que se observa en el médium una pérdida de peso proporcional al del fenómeno físico producido. Todo el secreto de la mediumnidad, desde este punto de vista práctico, parece residir en la facultad, absolutamente independiente del sujeto, de proporcionar pasivamente una parte de su sustancia corporal a las influencias exteriores. ¿Por qué ciertas personas poseen esta facultad y otras no? Lo ignoramos, como ignoramos por qué se tiene o no sentido musical. Cada una de estas facultades es innata en nosotros, y no guarda sino escasa relación con nuestra naturaleza moral. Se ha empezado por conocer únicamente la mediumnidad de orden físico y la atención del público se ha concentrado en las mesas giratorias, en los instrumentos de música automáticos y en otros hechos probatorios, groseros pero evidentes, de una influencia exterior que, por desgracia, fueron imitados fácilmente por los impostores. Posteriormente hemos sabido que con muchas clases de mediumnidad, tan distin-

tas entre sí, puede ocurrir que el que tenga una de ellas específicamente no posea ninguna otra. El médium escribiente automático, el clarividente, el parlante, el fotográfico, el de voz directa, etcétera, todos ellos son la manifestación de una fuerza única que se abre paso del modo más diverso, como se distribuía a través de los dones otorgados a los discípulos de Jesús. El infortunado desencadenamiento de la impostura fue ayudado sin duda alguna por el hecho de que los primeros experimentadores suponían necesitar de la oscuridad, siendo que esta condición no es en modo alguno indispensable, puesto que el más grande de todos los médiums, Daniel Dunglas Home, podía prescindir de ella gracias a sus excepcionales facultades. Pero también ha quedado plenamente demostrado que para obtener resultados provechosos es mejor la oscuridad que la luz y el ambiente seco que el húmedo, prueba de que estos fenómenos se hallan subordinados a las leyes físicas. La observación —hecha mucho

después de la telegrafía sin hilos, otra fuerza etérea—, de que se actúa mucho mejor por la noche que de día puede corroborar las conclusiones de los primeros espiritistas, así como la afirmación de que la luz roja es la más inofensiva halla una analogía manifiesta en las prácticas fotográficas.

Me falta espacio para referirme aquí al nacimiento y los progresos del movimiento. Desde un principio suscitó calurosas adhesiones y una oposición tenaz. El profesor Hare y Horace Greeley formaron parte del pequeño número de personas esclarecidas que controlaron la veracidad de los fenómenos y la garantizaron. Esta veracidad fue desfigurada por no menos incidentes penosos, que prueban la hostilidad sistemática que por tantos años halló, pero que no la afectaron. En realidad, la oposición se basaba principalmente en ese materialismo absoluto para el cual no pueden existir en el momento actual esas fuerzas cuya existencia se había admitido antiguamente. Al verse puestos efectivamente en contacto con aquella vida pós-

tuma en la que decían creer, los hombres reaccionaban, retrocedían, declaraban ser eso imposible. También la ciencia contemporánea hundía sus raíces en el materialismo y negaba los mejores de sus principios al hallarse ante una proposición inesperada. Faraday declaraba que al abordar un nuevo problema se debía tomar partido *a priori* sobre lo que es posible y lo que no lo es. Huxley decía que los mensajes espiritistas, *aun cuando fueran ciertos*, no le interesaban más que las charlas de curas en una vieja iglesia. Darwin expresaba: " ¡Que Dios nos asista si hemos de creer en tales cosas!" Herbert Spencer se declaró contra el Espiritismo sin haberse tomado el trabajo de conocerlo. Pero, por otra parte, algunos sabios han salido mejor de la prueba. Como ya he dicho, el profesor Hare, de Filadelfia, al que se debe, entre otros inventos, el del soplete de oxidrilo, fue el primer personaje que tuvo el valor moral de atestiguar, tras considerables investigaciones personales, la veracidad de los extraños fenómenos nuevos. Una gran cantidad de médicos, tanto de América como

de la Gran Bretaña, lo siguieron. Entre ellos se contaba el doctor Elliotson, uno de los propulsores del librepensamiento en nuestro país. El profesor Crookes, que era el químico más eminente de Europa; el gran naturalista, doctor Alfred Russel Wallace; el ingeniero electricista Varley; el astrónomo francés Camille Flammarion y otros muchos más, arriesgaron su reputación científica por afirmar valerosamente esta verdad. Tales hombres no eran pobres incautos; veían y deploraban el fraude, como lo prueban las cartas de Crookes que testifican al respecto de esta cuestión. En muchos casos eran los mismos espiritistas quienes denunciaban la superchería. Se reían, como se reía el público de los falsos Shakespeare y de los César vulgares que se manifestaban en algunas reuniones mediúmnicas. También deploraban la baja moral de las personas que querían utilizar estas facultades para profetizar el resultado de una carrera o el éxito de un negocio. Pero tenían una amplitud de miras y un sentido de las proporciones que les aseguraban que detrás de todas las locuras y todas

las imposturas se alzaba un bloque de testimonios imposible de quebrantar, aun cuando, como todos los testimonios, éstos deberían ser comprobados antes de poder juzgárselos en todo su valor. No eran lo bastante cándidos para dejarse apartar de una gran verdad porque unos cuantos mercenarios se aferraran a ella.

En estos primeros tiempos, Daniel Dunglas Home constituyó un núcleo importante de demostración e inspiración. Este escocés-americano poseía unas facultades que hicieron de él una de las personalidades más notables de que se guarda recuerdo. La historia de su vida, escrita por su segunda mujer, merece la más atenta lectura. En algunos aspectos era más que un hombre. Durante cerca de treinta años sirvió al público sin recibir nunca pago alguno por sus servicios, hallándose siempre a disposición de los investigadores con la única condición de que fueran razonables y de buena fe. Los fenómenos se producían a plena luz. Poco le importaba que las sesiones tuvieran lugar en su casa

o en la de sus amigos. Tenía principios tan elevados que, a pesar de la mediocridad de su fortuna y su salud, rechazó la suma principesca de dos mil libras que le ofrecía el Círculo de la Unión, de París, por una sola sesión. Sus facultades parecen haber comprendido, en su más alto grado, todas las formas de la mediumnidad: levitación espontánea, atestiguada por centenares de testigos dignos de crédito; manipulación del fuego con facultad de conferir a otro la misma inmunidad; movimiento de objetos pesados sin ningún contacto; materialización visible de los Espíritus; curaciones extraordinarias; transmisión de los mensajes de los muertos, como el día en que convirtió a ese escocés de cabeza cuadrada llamado Robert Chambers, repitiéndole textualmente las últimas palabras de su hija muerta en plena juventud. Poseía además un trato tan dulce, un carácter tan compasivo que, reuniendo en sí todas las buenas cualidades, casi parecía querer justificar con ello a quienes, para gran confusión

suya, de buena gana le hubieran alzado sobre un pedestal que dominara por sobre la humanidad.

Nunca se ha puesto seriamente en duda la sinceridad de sus facultades psíquicas, que han sido reconocidas tanto en Roma como en París y en Londres. Sólo un incidente oscureció su trayectoria, incidente que, por lo demás, no cabe reprochársele, como debe reconocerlo todo el que examine con cuidado los testimonios. Me refiero al proceso entablado contra él por el señor Lyon, quien, después de haberle otorgado una pensión, intentó recobrar su dinero —y lo recobró, en efecto—, afirmando de una manera absolutamente gratuita, que se lo había sustraído por procedimientos ilícitos. A juicio mío, el hecho mismo de su vida podría ser, a falta de otra prueba, la demostración de la verdad del Espiritismo. Estudiando la trayectoria de este médium completamente honrado y desinteresado, se observará que tuvo períodos en que perdía sus facultades por completo, que preve-

ía esos desfallecimientos y que su honradez y su desinterés le hacían abstenerse de toda tentativa mientras no hubiera recobrado sus facultades. Este carácter intermitente de las facultades es lo que motiva, según mi parecer, que un médium que ha salido airoso de las pruebas más rigurosas se deje sorprender a veces, con posterioridad, simulando burdamente resultados que antes lograba realmente. Al faltarle la facultad no tiene la valentía moral de reconocerlo ni de renunciar a sus honorarios, los cuales intenta ganar imitando artificiosamente lo verdadero. Esto explica ciertos hechos que, de no ser así, sería difícil conciliar. Hay que reconocer también que algunos médiums son personas sumamente ligeras e insensatas. Un amigo mío que había asistido a una sesión con la médium Eusapia Palladino me aseguró que la había visto hacer trampa del modo más pueril y descarado y, no obstante, se produjeron de inmediato hechos que rebasaban las posibilidades de toda facultad normal.

Independientemente de Home, un episodio que señala otra etapa del movimiento espiritista es el relacionado con la investigación e informe de la Dialectical Society, de Londres, en 1869. Esta Sociedad se componía de hombres pertenecientes a diversas corporaciones científicas que, habiéndose reunido para examinar los hechos mencionados, reconocieron su veracidad. Estos investigadores no tenían ninguna opinión previa; sus conclusiones se basaron en resultados expuestos con gran sobriedad en su informe, documento muy convincente que todavía hoy, después de cincuenta años, revela una comprensión del problema muy superior a la que se advierte en la mayor parte de las opiniones corrientes al respecto de él. No obstante, este informe fue acogido con sarcasmo unánime por la prensa ignorante; pero si esos hombres hubieran llegado a conclusiones contrarias, a pesar de la evidencia, aquélla hubiera saludado su veredicto reconociéndolo como el fin indiscutible de un movimiento pernicioso.

En aquellos días, lejanos ya, la señora de

Morgan, esposa 'del célebre matemático, publicó hacia 1863 un libro titulado *From Matees to Spirit*, para el que el profesor de Morgan escribió un prefacio. La obra es merecedora de ser leída, pues cabe que nos preguntemos si ha habido alguien que tratara esta cuestión con un enfoque mejor. La autora predice en ella que cuanto más se desarrolle el movimiento más disminuirán los fenómenos materiales, para ser sustituidos por los fenómenos espirituales, tales como la escritura automática. Esta previsión se ha realizado, pues si bien existen médiums de efectos físicos, las otras formas de la mediumnidad predominan y es menester una crítica mucho más esclarecida para apreciar su verdad y su valor. Se han observado en particular dos muy convincentes: los hechos de voz directa y de fotografía espírita. Uno y otro constituyen tales pruebas que el escéptico es incapaz de afrontarlas y rechazarlas con argumentos valederos, sino ignorándolas.

En lo que respecta a la voz directa, uno de los

principales instrumentos es la señora French, médium no profesional de América, cuyos trabajos han sido descritos por los señores Funk y Randall. Se trata de una señora delgada de cierta edad que, en su presencia, las voces más viriles y graves envían mensajes, aun cuando ella se halle con la boca tapada. Yo mismo he estudiado la voz directa con cuatro médiums distintos, dos de los cuales no eran profesionales, y no puedo poner en duda la realidad de las voces, así como tampoco aceptar que fuesen un efecto de ventriloquia. Más me impresionaron los fracasos que los éxitos, y nunca olvidaré el jadeo angustioso de una entidad que se esforzaba por revelarme su identidad, sin lograrlo. Uno de esos médiums fue puesto a prueba después: se le llenó la boca de agua coloreada, pero las voces continuaron produciéndose.

Con respecto a la fotografía espírita, los mejores resultados fueron obtenidos por el Círculo de Crewe, en Inglaterra, utilizando como médiums al señor Hope y a la señora Buxton. Yo he visto una veintena de fotografías de este género; en varios

casos reproducen exactamente las facciones de los muertos sin dejar de ser completamente distintas a las fotografías que de ellos se hicieron en vida. He visto a un padre y a una madre retratados con su hijo muerto mientras servía en el ejército: éste parecía el más feliz —y no el menos real— de los tres. En estas diversas formas de prueba radica justamente la fuerza inquebrantable de la evidencia, pues todas las explicaciones de telepatía, de cerebración subconsciente y de memoria cósmica parecen simplemente absurdas respecto a fenómenos tales como los de fotografía espirita, materialización o de voz directa. Una sola hipótesis puede servir igualmente para todas estas clases de manifestaciones, y es la que supone una vida y una acción ajenas a las nuestras. Esta hipótesis se impone desde hace setenta años a todo espíritu razonador que estudie los hechos imparcialmente.

Ya he dicho que respecto a la escritura automática se necesita un análisis minucioso y frío para juzgar los resultados. Estamos obligados a excluir las hipótesis espiritas mientras no

se hayan agotado todas las explicaciones comunes, normales. Por otra parte, yo no incluyo entre estas últimas a la de una extravagante telepatía, según la cual, por ejemplo, otra persona podría leer en nuestro pensamiento cosas que nosotros hayamos ignorado siempre. Éstas no son explicaciones, sino mixtificaciones e insensateces, pese al atractivo especial que parecen tener para toda una clase de investigadores psíquicos evidentemente destinados a proseguir su investigación hasta la consumación de los siglos, sin llegar jamás a ningún fin, salvo a acabar con la paciencia de las personas que intentan seguirlos en sus objetivos. Para dar un ejemplo demostrativo de escritura automática, escogido entre otros muchos que podría citar, llamaré la atención del lector sobre los hechos relativos a las excavaciones de Glastonbury, tal como los refiere detalladamente el señor Bligh Bond en *The Gate of Remembrance*. Bligh Bond, advirtámoslo de paso, no es espiritista, pero no podría decirse otro tanto del médium

no profesional al que se daba el mensaje automático: las indicaciones que éste facilitó sobre los secretos de la abadía enterrada resultaron exactos cuando se hubieron examinado las ruinas. He de confesar que, aunque he leído muchas obras sobre la vida monástica, nada me ha permitido conocer tan bien a ésta como lo hice a través de los mensajes y las descripciones del hermano Johannes, ese querido Espíritu ligado a la Tierra por ese gran amor hacia la antigua abadía en que había pasado su vida terrena. El libro de Bligh Bond, por sus consecuencias prácticas, puede citarse como un ejemplo evidente del problema de la escritura automática, pues ¿qué fenómeno de telepatía podría explicar la descripción detallada de objetos totalmente ocultos a la vista de los humanos? No obstante, conviene admitir que en la escritura automática se encuentra uno en el extremo del teléfono —por decirlo así—, sin saber quién se halla en el otro. Entre muchos mensajes sinceros pueden deslizarse otros absurdamente fal-

sos, tan precisos en la mentira que no parece dudoso que su falsedad sea intencionada. Una vez aceptado el hecho capital de que los Espíritus al abandonar el cuerpo cambian poco en sus particularidades esenciales y de que, por consiguiente, el mundo se halla infestado de seres viles y malévolos, comprendemos que estos enojosos incidentes más bien son una confirmación del Espiritismo que un argumento contra él. Por mi parte, yo he recibido algunos de esos mensajes erróneos y me he dejado engañar por ellos; pero al mismo tiempo puedo decir que al cabo de treinta años de comunicaciones de esta índole nunca he encontrado en ellas una frase sacrílega, obscena o perversa. Por otra parte, reconozco que me han informado de hechos negativos. Para evitar eso debería uno conocer a fondo a sus compañeros de sesión antes de asociarse a estas prácticas tan íntimas y tan dignas de veneración. Con la clarividencia se halla uno expuesto a los mismos engaños súbitos e incomprensibles. Yo he seguido de cerca la actividad de una médium pro-

fesional que obtiene resultados, tan extraordinarios, que en uno de sus buenos días dio el nombre y apellido del difunto, así como los mensajes más concretos y las pruebas más convincentes. Sin embargo, en medio de una magnífica serie de resultados, yo he anotado varios casos en que esta persona tuvo un fracaso rotundo, equivocándose por completo sobre los puntos esenciales. ¿Cómo explicar esto? De un solo modo, y es que las condiciones no eran propicias. ¿Por qué? ¿Cómo? Este es uno de los numerosos problemas que ha de dilucidar el porvenir. La cuestión es compleja y muy profunda, pese a la facilidad con que cierta crítica la califica de locuras *ridículas*. En el momento en que escribo contemplo los libros alineados a la izquierda de mi mesa: noventa y seis gruesos volúmenes, la mayoría de ellos anotados y señalados con mi lapicera. Y, sin embargo, yo sé que soy como un niño que camina con el agua hasta los tobillos a la orilla de un océano sin límites. Mas, por lo menos, me he dado clara cuenta de la presencia del océano, de que la orilla forma parte de

ÉL y de que descendiendo la pendiente de la ribera la humanidad se halla destinada a avanzar lentamente hacia las aguas profundas. En el capítulo siguiente intentaré mostrar los designios del Creador en esta extraña revelación de nuevas fuerzas que operan en nuestro plano. Este modo de considerar la cuestión deberá justificar a quienes afirman que el movimiento espiritista —escarnecido y ridiculizado durante tanto tiempo— es el progreso más importante que ha realizado la raza humana en toda su historia, hasta el extremo de que si se pudiera concebir que un hombre solo fuera su promotor, este hombre aventajaría a Colón como descubridor de nuevos mundos, a San Pablo como maestro de nuevas verdades religiosas y a Isaac Newton como observador de las leyes del Universo.

Antes de emprender el estudio de esta cuestión conviene hacer valer una consideración que parece desdeñarse con mucha frecuencia. Las diferencias de secta son poca cosa al comparárselas con el gran duelo eterno enta-

blado entre el materialismo y la concepción espiritual del Universo. Aquí radica la verdadera lucha, lucha en la que las Iglesias se han instituido en defensoras del antimaterialismo, aunque con tan poca inteligencia y colocándose siempre en posiciones tan falsas, que ellas siempre han perdido. Desde los tiempos de Hume, de Voltaire y de Gibbon, la batalla se ha desarrollado, lenta pero regularmente, con ventaja para los atacantes. Luego vino Darwin, que demostró, con cierta apariencia de verdad, que el hombre, lejos de caer, siempre se había elevado, con lo que quedaba abierta una brecha profunda en la filosofía ortodoxa, y negarlo sería una locura. Luego vino lo que se ha dado en llamar *la alta crítica*, que pretendió señalar defectos y grietas en las mismas bases del Espiritismo. Pero ello mientras las Iglesias cedían terreno y cada una de sus retiradas proporcionaba al enemigo un punto favorable para emprender un nuevo ataque. Tan lejos han llegado las cosas, que en el momento actual una gran

parte de los habitantes de nuestro país, ricos y pobres, han dejado de sentir simpatía no sólo por las Iglesias, sino por, toda idea de índole espiritualista. En este momento es cuando intervenimos nosotros con nuestro saber positivo y nuestras pruebas reales. Es tal la fuerza de nuestra ayuda, que somos capaces de invertir el curso de la batalla y tornarla totalmente adversa para el materialismo. Podemos decir a los materialistas: "Vamos hacia vuestro propio terreno y les demostraremos —con pruebas materiales y científicas— que el alma y la personalidad superviven". Tal es el objeto de la ciencia psíquica, objeto que ha sido plenamente alcanzado. Y esto significa el fin del materialismo. Sin embargo, este movimiento espiritual provoca la gritería y las injurias de Roma, de Canterbury y hasta de Little Bethel * que, por única vez, proceden de acuerdo y alinean en su frente de batalla aliados tan extraños como son los agnósticos científicos y los librepensadores militantes. El padre Vaughan y el obispo de Lon-

dres, el reverendo F. B. Mayer y el señor Clodd, el *Church Times* y el *Freethinker* se baten unidos, aunque lanzando consignas diferentes, proclamando unos que la cosa es obra del diablo, en tanto que para los otros la verdad es que no existe. La oposición de los materialistas se comprende razonablemente, porque es natural que un hombre que se ha pasado la vida negando todas las fuerzas extraterrestres se encuentre, en efecto, en una posición lamentable cuando al cabo de largos años se ve obligado a reconocer que toda su filosofía se apoya sobre arena movediza y que más le hubiera valido asentir desde un principio. Pero, en cuanto a las organizaciones religiosas, ¿hay palabras para expresar la falta de sentido y la estupidez de que dan muestra no apresurándose a salir al encuentro del mayor aliado que se les ha ofrecido jamás para convertir su derrota en victoria? Qué recursos trae consigo este aliado todopoderoso y qué condiciones implica tal alianza, es lo que vamos a considerar ahora.

* Nombre con el que se designa en Inglate-

rra al conjunto de capillas disidentes.

Capítulo III

LA GRAN DISCUSIÓN

La base conceptual de la ciencia psíquica es que el alma es una perfecta reproducción del cuerpo, que se le asemeja en los menores detalles, aun cuando esté formada de una materia infinitamente más tenue. En las condiciones ordinarias estos dos cuerpos se hallan entremezclados de tal suerte que la identidad del más sutil permanece oculto por entero. Sin embargo, al morir y en determinadas circunstancias de la vida ambos se dividen, pudiendo vérselos por separado. La muerte establece distintas condiciones para los dos cuerpos al producirse con la muerte la separación completa de ellos, pues el más ligero se lleva consigo la vida, en tanto que el más pesado, cual un capullo del que se ha escapado el ser vivo, se disgrega y desaparece. Y el mundo entierra el capullo con

gran pompa, sin preocuparse de saber lo que habrá sido de su noble contenido. De nada sirve pretender que la ciencia no ha admitido esta dualidad y que afirmarla es profesión de puro dogmatismo. Indudablemente hay una ciencia que no ha examinado los hechos y no los ha admitido; pero su apreciación carece evidentemente de valor, y en ese caso es de menos peso que el del más insignificante observador de los fenómenos psíquicos. La verdadera ciencia, la que ha examinado los hechos, es la única autoridad válida y prácticamente su decisión es positiva. Yo he pedido personalmente a uno de los maestros de la ciencia que estudiara los fenómenos aunque sólo fuera superficialmente; pero no he tenido ningún éxito. Por su parte, sir William Crookes se dirigía a sir George Stokes, secretario de la Sociedad Real y uno de los más encarnizados adversarios del movimiento espiritista para que acudiera a su laboratorio a ver actuar las fuerzas psíquicas; pero no obtuvo ninguna respuesta. ¿Qué importancia puede

tener una ciencia semejante? No puede comparársela sino con aquel prejuicio teológico que hizo que las gentes de iglesia se negaran a mirar por el telescopio que les ofrecía Galileo.

Podría mencionar nombres de cincuenta profesores que ocupan puestos elevados en la enseñanza y que han verificado, tras previo examen, la realidad de los hechos psíquicos, y en esta lista figurarían muchas de las más grandes inteligencias que ha producido el mundo de nuestro tiempo: Flammarion y Lombroso, Charles Richet y Russel Wallace, Willie Reichel, Myers, Zöllner, James, Lodge y Crookes. Por tanto, los hechos en cuestión han sido garantizados por la única ciencia que tiene derecho a expresar una opinión al respecto. En treinta años de experiencias no he conocido a un solo sabio que, habiendo estudiado el problema en profundidad, no haya concluido por aceptar la solución espírita. Tal vez exista este sabio, pero yo vuelvo a repetir que jamás he oído hablar de él. Examinaremos, pues, con confianza, la cuestión del *cuerpo espírita*, para emplear el

término que San Pablo hizo clásico. Hay en los escritos de San Pablo muchos detalles que le muestran profundamente versado en las cuestiones psíquicas. A este número pertenece su exacta definición de los cuerpos animal y espiritual invocada en el oficio fúnebre, con la que los cristianos despiden a la vida. San Pablo elegía muy bien sus palabras: si hubiera querido decir que el hombre estaba formado de un cuerpo material y de un Espíritu lo hubiera dicho. Al hablar de un cuerpo espiritual se refería a un cuerpo que involucraba al Espíritu y distinto, por tanto, del cuerpo material ordinario.

Cuando un hombre ha tomado hachís u otras drogas suele experimentar la impresión de hallarse de pie o de flotar junto a su propio cuerpo, al que puede ver tendido sin conocimiento en el lecho. Asimismo, bajo el influjo de los anestésicos y en particular de los gases hilarantes, muchas personas experimentan la sensación de verse separadas de su cuerpo y transportadas a distancia. Yo mismo he visto

claramente a mi mujer y a mis hijos en un coche hallándome inanimado en el sillón de un odontólogo. Por otra parte, se afirma que cuando un hombre se halla a punto de desmayarse o de morir y su organismo se encuentra en un estado de equilibrio inestable, puede manifestarse a distancia —y se manifiesta, en efecto— en muchos casos en forma evidente. Estas apariciones de personas vivas, tan escrupulosamente estudiadas y catalogadas por Myers y Gurney, se cuentan por centenares. Ciertas personas pretenden que por un esfuerzo de la voluntad pueden proyectar su doble, durante el sueño, adonde les parece y visitar a quienes lo desean. Así pues, podría llenarse todo un volumen —volumen cuyo grosor sólo podría ser imaginado por quien se haya pasado años y años en diligentes investigaciones sobre el tema— con los testimonios que garantizan la existencia de este cuerpo sutil, en el que se hallan contenidas las joyas más preciosas del Espíritu y el alma, el que delega a su compañero más pesado la gro-

sera misión de las funciones animales.

Funk, que ha estudiado como crítico los fenómenos psíquicos a la vez que colaboraba en el gran diccionario nacional americano, refiere a este respecto una historia de la que no es difícil hallar muchas otras similares. Su protagonista es un doctor americano que él conocía, y el señor Funk responde personalmente de la veracidad del acontecimiento. Este doctor se dio cuenta, en el curso de una crisis de catalepsia en Florida, que había abandonado su cuerpo: lo veía tendido a su lado, pero no por ello había dejado de conservar su identidad y su forma. Al cabo de un lapso bastante apreciable, y habiéndose acordado de un amigo distante, se halló en el cuarto de éste, en el mismo centro del continente americano. Veía a su amigo y experimentaba la sensación de ser visto por él. Acto seguido volvió a su propio cuarto, ubicándose junto a su cuerpo inerte, dudó en reintegrarse a él y, finalmente, sintiendo más el peso del deber que el de su inclinación, reunió sus dos cuerpos para continuar viviendo. Una carta en la que le

refería a su amigo la experiencia, se cruzó con otra en la que el amigo le comunicaba a la vez que había tenido conciencia de su presencia. El hecho fue narrado extensamente por el señor Funk en *Psychic Riddle*.

Yo no alcanzo a comprender que puedan examinarse los numerosos ejemplos proporcionados por la investigación sin reconocer que existe efectivamente un segundo cuerpo cuyas manifestaciones, llegado el caso, pueden ser suficientes para explicar todas las historias —sagradas o profanas— de fantasmas, apariciones y visiones. ¿Cuál es, pues, este segundo cuerpo y de qué modo concuerda su existencia con la revelación religiosa moderna?

Difícil problema es averiguar tal cosa. No obstante, cuando la ciencia y la imaginación se unen —como ha dicho Tyndall que debían unirse para proyectar luz sobre lo desconocido—, pueden producir un rayo capaz de hacer vislumbrar, al menos vagamente, lo que ha de ir manifestándose a medida que progrese nues-

tra condición humana. La ciencia ha demostrado que el éter, que penetra todas las cosas, difiere según se halle dentro de un cuerpo o fuera de Él. Se ha dado el nombre de *encadenado* a ese éter que —según sabemos por Fresnel y otros sabios—, es de mayor densidad. Si aplicando tal concepto al cuerpo humano, se le retirara todo lo que tiene de visible, todavía quedaría un molde completo, absoluto, formado por ese éter *encadenado*, diferente del éter que le rodea. Este argumento posee más fuerza que una simple especulación y revela que el alma misma puede definirse con términos aplicables a la materia y que no es, en absoluto, *del género del que se construyen las fantasías*.

Se ha demostrado que, independientemente de la religión psíquica, existen pruebas suficientes de la existencia de este segundo cuerpo; pero para quienes han estudiado el tema, este segundo cuerpo es el eje de todo el sistema. Posee suficiente realidad para ser reconocido por los clarividentes y hasta registrado claramente por la placa fotográ-

fica. Este último fenómeno, que yo he tenido especialísimas oportunidades de juzgar, no ofrece para mí más dudas que la fotografía ordinaria. Los astrónomos han establecido ya que la placa sensible es un instrumento más delicado que la retina humana, ya que mediante una exposición prolongada consigue fijar la imagen de estrellas que el ojo humano no ha logrado visualizar jamás. El mundo espírita parece hallarse tan cerca del nuestro que sólo se necesita un pequeñísimo esfuerzo en condiciones regulares de mediumnidad para sortear la dificultad. Es así como la placa fotográfica, sustituyendo al ojo, puede poner la figura amada al alcance de nuestra vista; del mismo modo que la bocina, haciendo de megáfono, puede transmitirnos la voz familiar —sin ayuda mecánica— que nos era imperceptible. La voz puede elevarse tanto que, en un caso, cuyo relato conservo, el perro del muerto, excitado al oír de nuevo la voz de su amo, rompió la cadena y, tratando de forzar la entrada de la habitación en que se realizaba la sesión, hizo profundos rasguños en la puerta.

Dicho esto del cuerpo espiritual —cuya existencia no se halla garantizada únicamente por una sola clase de testimonios y doctrina—, veamos ahora qué sucede en el momento de la muerte, según los informes que brindan las observaciones de los clarividentes, como también por las revelaciones de los mismos muertos.

Sucede lo que realmente tiene que suceder, una vez admitido el principio de la doble identidad. De modo natural y sin dolor, el cuerpo más ligero se desprende del más pesado y poco a poco se retira hasta encontrarse con los mismos pensamientos, idénticas emociones y una forma exactamente similar junto al lecho mortuario, consciente de las presencias que le rodean, pero incapaz, no obstante, para manifestarse a ellas, salvo cuando entre la concurrencia se halla alguna persona dotada de esa visión espiritual más aguda que se denomina clarividencia. ¿Cómo puede ver —se dirá— sin los órganos naturales? Mas ¿cómo la persona que se vale del hachís puede ver su cuerpo inanimado? ¿Cómo el médico de Florida veía a

su amigo? El cuerpo espiritual posee una facultad de percepción que permite ver sin ayuda de los órganos. Esto es cuanto podemos decir. Para el clarividente, el Espíritu desencarnado presenta el aspecto de una silueta vaporosa. Para el hombre común, es invisible. Para otro Espíritu debe tener, sin duda, el mismo aspecto que tenemos unos para los otros. Hay motivos para creer que se torna más sutil con el tiempo y que, por consiguiente, se encuentra más cerca del estado del cuerpo material en el momento de la muerte o inmediatamente después que al cabo de un intervalo de varios meses o años. A esto se debe que las apariciones de los muertos sean más claras y frecuentes en fecha cercana a la de la muerte, y asimismo quizá fuera esta la causa de que el médico cataléptico de que he hablado fuera visto y reconocido por su amigo. Las mallas de su éter —si así puede decirse— se hallaban impregnadas de la materia de que recientemente acababan de desembarazarse.

Una vez que se ha liberado de la carga de la materia, ¿qué le sucede al cuerpo espiritual,

preciosa barca que nos conduce por los mares de lo desconocido? Muchos relatos, verbales o escritos, nos han revelado detalladamente las impresiones de los que han partido. Los relatos verbales provienen de médiums en trance, cuyas palabras parecen controladas por inteligencias extrañas; los relatos escritos se realizan a través de médiums escribientes automáticos que actúan bajo ese mismo control. Por supuesto, esto que digo sublevará, y con razón, al crítico, que exclamará: " ¡Qué tontería! ¿Cómo puede comprobarse la declaración de un médium que pretende hallarse inspirado consciente o inconscientemente?" Este escepticismo es saludable y deberá animar a todo experimentador que está investigando con un médium. Las pruebas de una comunicación deben hallarse en la misma comunicación. Si faltan en ella, debemos aceptar, como siempre, las explicaciones naturales antes que buscar otras en lo desconocido. Pero estas pruebas se encuentran siempre en la comunicación y bajo formas tan

evidentes que nadie puede negarlas. Hay una médium profesional a la que le he enviado numerosas madres que necesitaban consuelo. Siempre les recomiendo a las personas que le envío que me participen el resultado obtenido, y en este mismo instante tengo ante mi vista esas cartas llenas de sorpresa y gratitud. "Gracias por este hermoso e interesante experimento. La médium no ha cometido ni un solo error respecto a los nombres, y todo lo que ha dicho es exacto". La señora que me escribe esto había sido víctima de un equívoco con su marido; pero la médium consiguió explicarlo y disiparlo sin ayuda alguna. Mencionó con exactitud las circunstancias, nombró a todas las personas que habían intervenido y mostró los motivos por los que no llegaron ciertas cartas, cosa que dio origen al equívoco. El siguiente caso se refiere también a un matrimonio; pero esta vez es el marido el que sobrevive. Este señor me escribe: "Fue una sesión muy lograda. Entre otras cosas le hablé en danés a mi mujer, que es de

origen danés, y ella me contestó en inglés sin la menor vacilación". Otro caso es el de un hombre que había perdido a un amigo muy querido. "Hoy he obtenido los más maravillosos resultados con la señora. . . No puedo expresarle la alegría que esto me ha causado. Un millón de gracias por la ayuda que usted me ha prestado". Otro me dice: "La señora. . . ha estado simplemente maravillosa. Si la gente se enterara, ¿cuántos tormentos se ahorraría!" En este caso, la mujer había sido puesta en comunicación con su marido, y la médium había mencionado sin error alguno a cinco parientes muertos que se encontraban en su compañía. El caso que sigue es el de una madre y un hijo: "Hoy he visto a la señora... y he obtenido resultados extraordinarios. Casi todo lo que me ha dicho es exacto, y sólo ha cometido algunos pequeños errores". He aquí otro caso análogo: "Sesión plenamente lograda. Mi hijo me ha recordado incluso algo que sólo él y yo podíamos saber". Otro me decía: "Mi hijo me ha recordado un día en el que

sembraba rábanos en el prado. Sólo él podía saber esto". Estos son unos pocos extractos, elegidos al azar, de cartas que conservo en gran número. Todas proceden de personas perdidas entre los millones de seres vivos que pueblan Londres y su condado, y cuyos asuntos no pueden ser conocidos de la médium por ningún medio normal. Entre el gran número de personas que le he enviado sólo algunas han sufrido un fracaso completo. Como le citara mis resultados a sir Oliver Lodge, éste me dijo que había obtenido con otro médium resultados casi idénticos. No exagero nada si digo que los teléfonos ingleses acaso den una proporción mayor de llamadas incorrectas. ¿Cómo puede haber un solo crítico que refute estos hechos a no ser que los ignore o los deforme? Un escepticismo sensato es la base de toda observación correcta; pero llega un momento en que la incredulidad expresa ignorancia culpable o flaqueza de espíritu, y este momento ha llegado desde hace mucho tiempo en lo que respecta a las comunicaciones espíritas.

En mi caso personal, la médium en cuestión mencionó correctamente el nombre de una señora fallecida en nuestra casa, transmitió varios mensajes suyos muy característicos, describió a los dos únicos perros que hemos tenido por siempre y acabó por decir que veía a un joven oficial que llevaba en el aire una moneda de oro por la que yo lo reconocería. Yo había perdido en la guerra a mi cuñado, médico militar, al cual le había dado tiempo atrás, en calidad de honorarios, una guinea de fines del siglo 18 que llevaba siempre de dije. Sólo dos o tres parientes cercanos conocían este detalle, por lo cual constituía una prueba excelente. Todas las demás declaraciones de la médium, aunque algo vagas en oportunidades, fueron exactas. Cuando hube revelado la identidad de esa persona, varios periodistas intentaron realizar con ella una de esas sesiones de prueba en las que, en la mayoría de los casos, se comienza por eludir todas las condiciones psíquicas que se requieren para tal fin y tratar de lograr el

éxito más improbable posible. Uno de ellos, el señor Ulyss Rogers, obtuvo resultados muy satisfactorios. Otro, enviado por el *Truth*, fracasó por completo. Es menester que se sepa que las fuerzas psíquicas no proceden del médium, sino que actúan por mediación suya, y que las fuerzas del Más Allá no sienten simpatía alguna por un joven y brillante periodista que ande al acecho de algo sensacional, en tanto que tienen sentimientos muy distintos por una madre desconsolada que implora con todo su angustiado corazón la seguridad de que su hijo muy amado no la ha abandonado nunca. Cuando se haya comprendido bien este hecho, cuando la gente se convenza de que los procedimientos puestos en práctica en la actualidad no provocan en el otro mundo sino una amable sonrisa, se ha de hallar otro medio más inteligente para lograr las pruebas de la fenomenología espírita.

Me he extendido acerca de estos resultados, que pueden ser logrados similarmente por otros médiums, para mostrar que tenemos razones sólidas

das y seguras para afirmar que los mensajes no son obra de los mismos médiums. En el libro de Arthur Hill, *Psychical Investigations*, se encontrarán casos mucho más convincentes. Lo mismo puede decirse en lo que respecta a las comunicaciones escritas. En un pasaje anterior he evocado el trabajo *The Gate of Remembrance*, en el cual ha quedado ampliamente demostrado que, a pesar de los errores y dudas, existe una vía de comunicación, a veces incierta e intermitente, pero completamente ajena a la coincidencia o el fraude. De este modo es como suelen llegar hasta nosotros los mensajes espirituales. No obstante, las mesas giratorias, los *ouijabords*, en una palabra, todo lo que puede ser movido por la fuerza vital zoomagnética de que he hablado ya, es susceptible de servir para el mismo objeto. Frecuentemente se reciben informes, orales o escritos, que no podían ser conocidos por los presentes e interesados. Sabemos pormenorizadamente por el señor Wilkinson en qué circunstancias su hijo le llamó la atención acerca de que entre sus efectos no se había adver-

tido un curioso objeto: una moneda atravesada por una bala. Sir William Barrett ha referido como un joven oficial envió un mensaje mediante el cual le dejaba a una amiga una perla montada en un alfiler de corbata; nadie conocía la existencia de ese alfiler, pero el mismo fue encontrado entre los objetos que le pertenecían. La muerte de sir Hugh Lane fue anunciada en una sesión privada realizada en Dublín antes de que se hubieran publicado los detalles de la catástrofe del Lusitana *. También nosotros recibimos la misma mañana un mensaje que decía: "Es terrible, terrible, y ha de influir mucho en la continuación de la guerra", si bien en aquel momento estábamos convencidos de que no podía haber habido muchas desgracias personales. Los ejemplos de este género son numerosísimos. No los menciono sino para mostrar lo imposible que resulta atribuir a la telepatía el origen de estos mensajes. Sólo de una manera pueden explicarse: mediante lo que realmente pretenden ser: mensajes de los que han emigrado al Más Allá, comunicaciones de ese cuerpo espiritual que se ha visto

elevarse del lecho de muerte, el que con tanta frecuencia ha sido fotografiado y ha penetrado en todas las religiones de todos los tiempos, y que en circunstancias adecuadas puede materializarse nuevamente, solidificarse transitoriamente y poder hablar y caminar como un mortal, ya en Jerusalén, como hace dos mil años, o bien en el laboratorio del químico Crookes, en Londres.

Examinemos un momento los hechos tal como se han producido en el laboratorio de Crookes. Hállanse descritos en un breve libro, menos divulgado de lo que debería serlo. En el curso de estos maravillosos experimentos, que llevaron varios años, la señorita Florence Cook, joven de dieciséis o diecisiete años, fue encerrada en diversas ocasiones en el gabinete de trabajo del profesor Crookes, con la puerta cerrada con llave por dentro. La joven permanecía tendida sin conocimiento en un sofá. Los presentes ocupaban el laboratorio, separado del gabinete de trabajo por una cortina que cubría la entrada. Al cabo de un breve intervalo apareció por esa entrada una señora que,

en todos sus aspectos, difería con la señorita Cook. Ella manifestó que en la Tierra era llamada Katie King, que era un Espíritu materializado y que tenía por misión transmitir a los mortales el conocimiento de la inmortalidad. Era muy bella de rostro, tanto de líneas como de

* Estos dos últimos casos son relatados detalladamente en el libro de Travers Smith, *Voices from the Void*, que contiene algunas pruebas muy sólidas.

ademanes. Su estatura superaba unos nueve centímetros a la de la señorita Cook. Era rubia, y en cambio ésta era morena. En suma, se distinguía tanto de ella como puede distinguirse cualquier mujer de otra. Su pulso era sensiblemente más lento. No dejó de mezclarse entre la concurrencia, yendo y viniendo, hablando a todos los presentes y manifestando una gran alegría junto a los niños. Se sometió complaciente a dejarse fotografiar, así como a las pruebas más diversas. Se le sacaron

cuarenta y ocho fotografías, todas ellas más o menos excelentes. Varias veces se la vio al mismo tiempo que a la médium. Por último, se marchó declarando que su misión había terminado y que tenía otras cosas que hacer. En el momento en que tal misión concluyó, el materialismo también tendría que haber concluido su acción en la humanidad, si a tales hechos se le diese la justa importancia que tienen.

Léase el relato original y se verá si podrá deducirse otra cosa que la veracidad de los hechos allí enunciados. Quien ante esa exposición sobria y prudente no se convenza es que sin duda debe tener trastornado su cerebro. En fin, pregúntese si se ha encontrado alguna vez en el mundo, en cualquier tipo de manifestación religiosa, algo parecido a la prueba evidente que nos mueve. ¿No ven los ortodoxos que en vez de alzarse contra el relato de tales hechos o de achacar locuras al diablo deberían recibir con alegría una réplica tan definitiva como la hecha al materialismo por este medio, el cual es realmente el enemigo más peli-

groso? Al escribir estas líneas mis ojos tropiezan en mi mesa con una carta de un oficial que había perdido su fe en la inmortalidad, hasta el punto de entregarse por completo al materialismo. "Había llegado al extremo de temer por mi regreso al hogar, porque no puedo tolerar la hipocresía, y sabía que mi actitud había de entristecer profundamente a algunos miembros de mi familia. Pero su libro me ha producido un alivio inmenso, y ahora puedo mirar alegremente el porvenir". ¿Son éstos los frutos del árbol del demonio, me lo podrán decir, tímidos críticos ortodoxos?

Habiendo establecido de esta manera el contacto con nuestros muertos, lo primero que se nos ocurre, naturalmente, es preguntarles qué pasa donde se encuentran, cuáles son las condiciones de su existencia —cuestión vital—, puesto que el destino de ellos ha de ser el que mañana nos espera a nosotros. Lo que nos responden ha de causarnos una gran alegría. Del nuevo mensaje vital revelado a la humanidad es éste el punto más importante. Él acaba con esos horribles temores y tantas tre-

mendas fantasías que el hombre ha fundado en imaginaciones morbosas y en la fraseología enfática de Oriente. Hoy hemos alcanzado algo sano, moderado, razonable, compatible con la evolución gradual y con la bondad de Dios. ¿Se ha visto alguna vez en la Tierra que blasfemos conscientes ofendieran a la bondad divina tan gravemente como lo han hecho esos extremistas de todas las Iglesias, calvinistas, católicos, anglicanos o judíos, que en la deformación de su espíritu describían como un verdugo implacable al Señor del Universo?

La veracidad de lo que se nos dice acerca de la vida del Más Allá no puede establecerse de un modo absoluto, por causa misma de su naturaleza; pero, sin embargo, se acerca más a la prueba definitiva que la que nos ofrecen todas las revelaciones religiosas anteriores. Lo cierto es que estas comunicaciones se mezclan con otras referentes a nuestra vida actual, que a veces son absolutamente exactas. Resulta difícil concebir que un Espíritu que puede decir la verdad acerca de nuestra esfera

sólo diga falsedades al respecto de la suya. Por otra parte, estas comunicaciones presentan grandes semejanzas entre sí, aun cuando nos lleguen a través de médiums muy alejados unos de los otros. Así pues, aunque no comprobadas, se ajustan a todas las leyes del método demostrativo. Una serie de libros, a los que no se ha prestado toda la atención que merecen, nos brinda una descripción muy detallada de la vida futura. Estos libros no se encuentran en las librerías de las estaciones ni en las comunes; pero las tiradas que alcanzan demuestran que existe un público más profundo que llega a lo que se propone a pesar de los obstáculos que se le oponen.

Consultando la lista de mis lecturas, encuentro, además de una docena de manuscritos llenos de particularidades interesantes, libros como *Claude's Book* que, según se dice, está escrito por un piloto británico; *The son Liveth*, por un soldado americano; *Raymond*, por un soldado inglés; *Do thoughts perish?*, que contiene varios relatos de soldados británicos y de otras nacionalidades; *I*

heard a Voice, escrito por K. C. *, persona muy conocida que, gracias a la mediumnidad de sus dos hijas, obtuvo una interesante revelación de la vida en el Más Allá; *After Death*, en el que se refieren los experimentos de la famosa señorita Julia Ames; *The Seven Purposes*, obra de un periodista americano, así como otras muchas más. Estos títulos son de un valor literario muy desigual y no todos producen la misma impresión; pero lo que debe advertir un espíritu imparcial es su concordancia general acerca de las condiciones de la vida espiritual. Puede advertirse, si se fija uno en ello, que varios de estos libros fueron publicados por el mismo tiempo, por lo que no han podido inspirarse unos en los otros. El *Claude's Book* y *The son Liveth* aparecieron casi simultáneamente, cada uno en un lado del Atlántico, y, sin embargo, ambos presentan estrechas relaciones. *Raymond* y *Do thoughts perish?* debieron hallarse también en prensa en la misma fecha y, no obstante, su propósito general es el mismo. Indudablemente, la concordancia de los testimonios debe admitirse —en

esto como en todo— como prueba de verdad. En lo que principalmente difieren los Espíritus es, según mi opinión, cuando se expresan al respecto de su propio porvenir y, en particular, en sus especulaciones sobre la reencarnación, etcétera —que pueden ser tan brumosas para ellos como para nosotros—, o bien sobre los sistemas filosóficos, en que dejan traslucir sus opiniones personales.

De todos estos libros, el que más merece ser estudiado es *Raymond*. La razón de ello radica en que compila los resultados de varios médiums célebres que trabajaron independientemente unos de los otros, y todo ello es demostrado y referido en un orden cronológico por un hombre que no solo es uno de los primeros sabios del mundo e incluso, sin duda alguna, la primera fuerza intelectual de Europa, sino además que tiene una experiencia única al respecto de las precauciones que deben tomarse en la observación de los fenómenos psíquicos. La alegría y la dulzura naturales del joven soldado difunto, su entusiasmo al hablar de su nueva vida son testimonios muy apropiados

para conmover vivamente a los que ya están convencidos de la autenticidad de las comunicaciones. A este respecto éste es un documento importantísimo, y hasta podría decirse, sin exageración, el más importante que haya producido recientemente la literatura. Según mi parecer, él brinda una idea auténtica de la vida en el Más Allá y es a veces más interesante por sus acotaciones y sus reservas que por sus afirmaciones reales, aun cuando estas últimas presenten la señal de una franqueza absoluta. En algunos aspectos su forma deja que desear. Sir Oliver Lodge no siempre tiene el arte de escribir de modo que le entienda todo el mundo, y sus pensamientos más profundos, los que más peso tienen, se cruzan a veces con las claras palabras de su hijo. Además, queriendo atenerse a una exactitud rigurosa, sir Oliver reproduce el hecho de que tan pronto Raymond habla directamente, o el control transmite lo que Raymond dice, de manera que el mismo párrafo pasa varias veces de la primera persona a la tercera de un modo que resulta perfectamente ininteligible para las personas

poco familiarizadas con la cuestión. Estoy seguro que sir Oliver no se molestará si le digo que una vez que ha satisfecho su conciencia publicando la edición actual de su libro, debería dejarla que subsistiera únicamente como referencia y publicar una nueva edición que sólo contuviera las palabras de Raymond y las de sus amigos del otro mundo. Semejante libro, en una edición barata, produciría, a mi juicio, un efecto prodigioso; llevaría las nuevas enseñanzas al destino que Dios les ha señalado: el espíritu y el corazón del pueblo.

* Estas iniciales designan a King's Counsel, abogado nombrado por cartas patentes y con derecho de precedencia ante los Tribunales.

Se ha hablado tanto de la mediumnidad, que es muy necesario examinar con suma atención a esta curiosa facultad. La cuestión de la mediumnidad, su naturaleza y las condiciones en que se manifiesta es una de las más miste-

riosas que se le plantean a la ciencia. Con frecuencia se dice: "Si nuestros muertos existen, ¿por qué no recibimos noticias tuyas sino por mediación de personas que nada tienen de notables, ni moral ni intelectualmente, y cuyos servicios suelen pagarse?" Esta es una objeción plausible; pero, sin embargo, cuando recibimos un telegrama de un hermano que tenemos en Australia no decimos: "Es extraño que Tom no se comuniqué directamente conmigo y tenga necesidad de servirse de un empleado del correo". El médium no es, en realidad, sino un instrumento pasivo, y guarda la misma relación que el telégrafo con el telegrafista. Ningún mensaje procede de él, pero todos pasan por él. ¿Por qué, hombre o mujer, el médium está dotado de más fuerza psíquica que otras personas? Este es un problema muy interesante. No podría definirse mejor la facultad del médium que diciendo que es "la capacidad de permitir que las fuerzas corporales, físicas y mentales sean utilizadas por una influencia exterior". En

sus formas más elevadas suprime transitoriamente a su personalidad, que es sustituida por la influencia de otro Espíritu. En esos momentos el médium puede quedar en un estado de absoluta inconsciencia, o bien puede experimentar la sensación de que se ha producido un incidente exterior que ha afectado a su entidad personal, mientras su cuerpo servía de morada provisional a un inquilino extraño. También puede conservar el conocimiento y, con ojos y oídos elevados a un diapasón que el hombre normal no podría alcanzar, puede ver y oír lo que ultrapasa el grado de percepción de nuestros sentidos. También, en el caso del médium escribiente, un centro motor del cerebro puede regir los nervios y músculos del brazo, dejando a éste sometido a un control ajeno, mientras todo lo demás parece hallarse en estado normal. La mediumnidad puede igualmente adoptar una forma más material, mediante la exudación de una extraña sustancia blanca y evanescente llamada ectoplasma, que se ha fo-

tografiado frecuentemente en los diferentes períodos de su evolución y que parece poseer la facultad de adoptar la forma parcial o total de un cuerpo, comenzando por una especie de pasta informe para formarse con todas las características propias de los seres humanos vivos. De igual manera, el ectoplasma —que parece ser una emanación del médium, hasta el punto de que su peso, sea el que fuere, equivale al que pierde la materia del médium—, puede ser utilizado en forma de proyecciones o varitas para desplazar objetos o levantar cuerpos pesados. Un amigo en cuya sensatez y veracidad pongo toda mi confianza, asistió a una sesión del profesor Crawford con Catalina Goligher, médium no profesional. Mi amigo tocó la columna de fuerza y comprobó que era palpable, aunque invisible. Es notorio que aquí nos hallamos en contacto con una forma enteramente nueva de la materia y la energía. No conocemos bien las propiedades de esta extraordinaria sustancia; pero sabemos, no obstante,

que su materialización parece muy sensible a la acción de la luz. Una figura construida con el ectoplasma desprendido del médium se disuelve con más facilidad bajo la luz que una estatua de nieve bajo un sol tropical, de manera que dos fotografías instantáneas sacadas simultáneamente mostrarían, una tras otra, la primera, una figura completa, y la segunda, una masa amorfa. Al hallarse a distancia del médium, el ectoplasma retrocede con gran rapidez bajo la acción de la luz. Los escépticos podrán reírse cuanto quieran, mas no por ello está menos probado que varios médiums han resultado gravemente afectados por este proceso cuando un investigador caprichoso encendía brusca-mente la luz. En sus recientes experimentos, el doctor Gustave Geley ha descrito al ectoplasma apareciendo encima del negro vestido de su médium al modo de una escarcha blanca que lo cubriera, aglomerándose después en una sábana continua de sustancia blanca y deslizándose a lo largo del cuerpo hasta formar delante de

éste una especie de delantal. Una serie completísima de fotografías ilustra las diversas fases de este fenómeno.

Tales son algunas de las posibilidades de la mediumnidad. También citaré los magníficos fenómenos de producción de luces y los de fotografía espírita, más raros, pero de un valor demostrativo mayor todavía. El hecho de que en numerosos casos la fotografía no guarde ninguna relación con las existentes en vida del sujeto debería hacer callar la boca a los burlones, aun cuando el escepticismo tiene sus fanáticos que no dejarían de mofarse si un arcángel descendiera en Trafalgar Square. El señor Hope y la señora Buxton, de Crewe, han llevado este tipo de mediumnidad a un grado elevado de perfeccionamiento; pero hay otras personas que tienen facultades similares. Se han producido casos en los que sería difícil decir quién es el médium y quién la figura materializada. En una fotografía tomada de un grupo de familia en la forma corriente, y que me fue remitida por un profesor de un colegio muy conoci-

do, el hijo muerto apareció en la placa sentado entre sus dos hermanos pequeños.

En cuanto personas, los médiums me han causado siempre el efecto de ser tipos humanos comunes: ni sensiblemente mejores ni peores. Yo conozco muchos; pero nunca he encontrado uno que me recordara el poema de Browning. Quizá tenga la excusa Browning de haber escrito este poema durante el curso de una crisis hogareña; pero lo que no tiene excusa es que lo haya vuelto a publicar, toda vez que está admitido que se trata de una historia absolutamente falsa y que la escena descrita es puramente imaginaria. El crítico suele emplear el término médium como si significara forzosamente ser un profesional, siendo que todos los investigadores han obtenido algunos de sus mejores resultados con médiums desinteresados, no profesionales. En las dos sesiones más bellas que yo he presenciado, el sujeto, que era en ambos casos un hombre poco adinerado, se mostró decidido a no recibir ninguna paga por

su facultad, ni directa ni indirectamente, aunque terminó agotado de cada prueba. Yo no sé que ningún ministro de ninguna religión haya alcanzado este grado de altruismo, y sería poco razonable esperar que lo alcance jamás. Por lo que se refiere a los médiums profesionales, uno de los más famosos, el señor Vout Peters, es un coleccionista diligente de libros antiguos y una autoridad en lo que concierne al teatro inglés de la época de la reina Isabel, en tanto que el señor Dickinson, otro viajero de espíritu muy notable y que nombró correctamente veinticuatro nombres en el transcurso de dos sesiones realizadas el mismo día, se ocupa en el cargamento de barcazas. Este último es uno de los clarividentes mejor dotados de Inglaterra. Por otra parte, Tom Tyrrell, el tejedor, Aaron Wilkinson y otros muchos más, son también asombrosos. Tyrrell, que es una especie de San Antonio de Padua, un verdadero santo, amado de los niños y de los animales, produce el efecto de una figura escapada de alguna leyenda de la

Iglesia. Thomas, un médium de físico robusto, es obrero minero. La mayoría de los médiums toman con absoluta seriedad su responsabilidad y consideran a su trabajo con un sentido extraordinariamente religioso. No puede negarse que se hallan expuestos a tentaciones especialísimas, puesto que su facultad —como ya he dicho en otro pasaje— es intermitente, y para reconocer su ausencia temporal, con el riesgo de desanimar a los asistentes, se necesita poseer escrúpulos que no todo el mundo tiene. Otra tentación ante la que han sucumbido algunos grandes médiums, es la de la bebida. Caen en ella de una manera muy natural, pues, como *surmenage* psíquico, le deja al médium en un estado de postración física. El alcohol, que le estimula y alivia, puede tender a convertirse en él en una costumbre y, finalmente, en una calamidad. El alcoholismo debilita siempre el sentido moral, de manera que el médium degenerado se abandona con más facilidad al fraude. Por eso existe cierto número de ellos que,

después de haberse creado un nombre honroso y logrado desafiar a toda la crítica hostil, se dejan sorprender en sus últimos años en vías de entregarse a las más miserables supercherías. Esto es muy de lamentar; pero si el Tribunal de Arcas * descubriera sus secretos se comprobaría que la embriaguez y la degeneración moral no se hallan limitadas en modo alguno a los sujetos psíquicos. Al mismo tiempo, un sujeto psíquico es un ser tan particularmente sensitivo que yo le aconsejaría de buena gana, sea hombre o mujer, que se abstenga de la bebida durante toda su vida. Esto es, por lo demás, lo que hace la mayoría de los médiums.

Ya he dicho en otra obra, pero lo repetiré aquí, que, a juicio mío, las sesiones deben ser tan cuidadosamente ordenadas como responsablemente dirigidas. Una vez que se ha convencido de la existencia y la proximidad del mundo invisible, el investigador ha logrado con la experimentación psíquica el importante beneficio que puede procurarle, y en lo sucesivo

debe ordenar su vida con arreglo a las normas que las enseñanzas del Más Allá le han señalado como mejores. Una sesión cuyo único objeto es satisfacer la curiosidad o despertar el interés, no puede ejercer una gran influencia, y el que busca en ella sensaciones puede hacer de esta cosa santa y maravillosa algo tan bajo como el abuso de un estimulante. Por el contrario, cuando en una sesión tratamos de instruirnos acerca de la situación de los que hemos perdido o de confortar a otras personas que sufren esperando una palabra del Más Allá, esta sesión es, en verdad, un favor divino que conviene utilizar con prudencia y gratitud. Nuestros queridos ausentes tienen también tareas agradables a desempeñar en su nueva morada y aun cuando nos aseguren que les gusta estrechar las manos que nosotros les tendemos, debemos procurar no importunarles en el curso de sus vidas erráticas.

Conviene decir unas palabras sobre el temor a los demonios y a los Espíritus malignos, que tanto parece conmovir a ciertos críticos del Espiritismo.

Examinada más racionalmente esta actitud, ella tiene cierto aire de egoísta y cómoda. Esas criaturas a las que se teme, son nuestros hermanos atrasados que han partido con el mismo destino final que nosotros, pero se han retrasado en el camino por causas que pueden atribuirse en parte a nuestras condiciones terrestres. En realidad, deberían suscitar nuestra piedad y nuestra simpatía, y si llegan a manifestarse en alguna sesión, la actitud propia de un cristiano es, según mi parecer, razonar con ellos y orar por ellos para ayudarles en su difícil trance. Siempre que se les ha tratado de este modo se ha observado una marcada diferencia en las comunicaciones posteriores. El libro del almirante Usborne Moore, *Glimpses of the Next State*, transcribe las actas de algunas sesiones realizadas en un círculo americano que se consagraba por entero a una tarea de esa naturaleza. Cabe creer que existen formas de desarrollo imperfecto a las que las influencias terrestres pueden servir de ayuda mejor que las influencias puramente

espirituales, quizá porque aquellas formas se hallan más cercanas a la materia.

Recientemente fui llamado para que intentara calmar a una entidad muy alborotada, que frecuentaba una vieja mansión en la que había serias razones para suponer que se había cometido un crimen y que, el criminal, después de su muerte, continuaba ligado a la Tierra. El desgraciado Espíritu dio nombres cuya exactitud fue comprobada y describió un armario, que fue descubierto, efectivamente, pero cuya existencia no se había sospechado jamás. Una vez que me puse en contacto con el Espíritu, intenté convencerle, hacerle comprender lo egoísta que era atormentar a la gente por satisfacer los sentimientos de rencor que podía haber conservado de su vida terrestre. Después oramos por su felicidad y le exhortamos a elevarse espiritualmente, tras lo cual, y mediante los golpes del velador, nos contestó asegurándonos que se enmendaría. Por noticias muy satisfactorias he sabido que ha cumplido su palabra, y ahora reina la paz en la vieja mansión.

* Tribunal Supremo de las causas eclesiásticas establecido en Canterbury.

Capítulo IV

EL MUNDO FUTURO

Consideraremos ahora la vida en el Más Allá tal como nos la muestra la Nueva Revelación. Y primeramente hablemos de los mensajes que nos envían acerca de la vida de ultratumba los que en ella viven. Ya he dicho y repetido que hay tres grandes razones para que creamos en ellos. Una, es que van acompañados de *señales* en el sentido bíblico de la palabra, es decir, los llamados vulgarmente *milagros*, que no son otra cosa que fenómenos naturales. La segunda, es que en muchos casos van acompañados de afirmaciones sobre nuestra vida terrestre que resultan exactas y que, aun teniendo en cuenta la telepatía o la memoria subconsciente, no podían ser conocidas de ninguna manera por el médium. La tercera, es que entre todos ellos existe, cualquiera fuese su origen, una semejanza notable, si no absoluta. Se observarán

divergencias de opinión sumamente sensibles cuando los Espíritus hablan de su propio porvenir, que puede ser un tema de especulación para ellos, como lo es para nosotros. Es lo mismo que sucede al respecto de la reencarnación, cuestión en la que se muestran claramente divididos, mas, según mi parecer, aunque la generalidad de los testimonios se oponga a esta doctrina oriental, no es menos innegable que ha sido sostenida por algunos mensajes que en otros aspectos son ciertos, por lo que es necesario conservar la independencia de espíritu acerca de esta cuestión *.

Antes de pasar al contenido de los mensajes, quisiera insistir sobre el segundo de estos tres puntos para reforzar la confianza del lector en la autenticidad de las comunicaciones. Con este objeto citaré un ejemplo detallado con nombres casi exactos. El médium era el señor Phoenix, de Glasgow, con el cual yo también he realizado algunas sesiones muy curiosas. El interrogador era el señor Ernest Oaten, presidente de The Northern Spiritual Union, hombre de una veracidad y precisión en-

comiables. El diálogo, de voz directa, para el que se utilizó una bocina como megáfono, fue el siguiente:

La voz. — Buenas noches, señor Oaten.

M. O. — Buenas noches. ¿Quién es usted?

La voz. — Mi nombre es Mill. Usted conoce a mi padre.

M. O. — No; no recuerdo a nadie de ese nombre.

La voz. — *Si*, señor; le habló usted el otro día.

M. O. — Es verdad; ahora me acuerdo. Lo encontré por casualidad.

La voz. — Quisiera hacerle un encargo para él.

M. O. — ¿Cuál?

La voz. — Dígale que no se engañó el martes pasado a medianoche.

M. O. — Está bien, se lo diré. ¿Hace mucho que falleció usted?

La voz. — Hace algún tiempo. Pero nuestro tiempo es diferente al de ustedes.

* Para los espiritistas fundamentados en la Codificación Kardeciana este problema ha sido superado desde el inicio, robusteciéndose la revelación de los Espíritus mediante la voluminosa bibliografía del siglo pasado que se ha hecho eco de las múltiples y serias investigaciones realizadas al respecto; pero es en los países anglosajones —donde menos había prendido la idea de la reencarnación, como lo testimonia Conan Doyle—donde se produjo un cambio de opinión al respecto, fundamentada sobre las experiencias hipnóticas de regresión de la memoria que dieron motivo a la aparición de varios *best-sellers* de autores calificados. [*Nota de la Editora*]

M. O. — ¿Qué hacía usted estando en esta vida?

La voz. — Era cirujano.

M. O. — ¿Cómo murió usted?

La voz. — He muerto en la guerra, en un barco de combate.

M. O. — ¿Tiene usted algo más que decirme?

La respuesta fue el aria de la Bohemia de *Il Trovatore*, silbada con gran exactitud y seguida de un pasodoble, tras lo cual la voz dijo: "Esto es una prueba para mi padre".

Si esto no es una reproducción literal de la conversación, al menos es su esencia. El señor Oaten fue enseguida a ver al señor Mill, que no era espiritista, y pudo comprobar la exactitud de todos los detalles. El joven Mill había perdido la vida tal como había dicho. Su padre explicó que hallándose sentado en su despacho, a la medianoche del día indicado, había oído el aria de la

Bohemia de *Il Trovatore*, que era una de las canciones preferidas de su hijo, y no logrando comprender de donde procedía aquella música,

había terminado por creer que era juguete de su imaginación. En cuanto al pasodoble, era un fragmento de música que el joven acostumbraba a interpretar con la flauta, pero cuya extrema celeridad era causa de que se equivocara siempre, lo que le reportaba las bromas de la familia.

Resumamos el sentido general de estas afirmaciones. Los Espíritus nos dicen que son sumamente felices y no desean volver a la Tierra. Se hallan entre seres a los que han amado y perdido en nuestro medio terrestre, los cuales han salido a su encuentro en el momento de su muerte y en compañía de los cuales prosiguen su vida en el mundo espiritual. Están muy ocupados en todo género de trabajos relacionados con sus aptitudes naturales. El mundo en que se encuentran se asemeja mucho al que han abandonado; pero todo en él es muy superior. El ritmo es el mismo, la relación de las notas entre sí sigue siendo igual, pero el efecto total es diferente. Cada cosa terrestre tiene aquí su equivalente. Nuestros adversarios han tomado en broma ciertas historias relacionadas

con el alcohol y el tabaco; pero desde el momento en que se reproduce todo, hubiera sido desleal pasar esto en silencio. Es verdad que sería desagradable saber que en el otro mundo se abusa del alcohol y del tabaco como en éste; pero nunca se ha dicho nada semejante, y en el tal discutido pasaje de *Raymond* no se habla de ello sino como de una cosa completamente insólita o, si se quiere, como de un tema humorístico proveniente de los recursos del Más Allá. Entre los predicadores que se han aprovechado de tales recursos para atacar a la Nueva Revelación, ¿cuántos se han acordado de que el único mensaje en el que la idea del alcohol aparece asociada a la de la vida futura proviene del mismo Jesucristo, cuando dijo: "Ya no beberé más del fruto de la vid hasta que lo beba de nuevo con vosotros en el reino de mi Padre"?

Pero esto es sólo un detalle, y siempre es peligroso discutir detalles en un tema tan vasto sobre el que no se tienen sino escasos conocimientos. Como me decía la mujer más sensata que he conocido: "Es posible que las cosas del

Más Allá sean muy sorprendentes, pues si se nos hubieran referido los hechos de la vida terrestre antes de penetrar en ella, nos hubiéramos negado a creerlos". Lo que constituye en sus grandes rasgos la venturosa vida futura es el desarrollo de las facultades que poseemos. Esta vida ofrece acción al hombre de acción, trabajo intelectual al pensador, labor artística, literaria, dramática o religiosa a aquellas a quienes Dios ha dotado de las facultades naturales respectivas. Con nosotros nos llevamos al otro mundo lo que poseemos de inteligencia y de carácter. Ningún hombre es en él demasiado viejo para no aprender, pues lo que aprende no lo olvida y siempre lo retiene. En el amor no hay aspecto físico ni nacimientos, aunque reine una estrecha unión entre los esposos que se aman sinceramente, y de un modo general una profunda simpatía de amistad y camaradería entre ambos sexos. Cada hombre y cada mujer encuentran tarde o temprano su alma hermana. Los niños siguen creciendo normalmente, de

manera que la madre que ha perdido a una hija de dos años y que muere veinte años después, se encuentra con una muchacha de veintidós años que la espera a su llegada. La vejez, cuya causa principal es la aportación mecánica de cales a nuestras arterias, desaparece. El individuo recobra la estatura y el aspecto normales de un hombre o una mujer en su pleno desarrollo. Que ninguna mujer llore por su belleza perdida ni se entristezca ningún hombre por la decadencia de sus fuerzas y el debilitamiento de su cerebro: todo ello lo recuperará más allá de esta vida. No hay allí ni deformidad ni caducidades físicas: todo es normal y está maravillosamente organizado.

Antes de abordar otro punto, quisiera decir algunas palabras respecto a los datos que tenemos sobre el cuerpo espiritual. Este cuerpo es una cosa perfecta, cuestión importante en la actualidad, en que tantos héroes han sido mutilados en la guerra. El cuerpo etéreo no puede mutilarse: siempre queda intacto. Las primeras palabras pronuncia-

das por un Espíritu en el reciente experimento del doctor Abraham Wallace, fueron: "He recuperado mi brazo izquierdo". La misma observación se aplica a todas las taras de nacimiento, a las deformidades, a la ceguera y a las demás imperfecciones. No hay ninguna deformación permanente: todas se borran en esa vida venturosa que nos aguarda. Esto es lo que nos enseña la voz del Más Allá: un cuerpo perfecto para todo el mundo.

"Pero —dirá el crítico—, ¿qué pensar entonces de las descripciones de los clarividentes o de esas apariciones en las que el anciano padre se presenta con vestiduras de otra época o se muestra la abuela con atuendo de miriñaque y moño? ¿Es así como se visten en el cielo?" No; las apariciones de esta índole no son Espíritus, sino cuadros que los Espíritus nos presentan, ya en nuestro cerebro o bien en el del médium para hacerse reconocer. A esto se debe que aparezcan los cabellos grises y las vestiduras antiguas. Cuando un Espíritu se muestra de verdad, aparece bajo otra forma, cuya particulari-

dad esencial es que lleva una túnica flotante como la que la tradición atribuye a los ángeles. Por su brillantez y su materia, ésta proclama la condición espiritual de quien la reviste, y es probablemente una condensación del aura que nos rodea en la Tierra.

El Más Allá es un mundo en el que reina la simpatía. Sólo se reúnen en él aquellos a quienes ésta une. El marido huraño y la esposa frívola no son una plaga en esa inocente sociedad. Todo es allí paz y dulzura. Es la larga cura de reposo *después de la tensión nerviosa de la vida terrestre y antes de los nuevos acontecimientos futuros*. La existencia es sencilla y familiar. Agrupaciones felices habitan en dominios agradables en donde saborean todos los encantos de la belleza y la música. Jardines magníficos, flores que embelesan, verdes bosques, preciosos lagos, animales cautivantes, todo es descrito plenamente en los mensajes de los viajeros que han partido como exploradores y vuelven trayendo noticias a quienes todavía languidecen en la

vieja morada sombría. No hay allí pobres ni ricos. El artesano puede seguir trabajando; pero lo hace por amor a su arte. Cada cual sirve a la comunidad lo mejor que puede, en tanto que de las regiones superiores descienden los ministros de la gracia, los *ángeles* de la Sagrada Escritura, encargados de orientar y socorrer. Por encima de todo, y difundiendo su atmósfera por doquiera, se cierne el gran Espíritu de Jesucristo, alma misma de la razón, de la justicia, de la comprensión afectuosa, y a cuyo cuidado se halla confiada en particular la esfera terrestre con todos sus círculos. Es este un lugar de regocijo y alegría. Practícanse allí toda clase de juegos y deportes; pero no alguno que pueda hacer sufrir a los seres inferiores. La alimentación y la bebida no existen, en el sentido vulgar de la palabra; pero parece ser que el gusto encuentra con qué satisfacerse, y esta distinción motiva alguna confusión en los mensajes. Pero allí, igual que aquí, la inteligencia, la energía, la autoridad y la voluntad, cuando son ejercidas

para el bien, pueden hacer de un hombre un jefe, así como, al igual que aquí, la abnegación, la paciencia y la espiritualidad califican al alma para los puestos más elevados, que son conquistados a veces por aquellos cuyas tribulaciones terrestres parecen gratuitas y crueles, siendo que en realidad son oportunidades de vivificación y progreso espiritual, a no ser por lo cual la vida sería estéril y vana.

La Nueva Revelación suprime toda idea de un infierno grotesco y un cielo fantástico, y la sustituye por la de una ascensión gradual en la escala de la existencia sin ningún cambio monstruoso que nos haga pasar instantáneamente del estado de hombre al de ángel o demonio. Este sistema, aunque diferente de las ideas anteriormente admitidas, no parece oponerse de un modo radical a las antiguas creencias. En los antiguos mapas geográficos, el cartógrafo acostumbraba dejar espacios en blanco, correspondientes a las regiones inexploradas, en los cuales ponía leyendas tales como "aquí hay antropófagos" o "aquí hay mandrágoras". Asi-

mismo, en nuestra teología existen regiones mal definidas y que de común acuerdo se han dejado en blanco, pues ¿qué hombre sano de juicio ha creído alguna vez en un cielo tal como el que describen nuestros cánticos religiosos, tierra de una ociosidad aburrida, de adoración estéril y monótona? Así pues, al proporcionarnos una concepción más clara, el nuevo sistema no tiene nada que reemplazar: pinta sobre un lienzo blanco.

Una vez admitido que se tienen todas las pruebas de una vida y un mundo tales como los que acabo de describir, ¿qué es de los hombres que no han merecido este destino? ¿Qué nos dicen de ello los mensajes del Más Allá? En esto se impone la máxima claridad, pues es inútil cambiar un dogma por otro. Yo no puedo hacer otra cosa que atenerme al sentido general de las informaciones con que se nos ha favorecido. Naturalmente, aquellos con quienes nos ponemos en contacto son los que podemos llamar verosímilmente los bienaventurados, pues a éstos es a quienes debemos atraer imperiosa-

mente si ponemos en nuestras investigaciones un sentimiento de piadoso respeto. Pero la existencia de buen número de Espíritus menos afortunados que ellos se deduce de sus alusiones constantes a la misión de regeneración y redención, que forman parte de sus funciones. Al parecer, descienden hacia esos desheredados para ayudarles a conseguir el grado de espiritualidad que les hará dignos de la esfera superior, cual el estudiante de una clase elevada desciende a otra inferior para ayudar a un alumno retrasado. Semejante concepción permite comprender mejor la máxima de Jesucristo de que más alegría produce en el cielo un solo pecador arrepentido que noventa y nueve justos, pues si Jesucristo se hubiera referido a un pecador terrestre, significaría evidentemente que éste hubiera debido volverse justo en esta misma vida y, por tanto, hubiera dejado de ser un pecador antes de llegar al paraíso. En cambio, la máxima podría aplicarse con gran exactitud a un pecador arrancado de una esfera y

transportado a otra más elevada.

Cuando consideramos al pecado a la luz de la ciencia moderna, con la ternura de la conciencia moderna y con un sentido de la justicia y la proporción, deja de ser esa nube monstruosa que oscurece toda la visión de los teólogos de la Edad Media. El hombre se ha mostrado más severo para consigo mismo de lo que nunca podrá serlo un Dios de misericordia. Indudablemente, bien mirado todo, siempre se encuentra en el fondo del pecado esa flaqueza consciente de la voluntad, ese culpable desfallecimiento del carácter que hacen que el pecador, semejante al hombre de Horacio, vea lo mejor, lo apruebe y haga lo peor. Pero cuando, por otra parte, se tienen en cuenta —¿y quién puede hacerlo con más generosidad que Dios?— a los pecados como el producto inevitable de nuestro primer ambiente, los pecados debidos a la mácula hereditaria e innata y aquellos, en fin, que se deben a causas físicas netamente determinadas, entonces la suma de los pecados activos resulta grandemente reducida. ¿Podría ima-

ginarse, por ejemplo, que la Providencia, que es toda sabiduría y bondad, como lo proclaman todas las creencias, pueda castigar al desgraciado que musita ideas de crimen bajo un cráneo criminal? A un médico le basta dirigir una mirada a un cráneo para predecir el crimen. Todos los crímenes, en sus formas más detestables, desde los de Nerón hasta los de Jack el Destripador, son la consecuencia de una absoluta locura, y esos inmensos pecados capitales de que se ha hablado parecen indicar casos de locura capital colectiva. Cabe deducir, pues, que no hay necesidad de un infierno terrible para castigar más a aquellos que ya se han visto afligidos en la Tierra. Algunos de nuestros muertos han declarado que lo que más les ha sorprendido ha sido ver a los que son elegidos para ser honrados, y, en realidad, sin que esto sea excusar en lo más mínimo al pecado, puede imaginarse que el hombre al que su constitución orgánica le predisponía a él con fuerza irresistible deba recibir en buena justicia consuelos y testimonios de simpatía. Es posible que este pecador, si no ha pecado

tan gravemente como hubiera podido hacerlo, sea colocado por encima del hombre que ha nacido bueno y ha seguido siéndolo, pero que al término de su vida tampoco hizo nada por mejorarse. Uno ha realizado progresos y el otro no. Pero el delito más común, el que llena los hospitales del otro mundo y es un obstáculo para la dicha normal en la otra vida, es el pecado de Tomlinson, del poema de Kipling, el más frecuente de todos los pecados en los medios británicos *respectables*: el pecado de adhesión a las manifestaciones de pereza a cambio del desarrollo voluntario, de espiritualidad indolente sustentada por la satisfacción propia y la holgura y comodidad en la vida. El hombre satisfecho, el hombre que deja librada su salvación a una Iglesia, sin esforzarse asiduamente por depurar y mejorar su alma, es justamente el que se halla en peligro mortal. Cristianas o no, todas las Iglesias son buenas, siempre y cuando eleven la vida espiritual del individuo; pero todas son nocivas en cuanto le permitan y concedan creer a los creyentes que mediante cualquier ceremonia o creencia

obtienen una ventaja sobre su prójimo o que pueden prescindir del esfuerzo personal, que es el único que puede conducirnos a las regiones superiores. Esto se aplica, por supuesto, lo mismo a los adeptos del Espiritismo que a los de todas las religiones. Si la fe no se manifiesta en los actos, es vana. Se puede atravesar cómodamente esta vida siguiendo, sin preocuparse de nada, a un cortejo conducido por un jefe venerable; pero no se muere en un cortejo: se muere solo, y se debe aceptar solo, por tanto, el rango que se ha merecido por la obra cumplida en la vida.

¿Cuál es el castigo para el alma que no ha trabajado por su perfeccionamiento? Ser ubicada en el lugar en que lo pueda lograr. Ahora bien: las aflicciones parecen haber sido la fuerza impulsora de las almas. Esto es lo que nos demuestra la experiencia cotidiana: personas intolerantes, antipáticas y satisfechas de sí mismas se enternecen, se perfeccionan, alcanzan la belleza de carácter y la caridad de espíritu cuando han sido templadas lo bastante por los dolores de la vida. La Biblia habla de esas

"tinieblas exteriores en las que hay sollozos y rechinar de dientes". La influencia de la Biblia ha sido en oportunidades pernicioso, debido a la costumbre que tenemos de leer un libro de poesía oriental tomándolo al pie de la letra, como si se tratara de poesía occidental. Cuando un oriental describe un rebaño de mil camellos, habla de camellos más numerosos que los pelos de la cabeza o las estrellas del cielo.

Es preciso tener en cuenta el modo de hablar oriental con estas lúgubres y terribles descripciones que han ensombrecido la vida de tantos niños imaginativos y enviado a los asilos de alienados a tantos adultos sinceros. Según todo lo que sabemos, existen, en efecto, lugares de tinieblas exteriores; pero por oscuras que sean estas incómodas antecámaras, todas ellas conducen, en definitiva, al cielo. Este es el destino supremo de la raza humana, y sería censurable el Todopoderoso si fuera de otro modo. No podemos dogmatizar sobre esta cuestión de las esferas penales; pero, no obstante, se nos ha enseñado muy claramente que existen y

que el territorio neutral que nos separa del cielo normal, de ese tercer cielo al que parece haber sido transportado San Pablo en una extraña y breve fase de su vida, corresponde al plano espiritual de los místicos y a las "tinieblas exteriores" de la Biblia. Allí van a languidecer esos *Espíritus ligados a la Tierra*, a los que el peso de los intereses de este mundo los ata aún a él hasta el punto de quitarles todo impulso espiritual: el hombre cuya vida no ha tenido otro objeto que el dinero, las ambiciones terrestres o las satisfacciones sensuales, y también, igualmente, el hombre de una sola idea, si esta idea no era espiritualista y aun cuando no fuera un hombre malo, toda vez que debe clasificarse entre los Espíritus ligados a la Tierra al buen monje John de Glastonbury, que amaba su gran abadía, hasta el punto de no poder separarse de ella. Entre las categorías de los Espíritus más distintos y materiales se encuentran los fantasmas, que tan estrechamente se hallan ligados a la materia y que con tanta frecuencia han sido vistos por personas que no tenían un sentido psíquico muy

desarrollado. Es probable, por lo que sabemos de las leyes que rigen estas cosas, que un fantasma no podría manifestarse jamás si se viera reducido a sus propios recursos, puesto que extrae de los espectadores la sustancia necesaria para su manifestación y que el escalofrío, los pelos que se ponen de punta y todos los síntomas experimentados por éstos son debidos en gran parte al reflujó súbito de su propia vitalidad. Pero aquí me dejo arrastrar por las especulaciones y me alejo mucho de la correlación entre el conocimiento psíquico y la religión, que constituye el objeto real de este capítulo.

Por una de esas coincidencias extrañas que a veces parecen ser algo más que coincidencias, había llegado a este punto de mis explicaciones sobre esta difícil cuestión del estado intermediario y, deseando esclarecerme más a mí mismo, fue que recibí por correo un libro viejo, enviado por una persona a la que no conocía. En él se encuentra el siguiente pasaje, escrito por un médium escribiente automático, el que data de 1880. El ilumina la cuestión, confirma todo lo que he dicho y

añade algunas particularidades complementarias: "Algunos Espíritus no pueden rebasar el país fronterizo, como, por ejemplo, aquellos que no han pensado jamás en la vida espiritual y han vivido enteramente sometidos a lo terreno, por sus preocupaciones y sus placeres; e incluso hasta los hombres y mujeres inteligentes que se han limitado a vivir una vida intelectual sin espiritualidad. La mayoría no ha sabido aprovechar las ocasiones que se le han presentado, y ahora lamentan el tiempo que emplearon mal y quisieran poder volver a la vida de la Tierra. Estos aprenderán que, a este respecto, puede rescatarse el tiempo perdido, aunque a mucha costa. El país fronterizo comprende gran número de esas gentes que en la Tierra se ocupaban sin descanso de hacer fortuna, los cuales ahora rondan las moradas en que tenían sus esperanzas y sus alegrías. Estos son los que más tiempo permanecen en ese estado. Muchos no son desgraciados; les basta con sentirse aliviados de su cuerpo terrestre. Todo el mundo atraviesa el país fronterizo, pero algunos apenas se dan cuenta,

pues todavía se encuentran demasiado cerca del nuestro, razón por la cual no se llegan hasta aquél; posteriormente pasan a ese lugar de remozamiento de que ya hemos hablado". El autor, anónimo, después de haber citado este mensaje espiritual, señala el hecho interesante de que en las catacumbas hay una inscripción cristiana que dice así; *Nicepho rus anima dulcis in refrigerio* ("Alma dulce de Nicéforo en el lugar de alivio"). Esta es otra prueba de que el modo que tenían los primeros cristianos de concebir las cosas se asemejaba mucho al de los psiquistas modernos.

Esto es lo que puede decirse del país fronterizo, fase intermedia entre dos condiciones de existencia. El dogma cristiano actual no tiene nombre para él, a no ser que se lo designe al hablar de esos limbos nebulosos por los cuales suele entenderse el lugar en que moran las almas de los justos, muertos antes de la venida de Jesucristo. La idea de un intervalo que ha de franquearse antes de llegar en el Más Allá a un estado permanente, es común a una multitud de religiones, y en la de los

griegos y los romanos adoptaba la figura alegórica de un río que se atravesaba en una barca.

Continuamente tenemos ocasión de advertir que en las épocas más atrasadas de la historia del mundo hubo una revelación verdadera que con el tiempo se ha oscurecido y falseado. Así, el doctor Muir escribe un compendio sobre el *Ring Veda*, resumiendo las creencias de los primeros conquistadores arios de la India: "Sin embargo, antes de que la parte que no ha nacido (es decir, el cuerpo espiritual) pueda terminar su viaje que lo conduce al tercer cielo, tiene que atravesar un vasto abismo de tinieblas. El Espíritu, dejando tras él, en la Tierra, todo lo malo, y dirigiéndose por el camino que siguieron los antepasados, se lanza hacia el reino de la luz eterna, en el que recobra su cuerpo bajo una forma gloriosa, obtiene de Dios una morada deleitable y penetra en una vida más perfecta, coronado por la realización de todos los deseos, cumplida en presencia de los dioses y consagrada a la satisfacción de su placer". Si sustituimos la palabra *dioses* por *Espíritus*, hemos de admitir

que la Nueva Revelación —según los datos del Espiritismo moderno— tiene muchos puntos de contacto con las creencias de nuestros antepasados arios.

Tal es, sucintamente presentado, el mundo que nos revelan los mensajes del Más Allá. ¿Es esta una visión extravagante? ¿Se opone en algo a justos principios? ¿No es, por el contrario, tan razonable que, si existe una vida después de la terrestre, estas indicaciones nos permiten ver con exactitud la orientación que se impone en ella con respecto a nosotros? La Naturaleza y la evolución se oponen a las transformaciones bruscas y truncadas. Si un ser humano tiene aptitudes técnicas, literarias, musicales o de cualquier otra índole, estas aptitudes forman parte esencial de su carácter: sobrevivir sin ellas sería perder la identidad y convertirse en un hombre completamente diferente. Por tanto, deben sobrevivir a la muerte para que la personalidad subsista. Pero de nada sirve que sobrevivan si no encuentran medios de expresión, y los medios de expresión parecen requerir

determinados agentes materiales, así como racionales receptores. Asimismo, el sentido del pudor ha llegado a formar parte de nosotros mismos en las razas civilizadas, y ello implicaría el uso del vestido si la personalidad ha de subsistir. Nuestros deseos y nuestras simpatías nos inducen a vivir con aquellos a quienes amamos, y eso demandaría algo así como una casa, en tanto que la necesidad de reposo mental y de aislamiento común a todos los hombres acarrearía la existencia de habitaciones separadas. Así pues, tomando sólo como base el mantenimiento de la personalidad, se podría haber construido, aun sin la revelación del Más Allá, un sistema de esta índole por medio de la razón pura y la deducción.

Podría preguntarse hasta qué punto corresponde a mis propias ideas esta descripción concreta de la vida de ultratumba y en qué medida es aceptada por las grandes inteligencias que han estudiado la cuestión. A esto responderé que se ajusta a mis conclusiones personales, basadas en un gran número de testimonios existentes y que en

sus rasgos principales es aceptada desde hace muchos años por esos trabajadores silenciosos y activos que en el mundo entero estudian la cuestión desde un punto de vista estrictamente religioso. Yo opino que los testimonios que poseemos nos autorizan suficientemente a creer en ella. Por otra parte, quienes han abordado este tema con sangre fría y prudencia científica, se hallaban en muchos casos imbuidos de grandes prevenciones contra las creencias dogmáticas, a lo que se añadía su temor natural a resucitar las polémicas teológicas, por lo cual, con frecuencia, se han quedado en la mitad del camino de su aceptación completa. En estas cuestiones —declaraban— no puede haber una prueba positiva, y nos exponemos a equivocarnos, ya dejándonos engañar por un reflejo de nuestras propias ideas, o bien recibiendo las impresiones propias del médium. Por ejemplo, el profesor Zöllner escribe: "La ciencia no puede hacer uso alguno de la esencia de las revelaciones intelectuales; pero debe guiarse por los hechos observados y por las conclusiones que lógica y

matemáticamente las unen". Este pasaje es citado por el profesor Reichel, que lo aprueba, y puede considerársele sancionado por el silencio que guardan acerca del aspecto religioso de la cuestión la mayor parte de nuestros grandes auxiliares científicos. Este punto de vista es muy comprensible; pero examinado de cerca causa la impresión de una especie de materialismo ampliado. Admitir, como hacen estos observadores, que es innegable que vuelven los Espíritus y que éstos son, en efecto, los amigos que hemos perdido, puesto que nos dan todas las pruebas de ello es, por tanto, hacerse el sordo y ciego respecto a los mensajes que nos envían, lo que es llevar la prudencia hasta los límites de la sinrazón. Llegar hasta eso, detenerse y no pasar de ahí, no es posible. Si, por ejemplo, en el caso de *Raymond* encontramos tantas alusiones —y tan extraordinariamente exactas— a los detalles ínfimos de su morada terrestre, ¿es razonable que tachemos con el lápiz rojo todo lo que dice de su morada actual? Mucho antes de que yo me hubiera convencido de ciertos hechos que parecían gro-

tescos e increíbles, había recibido por tiptología una larga exposición de las condiciones de la vida en el Más Allá. Sus detalles me parecieron imposibles y los di por inexactos; pero hoy veo que armonizan con otras revelaciones. Igualmente concuerdan con el mensaje de escritura automática del señor Hubert Wales, al que me he referido en otra parte. El señor Wales lo había guardado en un cajón, no creyéndolo digno de ser tenido en cuenta, mas, sin embargo, también este escrito estaba en armonía con todos los demás. Ni en uno ni en otro caso podría explicarse nada por medio de la telepatía o por una concepción previa del médium. En suma, yo me inclino a creer que, muy ocupados ya por sus serios trabajos, los sabios recelosos o disidentes de que hablo han limitado sus lecturas y sus reflexiones al aspecto más objetivo de la cuestión y no se dan cuenta de la cantidad de testimonios concordantes que parecen darnos una imagen exacta de la otra vida. Desprecian los documentos que no pueden comprobarse, sin alcanzar a comprender — a juicio mío— que la

concordancia general de los testimonios y el carácter ya establecido de un testigo son por sí mismos pruebas de verdad *. Algunos complican la cuestión alegando la existencia de una cuarta dimensión en el Más Allá; pero éste es un término absurdo, como son absurdos todos los términos que no suscitan en el cerebro humano una impresión correspondiente. Ya tenemos bastantes misterios por resolver, sin necesidad de ir gratuitamente en busca de otros. Cuando lo sólido atraviesa lo sólido, es más sencillo ver en ello una desmaterialización pasajera seguida de una nueva materialización — fenómeno que al menos puede ser imaginado por el Espíritu humano—, que invocar una explicación que necesita a su vez ser explicada.

* Es digna de resaltar la concordancia de este concepto de Conan Doyle con lo que manifiesta Kardec en *El Evangelio según el Espiritismo*, "Introducción — H. Autoridad de la Doctrina Espirita. — Control universal de la enseñanza de los Espíritus", en donde el Codiificador sienta la certera metodología a ser aplicada en lo que respecta al estudio del contenido de los mensajes provenientes de la vía mediúmnica, capítulo al que remitimos al lector estudioso. [*Nota de la Editora.*]

Capítulo V

¿ES ESTA LA NUEVA AURORA?

En el Nuevo Testamento se encuentran muchos incidentes que podrían tomarse como puntos de partida para establecer una estrecha analogía entre los prodigiosos acontecimientos que han señalado los primeros tiempos del Cristianismo y los que han dejado perplejo al mundo con el Espiritismo moderno. La mayoría de nosotros está dispuesta a admitir que los perdurables derechos adquiridos por el Cristianismo sobre la raza humana se deben al mérito intrínseco de sus enseñanzas, completamente independientes de esos milagros que, con seguridad, no tenían otro objeto que sacar de la crasa indiferencia e insatisfacción de sí a una raza desprovista de espiritualidad y llamar su atención sobre la nueva doctrina. Lo mismo puede decirse de la Nueva Revelación. Las exhibiciones de una fuerza situada fuera de la ex-

perencia y del control humanos no son sino medios de llamar la atención. Para repetir una comparación de la que ya me he servido en otra parte de esta obra, son la humilde llamada del telégrafo que anuncia el gran mensaje. En el caso de Jesucristo, el sermón de la montaña valía más que montañas de milagros. En el caso de la Nueva Revelación, los mensajes del Más Allá valen más que cualquier fenómeno. Un Espíritu vulgar haría vulgar la historia de Jesucristo insistiendo en la multiplicación de los panes y de los peces. Asimismo, un Espíritu vulgar depreciaría a la religión psíquica, insistiendo en los desplazamientos de muebles o de instrumentos musicales por el aire. Esto no es otra cosa que la demostración grosera de una fuerza: la verdadera cuestión se encuentra a mayor altura.

En el segunda capítulo de los *Hechos de los Apóstoles* leemos que estos jefes de los cristianos se habían reunido en un lugar en el que "estaban todos unánimes juntos". Esta expresión refleja admirablemente las condiciones de simpatía que en

los círculos psíquicos han producido siempre los mejores resultados y que cierta categoría de investigadores se obstinan en ignorar. Luego comenzó a soplar "un viento recio" y luego se "les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos". He aquí una descripción clara y precisa de una notable serie de fenómenos. Comparémoslos ahora con los resultados obtenidos por el profesor Crookes en sus investigaciones de 1873, después de haber tomado contra el fraude todas las precauciones que podía sugerirle su experiencia de observador y experimentador avezado. En las notas que ha publicado dice: "He visto puntos luminosos que andaban de un sitio a otro y se posaban en la cabeza de las diferentes personas". Luego añade: "Estos movimientos —y otro tanto puedo decir, por lo demás, de todas las clases de fenómenos— suelen ir precedidos de un soplo frío muy singular que, a veces, se convierte en un verdadero viento: yo he visto arrojar hojas de papel. . ." ¿No es extraño, no sólo que todos estos fenómenos sean de la misma índole, sino que

hasta se produzcan también en el mismo orden: primero el viento y las luces después? Dada nuestra ignorancia de la física del éter, todo lo que podemos decir es que aquí se advierte hasta cierto punto la indicación de una ley general que une a estos dos episodios, a pesar de los diecinueve siglos que los separan. Algo más adelante se dice en los *Hechos de los Apóstoles*: "hecho este estruendo"; pues bien, muchos observadores modernos de los fenómenos psíquicos han atestiguado la vibración de las paredes de un departamento como al paso de un pesado camión. A hechos de la misma índole se refiere evidentemente San Pablo cuando dice: "Hemos recibido nuestro Evangelio no sólo en palabra, sino en potencia". El hombre que predica la Nueva Revelación puede decir lo mismo con toda verdad. Yo puedo decir igualmente que no hay uno solo de los signos de la Pentecostés —viento frío y recio, llamas trémulas y vagas y todo lo demás— que no haya visto yo mismo producirse merced a la mediumnidad del señor Phoenix, psiquista no profesional de Glas-

gow. Los quince concurrentes "estaban todos unánimes juntos" y, para mayor coincidencia, la sesión se realizaba en una habitación situada en el piso más alto de la casa.

En un capítulo anterior he hecho notar que no puede concebirse ninguna explicación filosófica de estos fenómenos que no demuestre que todos ellos, no obstante su diferente manera de producirse, tienen una causa original. San Pablo parece observarlo con justeza cuando dice: "Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como quiere". ¿Podrían ser definidas con más claridad nuestras teorías modernas, tal como los hechos nos las evidencian? San Pablo enumera los diferentes dones del Espíritu y vemos que son muy parecidos a los que nosotros hemos experimentado. Tenemos primeramente la "palabra de sabiduría", la "palabra de ciencia" y la de "fe". Todos estos dones, considerados en relación con el Espíritu, parecen representar los mensajes más elevados que re-

cibimos del Más Allá. Luego viene el don de "sanidades", ejercido en determinadas condiciones por un médium de vigor especial que tenga la facultad de transmitir su fuerza, brindando ésta en la misma cantidad que la gana el enfermo, al igual que Jesucristo, cuando decía: "¿Quién ha tocado mis vestidos? [. . .] por el poder que había salido de él". Luego llegamos al de "milagros", a los que podemos denominar *producción de fenómenos* y que implicaría diversas clases de éstos, tal como el aporte de objetos a la distancia, la levitación de muebles y personas, la aparición de luces y otra fenomenología de ese tipo. Luego está el don de "profecía", que es una forma real, pero caprichosa y a menudo engañosa de la mediumnidad, pero nunca tanto como lo ha sido entre los primeros cristianos, que parecieron tomar por el fin del mundo la inminente caída de Jerusalén y la destrucción del templo, de lo cual debían tener un oscuro pronóstico. El error se repite con tanta frecuencia que ignorarlo o negarlo no sería

honrado. Luego llegamos a la facultad de "discernimiento de Espíritus", que es el equivalente de nuestra clarividencia y, por último, ese curioso "don de lenguas", que es también un fenómeno moderno. Recuerdo que hace un tiempo leía un libro titulado *I Heard a Voice*. El autor, un eminente abogado, refiere en él cómo su hija, muy joven, se puso a escribir corrientemente en griego, con su compleja y precisa acentuación. Apenas había leído este libro, cuando recibí una carta de un médico no menos célebre, pidiendo mi opinión sobre uno de sus hijos, que había escrito un número considerable de páginas en francés de la Edad Media. Estos dos casos se hallan fuera de toda duda; pero no tengo testimonios demostrativos respecto a ciertos signos ininteligibles trazados por un letrado y que, según un perito, eran caracteres célticos primitivos. Como esta escritura es, en realidad, una combinación de líneas rectas, este último caso debe ser tomado con mucha reserva.

Así pues, los fenómenos que señalaron el advenimiento del Cristianismo y los que se han visto producir durante la presente fermentación espiritual presentan grandes analogías. Examinados los dones de los discípulos, tal como son mencionados por San Mateo y San Marcos, el único al que no hallamos su equivalente es al don de la resurrección de los muertos. Si algunos de los apóstoles —exceptuando a su Maestro— llegó a lograr tal poder, superó en mucho a cuanto se conoce de los médiums modernos. Sin embargo, es notorio que esta facultad ha debido ser muy rara, pues de lo contrario los cristianos la hubieran utilizado para resucitar a sus mártires, cosa que no parece hayan intentado. Se admite que Jesucristo poseyó esta facultad, y ciertas indicaciones respecto a la forma de ejercerla son en extremo convincentes para quien estudia el psiquismo. En el relato de la resurrección de Lázaro, cuatro días después de su muerte —el milagro más extraordinario de todos los de Jesucristo—, se dice que al descen-

der a la tumba Jesucristo gemía. ¿Por qué gemía? Ningún comentador de la Biblia parece haber dado una razón satisfactoria. Pero todo el que haya oído gemir a un médium antes de toda manifestación de fuerza psíquica, hallará en este pasaje un rasgo de verdad experimental que le convencerá. Yo puedo añadir que el hecho no es menos sorprendente y no supera menos a nuestras facultades humanas, siendo, como es, un resultado de la extensión de la ley natural y no difiere de lo que nosotros podemos comprender —y hasta producir— sino en una cuestión de grado *.

Aunque nuestras manifestaciones modernas no hayan alcanzado nunca el poder mencionado en los relatos de la Biblia, presentan algunas particularidades de las que no se trata en el Nuevo Testamento. Tienen en común con el de *clariaudiencia*, que es el hecho de oír con nitidez la voz de los Espíritus; y los hechos de voz directa, es decir, los casos en que todos, médiums y no médiums, pueden percibir con sus órganos materiales

la voz de los Espíritus, son fenómenos perfectamente demostrados en la actualidad, y de los que se habla muy raramente en la Antigüedad. De igual manera, la fotografía de los Espíritus, mediante la cual la placa registra lo que el ojo humano no puede alcanzar a ver, es otro de los valiosos testimonios. Nada resulta probado para quien no examina las pruebas; pero yo puedo afirmar que conozco varios casos en los que la imagen de una persona fallecida queda registrada en la placa y no sólo no dejaba lugar a error alguno, sino que también difería por completo de toda fotografía tomada de tal persona en vida.

En cuanto a los métodos de que se servían los primeros cristianos para comunicar con los Espíritus —o con los *santos*, como llamaban a sus hermanos muertos— no tenemos, que yo sepa, dato alguno, aun cuando las palabras de San Juan: "Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad si los espíritus son de Dios", muestran claramente que la comunión de los Espíritus era una idea fa-

miliar, de la misma manera que los cristianos sufrían inconvenientes —al igual que nosotros— por la intrusión en sus comunicaciones de elementos perturbadores. Algunos han conjeturado que el *Ángel de la Iglesia*, al que se alude en términos que hacen creer que se trataba de un ser humano, era en realidad un médium santificado para el servicio de una iglesia particular. Como desde los primeros tiempos se ha hablado de obispos, diáconos y otros funcionarios eclesiásticos, resulta difícil decir con qué fin se empleaba la palabra *ángel*. Por otra parte, esto no puede ser más que una hipótesis.

Otra hipótesis tal vez más provechosa es la que se refiere al principio según el cual Jesucristo eligió a sus doce primeros discípulos. Entre la multitud que lo seguía eligió a doce hombres. ¿Por qué a esos en particular? No era por su inteligencia o por su saber, pues Pedro y Juan, que eran los más notables, son calificados expresamente de *incultos e ignorantes*. No era por su virtud, pues uno de ellos resultó un bribón y todos abandonaron a su Maestro al ser supliciado. No era por su fe, pues

los creyentes eran innumerables. Es evidente, por tanto, que fueron elegidos con arreglo a un principio de selección, al ser llamados separadamente de dos en dos. En particular, en dos casos se trataba de dos hermanos, como si algún don o alguna particularidad de familia hubiera podido influir en la elección.

¿No sería posible que esta elección obedeciera a las facultades psíquicas que poseían y que el Maestro, en su calidad de exponente máximo de tales facultades en la Tierra, deseara rodearse de personas que las poseyeran en alto grado? A esto podían inducirlo dos razones. La primera, es que un grupo psíquico es una fuerza coadyuvante para quien es poseyente de tales facultades.

* El Espiritismo doctrinario, que arranca de la codificación que de él hizo Allan Kardec, quien creó el término, no acepta esta posibilidad de la resurrección de los cuerpos realmen-

te muertos, lo que es anticientífico, pues sería transgredir las leyes naturales. Otro caso distinto es el referente a los tan comunes que ocurrieron y que no son más que estados letárgicos o catalépticos (véase al respecto *El Libro de los Espíritus*, párrafos 1010 y 1010 a. y *La Génesis, los Milagros y las Profecías según el Espiritismo*, capítulo XV:37 a 40. Editora Argentina 18 de Abril, Buenos Aires, 1970 y 1981, respectivamente). [Nota de la Editora.]

Así nos lo demuestra sin cesar la experiencia: una concurrencia afín y colaboradora crea una atmósfera que atrae y secunda a los poderes. Cuán sensible era Jesucristo a semejante atmósfera nos lo demuestra la observación del evangelista de que cuando visitó su ciudad natal, en donde la gente no podía tomarlo en serio, fue incapaz de hacer algún milagro. La segunda razón radica en que tal vez deseara que sus discípulos obraran como enviados suyos, ya durante su vida o bien después de su muerte, para lo cual necesitaban poseer alguna facultad psíquica natural.

La estrecha conexión que parece existir entre los apóstoles y los hechos psíquicos ha sido tratada de una manera interesante por el doctor Abraham Wallace, en su pequeño libro *Jesús of Nazareth*. A decir verdad, ninguno de los evangelistas habla de milagros ni de prodigios —exceptuando al exorcismo— hasta después de que Jesucristo hubo comenzado a reunir a su grupo. De este grupo, los tres hombres que poseían al parecer mayores facultades psíquicas eran Pedro y los dos pescadores hijos de Zebedeo: Juan y Santiago. A estos tres los llamaba cuando necesitaba una atmósfera especial. Se recordará que cuando resucitó a la hija de Jairo tenía a su lado a estos tres colaboradores. En el caso de la transfiguración, no se puede leer el relato de esta manifestación maravillosa sin acordarse a cada instante de los experimentos espíritas de los que uno mismo ha sido testigo. Todo esto parece admirablemente establecido en *Jesús of Nazareth*, y sería de desear que este pequeño libro, con su erudición, su amplia ma-

nera de tratar la cuestión y su gran información psíquica se hallara en manos de todos quienes leen y estudian la Biblia. El doctor Wallace muestra que el sitio en que tuvo lugar la transfiguración: la cumbre de una colina, era el lugar ideal para una manifestación de esa índole, con su aire puro y su aislamiento absoluto, así como el estado de somnolencia de los apóstoles recuerda al de todas las personas que integran un grupo que contribuye a robustecer la fuerza psíquica; que la transfiguración del rostro y el resplandor de las vestiduras son fenómenos sobradamente conocidos y, sobre todo, que el hecho de levantar tres tiendas carece en sí de sentido; pero que si se interpreta como todo lo demás este hecho de erigir tres pequeños hábitáculos, uno para el médium y los otros dos para cada una de las formas materializadas, reuniría las condiciones más perfectas para la obtención de tales resultados. Esta explicación de Wallace es un ejemplo notable de un cerebro y un conocimiento modernos que proyec-

tan una luz viva a través de los siglos sobre un incidente que siempre ha permanecido oscuro.

Cuando traducimos el lenguaje de la Biblia a términos de la religión psíquica moderna, la correspondencia resulta evidente. No se necesitan para ello grandes cambios. Así, en vez de "he aquí un milagro", nosotros decimos: "he aquí una manifestación". El "Ángel del Señor" se convierte en un "Espíritu superior". En donde se habla de "una voz del cielo", nosotros decimos: "voz directa". "Tenía los ojos abiertos y tuvo una visión", significa: "que tuvo una clarividencia". Sólo el espírita puede comprender que las Escrituras son verdaderamente un relato exacto de acontecimientos psíquicos y espirituales.

Existen otras muchas particularidades que parecen poner a la historia de Jesucristo y los apóstoles en estrecha conexión con los resultados psíquicos modernos y que confirman la estricta veracidad de algunos de los relatos del Nuevo Testamento. Principalmente uno de ellos me llama la atención. Se interroga a Jesucristo acerca de la

suerte que merece la mujer pecadora. La cuestión exige una decisión rápida. ¿Qué hace Jesucristo? Lo último que podría esperarse o imaginarse en Él: se inclina antes de responder y escribe en la arena con el dedo. Habiéndole preguntado por segunda vez para tentarle, Jesucristo escribe de nuevo. ¿Podría explicar algún teólogo el motivo de semejante gesto? Yo aventuro la opinión de que, entre las numerosas formas de mediumnidad poseídas en su grado máximo por Jesucristo, se encontraba la facultad de la escritura automática, mediante la cual invitaba a las grandes fuerzas situadas bajo su control a facilitarles una respuesta. Admitiendo, como yo admito de buen grado, que Jesucristo era excepcional en el sentido de que sus atributos le colocaban por encima y más allá de la humanidad ordinaria, cabe preguntarse aún hasta qué punto se hallaban sus facultades espirituales condicionadas por su cuerpo humano o hasta cuándo se remitía a las reservas espirituales situadas fuera de su persona.

Cuando hablaba conforme a su condición humana, hallábase sin duda sujeto a error, como todos nosotros, pues se sabe que habiendo preguntado a la mujer de Samaria por su esposo, le fue contestado que ésta no tenía esposo. En el caso de la mujer pecadora, no puede explicarse su acto sino suponiendo que fue a buscar más allá de la humanidad el saber y la sabiduría, pronunciándose inmediatamente por el perdón.

Es interesante observar el efecto que producían estos fenómenos o el relato de ellos entre los judíos ortodoxos de la época. Se pone de manifiesto que la mayoría de ellos se negaba a creerlos, pues de lo contrario no hubieran dejado de convertirse en discípulos de Jesucristo, o cuando menos hubieran mirado con respeto y admiración a semejante taumaturgo. Parece que se les está viendo menear sus rostros barbudos declarando que tales hechos salían del campo de su experiencia personal, asintiendo tal vez con un gesto al mago local, que por unos denarios no muy limpios imitaba tales fenómenos. Había otros, no obstante,

que no podían negar, porque habían visto por sí mismos o porque habían encontrado testigos presenciales, y estos otros declaraban firmemente que todo ello provenía del demonio, y entonces recibían una de esas réplicas enérgicas, llenas de buen sentido, en las que descollaba Jesucristo. Hoy en día tenemos frente a nosotros mismos dos clases de adversarios: los irónicos y los demonistas. Verdaderamente, este viejo mundo gira en redondo, y lo mismo hacen los acontecimientos en su superficie.

Pero existe un orden de pensamientos que puede indicarse que ha de hallar su desarrollo en el cerebro y bajo la pluma de quienes han estudiado más o menos a fondo las posibilidades de la fuerza psíquica. Es posible, cuando menos — aunque en las condiciones modernas no se haya demostrado claramente, lo reconozco—, que un médium dotado de gran fuerza psíquica comunique a otro su fuerza, como un imán frotado contra un trozo de acero imanta a éste. Una de las facultades mejor probadas de Daniel Dunglas Home

era la que tenía de tomar impunemente carbones encendidos y conservarlos en sus manos. Entonces podía colocarlos —y aquí nos acercamos al punto que yo considero— encima de la cabeza de cualquier persona que no tuviera miedo, esta persona no resultaba quemada. Diversos espectadores han referido cómo colocaba ascuas vivas sobre los cabellos de plata del señor Carter Hall, y la señora Hall ha dicho de qué modo le quitaba después las cenizas con un peine. Evidentemente, Home tenía en este caso la facultad de transmitir sus poderes a otra persona, del mismo modo que Jesucristo, cuando caminaba por encima del agua del lago, transmitía la misma facultad a Pedro, cuya fe flaqueaba. He aquí, pues, la cuestión que se plantea: si Home se hubiera dedicado con todas sus fuerzas a transmitir su facultad, ¿cuánto tiempo hubiera durado ésta? Este experimento no fue intentado nunca; pero hubiera tenido un alcance directo sobre la cuestión que nos ocupa, pues admitiendo que la facultad psíquica puede ser transmitida, se ve con gran claridad cómo el grupo que rodeaba a

Jesucristo era capaz de enviar lejos a setenta discípulos dotados de facultades *milagrosas*. Igualmente claro se ve por qué los discípulos debían regresar a Jerusalén para "recibir el bautismo del espíritu", según su propia expresión, antes de emprender sus predicaciones. Y cuando a su vez deseaban enviar lejos a representantes suyos, ¿no extendían las manos sobre ellos, no les hacían pases magnéticos, no intentaban magnetizarles del mismo modo, si es que esta palabra puede expresar la operación? ¿Será éste el sentido de la imposición de las manos practicada por el obispo en esa ceremonia de la ordenación a la que todavía se concede tanta importancia y que muy bien puede ser un vestigio de algo verdaderamente vital: la transmisión del poder taumatúrgico? Es posible que al extinguirse este poder en el transcurso del tiempo o por falta de renovación haya subsistido la fórmula vacía ya, sin que el consagrador comprendiera lo que se suponía que transmitían las manos del obispo y la fuerza que de ellas se desprendía. Las mismas palabras "imposición de las manos" parecen suge-

rir algo más que una simple bendición.

Tal vez haya dicho ya lo bastante para demostrar al lector que es posible proponer una interpretación de la vida de Jesucristo que armonice estrictamente con los conocimientos psíquicos más modernos. Lejos de sustituir al Cristianismo, esta interpretación pondría de manifiesto la asombrosa exactitud de algunos de los detalles que han llegado hasta nosotros, y confirmaría la singular conclusión de que los milagros —que han sido el obstáculo infranqueable para tantas almas sinceras y lógicas— pueden ofrecer finalmente argumentos definitivos en favor de la veracidad de todo el relato. ¿Es pues, éste, un modo de pensar que merezca la reprobación y los anatemas unánimes de quienes pretenden hablar en nombre de la religión? Por otra parte, aunque vengamos a confirmar el Nuevo Testamento, sería erróneo invocar estas observaciones en apoyo de su exactitud literal, idea que tanto daño ha causado en el pasado. Sería conveniente, en realidad, aun-

que parezca irrealizable, que se hiciera un ensayo verdaderamente honrado e imparcial por arrancar del Evangelio las falsificaciones y las interpolaciones evidentes que lo desfiguran, a la vez que le quitan valor a las partes innegablemente auténticas. Por ejemplo, ¿es necesario que se nos diga —como si se tratara de un hecho inspirado referido por el mismo Jesucristo— que Zacarías, hijo de Berequías *, fue muerto en tiempos de Jesucristo en el recinto del templo, cuando por curiosa coincidencia Josefo refiere el incidente como acaecido durante el sitio de Jerusalén, treinta y siete años más tarde? Resulta evidente que particularmente este Evangelio, en su forma actual, fue escrito después del acontecimiento en cuestión y que su autor introdujo en él, cuando menos, un acontecimiento extraño que había herido su imaginación. Desgraciadamente, una revisión por consentimiento general sería el mayor de todos los milagros, pues dos de los primeros textos que habría que suprimir serían los que se

refieren a la *Iglesia*, institución e idea totalmente desconocidas en la época de Jesucristo. Toda vez que el objeto de la inserción de estos textos es perfectamente notorio, no cabe dudar de su falsedad; pero como todo el sistema del Papado se basa en uno de ellos, es probable que subsistan aún por mucho tiempo. El texto en cuestión es tanto más imposible cuanto que se basa en la suposición de que Jesucristo y sus pescadores conversaban en latín o griego y hasta con tal perfección que hacían juegos de palabras en una de estas dos lenguas. Seguramente, la falta de valor moral y de honradez intelectual de los cristianos ha de causarles extrañeza a nuestros descendientes, del mismo modo que a nosotros nos parece extraordinario que los grandes pensadores de la Antigüedad hayan podido creer —o lo hayan aparentado— en las belicosas divinidades sexuadas del monte Olimpo.

Esta revisión es verdaderamente necesaria y, como ya lo he demostrado, no es menos imperiosa una rectificación que haga volver la

gran concepción cristiana a las sendas de la razón y del progreso. Los ortodoxos, que por humildad de creencias o por cualquier otro motivo, no examinan a fondo estas cuestiones, no pueden concebir aún todos los obstáculos que se alzan al paso de sus hermanos más críticos. Lo que para la fe es sencillísimo, resulta imposible a la reflexión. Expresiones como "salvado por la sangre del Cordero" o "bautizado por su preciosa sangre", llenan de dulce emoción a las almas creyentes; pero producen un efecto muy distinto en un espíritu crítico y racional.

Aparte da la visible injusticia que encierra el hecho de expiar por otro, el hombre culto sabe muy bien que esta metáfora sanguinaria proviene de los ritos paganos de Mithra, en los que el neófito era colocado bajo un toro en las ceremonias del tauróbolo, siendo rociado a través de una

* Véanse *San Mateo, 23:35, y Guerra de los judíos*, del historiador Josefo.

rejilla por la sangre del animal degollado. Estas reminiscencias del más brutal paganismo no son saludables para el espíritu moderno, reflexivo y sensible. Pero lo que siempre es remozador, útil y hermoso es el recuerdo del dulce Espíritu que erraba por las colinas de Galilea, que se rodeaba de niños, que se reunía con sus amigos en una camaradería llena de sencillez, que buscaba siempre el sentido profundo de las cosas y se apartaba de las fórmulas y de las obligaciones prescritas, que perdonaba al pecador, que luchaba por los pobres y que en toda decisión a tomar hacía prevalecer la caridad y la amplitud de miras. Cuando a estas particularidades de carácter se unen las maravillosas facultades psíquicas que ya he analizado, nos encontramos con una figura única en la historia del mundo, e indudablemente la que más se acerca al Altísimo. Comparando el efecto general de sus enseñanzas con las enseñanzas más rígidas de las Iglesias, uno se pregunta cómo en su dogma-

tismo, en su sujeción a las fórmulas, en su exclusivismo, en su pompa y en su intolerancia han podido alejarse aquéllas hasta tal punto del ejemplo del Maestro —ya que entre Él y ellas existe un antagonismo profundo—, razón por la cual no se puede hablar de la Iglesia de Jesucristo, sino únicamente de la Iglesia o de Jesucristo.

Mas, sin embargo, todas las Iglesias producen almas hermosas, si es que no es más exacto decir, no que las producen, sino que las contienen. No tenemos más que remitirnos a nuestra experiencia personal, si hemos vivido largo tiempo frecuentando a nuestros semejantes. Por mi parte, yo he pasado los siete años más impresionables de mi vida entre los jesuitas, que son los peor juzgados por todos los religiosos, y he visto que eran hombres buenos y honorables, estimables por todos los conceptos, aparte de su estrechez de espíritu, que les hace limitar el mundo a la Iglesia. Se dedicaban a los deportes y eran hombres letrados y distinguidos, y no recuerdo ninguno de esos rasgos de casuís-

tas que se les reprochan. Entre el clero parroquial de la Iglesia anglicana he tenido algunos de mis mejores amigos, hombres llenos de dulzura y de santidad, cuyos apuros pecuniarios eran a menudo un motivo de escándalo y de crítica para las personas de poco corazón que aceptaban su dirección espiritual. También he conocido en el clero no conformista hombres admirables que han sido frecuentemente paladines de la libertad, aun cuando sus opiniones a este respecto parecieran comprimirse cuando se aventuraba uno en su propio terreno. Cada creencia ha suscitado hombres que honran a la raza humana, y Manning o Shrewsbury, Gordon o Dolling, Booth o Stopford Brooke merecen una admiración igual, a pesar de la diversidad de sus ideas. Entre la masa del pueblo hay centenares de miles de almas hermosas, educadas con arreglo a los viejos principios, que nunca han oído hablar de la comunión espiritual ni de ninguna de las cuestiones debatidas en estas páginas y, sin embargo, han alcanzado una

condición de pura espiritualidad que podríamos envidiarles. ¿Quién no conoce a la tía que se ha quedado soltera, a la madre que ha envidado, al anciano bondadoso que viven en las cimas de la abnegación, difundiendo en torno suyo la benevolencia de sus pensamientos y de sus actos, pero conservando una fe sencilla y hondamente arraigada en todo lo que han recibido por transmisión hereditaria con la sanción de una autoridad particular? Yo he tenido una tía de esta clase, y todavía me parece verla, viviendo en la austeridad y la caridad, diminuta y humilde figura que se encaminaba dulcemente a la iglesia a todas las horas; su casa no era para ella más que una sala de espera entre las misas, y en la cual me contemplaba con ojos tristes, extrañados y grises. Estos seres alcanzan a veces por instinto, y a pesar del dogma, alturas a las que no podría elevarnos ningún sistema filosófico.

Pero sin dejar de reconocer plenamente lo que produce de superior cada creencia –y quizá no

haya en ello sino una prueba de la bondad innata de la humanidad civilizada—, resulta indudable que el Cristianismo se ha debilitado y que este debilitamiento ha sido puesto de manifiesto por la terrible catástrofe desencadenada sobre el mundo con la guerra. ¿Puede pretender el apologista más optimista que sea éste un resultado satisfactorio de una religión que ha gobernado a Europa durante tantos siglos? ¿Qué nación se ha portado menos dignamente: la Prusia luterana, la Baviera católica o las alimentadas por las Iglesia griega? Si nosotros, pueblos de Occidente, nos hemos conducido mejor, ¿no se debe más bien a que una civilización más antigua y más elevada y unas instituciones políticas 'más libres nos han apartado de las crueldades, los excesos y las inmoralidades que han retrotraído al mundo a la Edad Media? De nada sirve decir que todo esto ha sucedido a pesar del Cristianismo y que, por consiguiente, el Cristianismo no merece censura. Lo que sí es verdad que las enseñanzas de Jesucristo no merecen censura porque frecuentemente son falseadas en su trans-

misión; pero el Cristianismo tenía en sus manos la moral de Europa y debería haber tenido la fuerza suficiente para asegurarse de que esta moral no volaría en pedazos al primer choque. Desde este punto de vista, que es como debe juzgarse al Cristianismo, sólo hay un fallo posible, y es que el Cristianismo ha fracasado: no ha sido una fuerza activa que impusiera su autoridad a los hombres y a la sociedad. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que le falta algo esencial: no se le toma en serio. La oración de los labios es, en innumerables casos, la única que se cultiva, y con todo, ella se va debilitando. En particular los hombres, tanto en las clases elevadas como en las inferiores, han dejado de manifestar en su mayoría un vivo interés por la religión. Las Iglesias pierden autoridad sobre el pueblo, y esto sucede vertiginosamente. Reúnense pequeños grupos íntimos, comités y asambleas que discuten y emiten resoluciones de un carácter cada vez más estrecho y sectario; pero el pueblo sigue su camino mientras la religión muere, excepto en la medida en que la cultura intelectual y el

buen gusto pueden suplirla. Mas cuando la religión ha muerto, el materialismo vuelve a la vida, como ya se ha visto muy bien en Alemania.

¿No es, pues, hora de que las corporaciones religiosas desilusionen a sus fanáticos y sus sectarios y piensen seriamente, aun cuando sólo sea por un sentimiento de conservación personal, en ponerse a la altura general del pensamiento humano, que tanto se les ha adelantado en nuestros días? Yo creo que pueden hacer algo más que ponerse a su altura: pueden colocarse a la cabeza. Pero para ello necesitan extirpar valerosamente todo ese tejido muerto que las desfigura y perjudica. Tienen que hacer frente a las objeciones de la razón, adaptarse a las exigencias de la inteligencia humana que rechaza —y con razón— una gran parte de lo que ellas le ofrecen. Necesitan, en fin, cobrar nuevas fuerzas atrayendo hacia sí toda la verdad nueva, todo el nuevo poder que aporta la nueva oleada de inspiración enviada por Dios a nuestro mundo y a la raza humana, engañada e

idiotizada por los hombres — pretendidamente superiores—, quienes las han visto venir con tan perversa y obstinada incredulidad. Cuando hayan hecho esto descubrirán, no sólo que dirigen el mundo —y, según toda evidencia, con justicia—, sino que, además, han vuelto una vez más a las mismas enseñanzas del Maestro, al que tan mal habían representado durante tanto tiempo en la Tierra.